

HUMANIDADES

REVISTA DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES
DE LA UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR



Nº 4

San Salvador

ENERO - MARZO

El Salvador

1959

Centro América

HUMANIDADES

REVISTA DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES
DE LA UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR



Nº 4

San Salvador

ENERO - MARZO

El Salvador

1959

Centro América

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

DR. NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ
RECTOR

DR. ROBERTO EMILIO CUELLAR MILLA
SECRETARIO GENERAL

DR. MANUEL LUIS ESCAMILLA
DECANO

DR. RANULFO AMAYA AYALA
SECRETARIO

Prof. Luis Gallegos Valdés

Prof. Alfredo Huertas García

Prof. Ricardo Trigueros de León

REDACTORES DE LA REVISTA

Impreso en los Talleres de la
EDITORIAL UNIVERSITARIA «JOSE B. CISNEROS»
San Salvador, El Salvador, C. A.

INDICE

	PAGINA
Toponimia Nahuat <i>Dr. Pedro Geoffroy Rivas.</i>	7
La Dicotomía Ladino-indígena en Panchimalco <i>Dr. Alejandro D. Marroquín.</i>	12
Gavidia y su Obra <i>Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz.</i>	27
Grandes Hombres <i>Dr. Carlos Vega.</i>	39
Las Constantes Artísticas <i>Dra. Matilde Elena López.</i>	52
Cabeza - Buque <i>Alfredo Huertas.</i>	59
Reflexiones sobre el Teatro Popular <i>André Moreau.</i>	83
Descubriendo Ideas <i>Lic. Alberto W. Stahel.</i>	88
El Periodismo Colonial en México <i>Henry Lepidus, B. J., M. A.</i>	106
Necesidad y Urgencia de una Investigación Sociológica Salvadoreña <i>José Napoleón González.</i>	123

Sentido Trágico de la Libertad Existencial	127
<i>José Vicente Moreno.</i>	
La Memoria, el Aprendizaje y nuestros Errores	134
<i>J. Guillermo Villeda.</i>	
La Filosofía como Ciencia General	141
<i>Armida Parada.</i>	
Teatro	145
Los Valores y el Derecho	149

TOPONIMIA NAHUAT

Por el Dr. Pedro Geoffroy Rivas.

Para analizar el significado de los nombres geográficos no basta traducir las palabras que entran en su composición, sino que, además, es necesario tener en cuenta las reglas gramaticales del idioma, pues su desconocimiento puede conducir a graves errores de interpretación. El *nahuat* es una lengua aglutinante, es decir, una lengua en que las palabras pueden unirse unas a otras para formar nuevas palabras. Por regla general, una palabra que se yuxtapone a otra pierde su afixo normativo, conservándolo únicamente al final. *Acat*, “caña”, por ejemplo, puede unirse a *xuchil*, “flor”, para formar *acaxuchil*, “flor de caña”. La primera palabra ha perdido el sufijo-normativo *t*, conservándose al final el sufijo normativo *l*. La nueva palabra *acaxuchil* pierde su *l* final cuando se une, por ejemplo, a *apan*, “río”, para darnos *acaxuchiapan*, “río de la flor de caña”.

Los nahuas eran sumamente descriptivos en la nominación de lugares. Con dos sustantivos, un sustantivo y un adjetivo, un sustantivo y un verbo, más una posposición o una partícula terminal, describían con asombroso acierto el sitio a que daban nombre, ya fuese resaltando las características geográficas del lugar o recordando algún hecho ahí acaecido. *Atescatempa*, por ejemplo se descompone en *at* “agua”, *tescat*, “espejo”, *ten*, “labio”, usado para indicar “a la orilla”, y *pan*, “en, sobre”. Es decir, *Atescatempa* significa “a la orilla del espejo de agua”.

La forma en que se unen las palabras en el idioma *nahuat* obedece a reglas estrictas, cuyo conocimiento es indispensable para encontrar el sentido exacto de los nombres compuestos. Por cuanto se refiere a los nombres geográficos, las reglas aplicables son las siguientes:

1.—Si se unen dos sustantivos, el segundo determina al primero. La traducción se comienza, pues, por el final, poniendo el nombre anterior en genitivo. *Tecali*, por ejemplo, se compone de

tet, “piedra” y *cali*, “casa”, y significa “casa de piedra”. Pero si invertimos el orden de las palabras y decimos *caltet*, estaremos indicando “piedra de casa”.

2.—Si un sustantivo se une a un adjetivo, éste ocupa el primer lugar: *iztacihuat*, de *iztac*, “blanco” y *cihuat*, “mujer”. En algunos casos, raros por cierto, el orden puede invertirse por razones puramente eufónicas. Se dice, por ejemplo, *taliztac*, “tierra blanca”, en vez de *iztactali*, que no resulta eufónico.

3.—Si el sustantivo se une a un verbo, aquél ocupa el primer lugar. *Cacalomacan*, de *cacalot*, “cuervo”, *ma*, “cazar” y *can*, “lugar”. Es decir, “lugar donde se cazan cuervos”.

4.—Los numerales van siempre al principio: *macuilxuchic*, de *macuil*, “cinco”, *xuchil*, “flor” y *c* “lugar”. O sea, “lugar de las cinco flores”.

Las posposiciones son en *nahuat* lo mismo que en castellano llamamos preposiciones. Son mucho más abundantes que en nuestro idioma. Las que afijan los nombres de lugar son muy variadas y su conocimiento tiene gran importancia en la interpretación de los topónimos. Las principales posposiciones de lugar son las siguientes:

c, co: en, dentro de, lugar;
ca: con, de;
huic: hacia;
icpac: sobre, encima de;
itec, itic: dentro de;
nahuac: junto a;
nal: al otro lado;
nepantla: enmedio de;
pa, pan: en, sobre;
tlan: junto a, entre, debajo de;
tzalan: entre;
tzintlan: debajo de, abajo.

Hay terminaciones formadas por dos posposiciones:

copa: en, de, con;
cuilapan: detrás, a la espalda de;
izco, ixpan, ixla, ixlan: en presencia de, delante de, en la superficie de;
nalco: al otro lado de;
huacan: de *hua*, “que posee” y *can*, “lugar”;
calco: de *cali*, “casa” y *co*, “lugar”;

chinaco de *chinamit*, “cerco de cañas” y *co*, “en”;
tenanco, *tenango*: de *tenamit*, “muro, pared” y *co*, “en”;
tepotzco: de *tepotzti*, “espalda” y *co*, “en”;
tzinco: literalmente “trasero”;
yahualco: de *yahuali*, “círculo” y *co*, “en”.

Hay otras terminaciones de nombres geográficos que no son posposiciones propiamente dichas:

can: “lugar”;

chan: “hogar”;

apan: “río”;

n: terminación de nombres verbales que significa el lugar donde se ejercita la acción;

tlā, *la*: partícula que denota “abundancia”.

A la luz de estas sencillas reglas gramaticales y con el conocimiento de las posposiciones y de las partículas terminales locativas, intentaremos el análisis de algunos nombres geográficos de origen *nahuatl*, cuyo significado parece haber sido mal interpretado por diversos historiadores e investigadores salvadoreños.

ACAJUTLA: *acat*, “caña”, y *xutla*, “quemar o brotar”. Acajutla, pues, es el “lugar de las cañas quemadas” o “donde brotan cañas”. Hay que indicar que los nahuas usaban el término “quemado” para designar aquellos lugares donde se había librado una batalla y que probablemente eran incendiados por los vencedores.

AHUACHAPAN: *ahuachía*, “salpicar” y *apan*, “río”. Por lo tanto, “el río que salpica”.

AZACUALPA: *at*, “agua”, *tzacuali*, “construir”, *pa*, “sobre”. Azacualpa es, pues, el “lugar construido sobre el agua”.

ATECOZOL: *at*, “agua” y *cozoli*, “cuna”, es decir, “la cuna del agua”.

AYAGUALO: *at*, “agua” y *yahual*, “círculo”. Ayagualo es entonces “lugar rodeado de agua”.

CITALA: la posposición *la* indica, como anotamos, abundancia, y no debe confundirse con *lan*. No es lo mismo decir Citalan que Citalá. Esta última palabra significa “donde abundan las estrellas” y no “junto a las estrellas” y menos aún “río de estrellas”.

CUISNAHUAT: se pretende descomponer este nombre en *huitzi*, “espinas”, *nahui*, “cuatro” y *at*, “agua”. Ello constituye un disparate. Los numerales, como dijimos, van siempre al principio. Río de los cuatro espinos sería entonces *Nahuitzapan* y no

Cuisnahuat. Este nombre viene de *huitzi*, “espina” y *nahuac*, “junto a”. Es decir, “junto al espinal”.

CUYAGUALO: de *cuahuit*, “árbol” y *yahuali*, “círculo”. Por tanto, “lugar rodeado de árboles”.

CHALATENANGO: de *xali*, “arena”, *at*, “agua” y *tenango*, “lugar amurallado”. Chalatenango significa, pues, “lugar amurallado o defendido por agua y arena”.

CHALCHUAPA: la palabra *chalchihuite*, “jade”, era usada por los nahuas para designar las cosas verdes que no fuesen vegetales. Chalchuapa viene, pues, de *chalchiu*, “verde” y *apan*, “río”.

GUAYMOCO: Este antiguo nombre de Armenia se ha querido interpretar como “el adoratorio de las ranas”, pretendiendo que *mo* es una contracción de *mumuz*, “adoratorio”. En *nahuat* no existen tales contracciones. Guaymoco viene de *guayat*, “rana” *motla*, “encontrar inesperadamente, topar” y *co*, “lugar”. Es decir, “lugar donde se encuentran inesperadamente ranas”.

GUAYMANGO: de *guayat*, “rana”, *ma*, “cazar” y *co*, “lugar”. “Lugar donde se cazan ranas”.

HUIZUCAR: de *huitzi*, “espina”, *can*, “lugar”. Huizúcar significa entonces “en el espinal”.

IZALCO: *itz*, “obsidiana”, era usado para designar las cosas negras, *xali*, “arena” y *co*, “lugar”. “Lugar de las arenas negras”.

JIQUILISCO: de *xiquilit*, “jiquilite o palo añil” e *ixco*, “frente a”. Jiquilisco es entonces el “lugar frente al jiquilital”.

JUJUTLA: se ha querido interpretar este nombre como “la ciudad de las tumbas”. Pero *xuxuc* no es “tumba”. *Xuxuc* quiere decir “verde vegetal”. Jujutla es, pues, “la tierra verde”.

OLOCUILTA: de *olot*, “olote”, *cuiloa*, “pintar” y *tan*, “lugar”. Es decir, el “lugar de los olotes pintos”.

OPICO: se ha querido interpretar este nombre como “ciudad donde se arrancan corazones”. Aunque la interpretación no va descaminada, es preciso hacer algunas aclaraciones: si bien es cierto que el verbo *pi* significa “arrancar”, no puede usarse para toda clase de arrancamiento. *Pi* significa únicamente arrancar cosas sembradas en la superficie, como hierbas, pelos, etc. Pero jamás puede usarse para indicar arrancamiento de corazones. Un nahua se reirá de nosotros si usamos este verbo en tal sentido. Sería como decir en castellano “voy a *raparte* el corazón”. Para este arrancamiento se usa el verbo *quisxtia*, que significa arrancar cosas que están hincadas o enterradas, como una raíz, por ejemplo. Para

indicar el arrancamiento de cosas que están pegadas se usa el verbo *yopehua*. De este verbo precisamente se deriva el nombre de *Yopico*. Era seguramente el sitio donde se celebraba el terrible rito del *tlacaxipehualistli*, consagrado a Totec, en el que las víctimas eran desolladas vivas y los *xipes* designados para ello se cubrían con las pieles arrancadas y las usaban hasta que se les caían a pedazos.

SACACOYO: se ha querido descomponer este nombre en *zacat*, “zacate”, *coy*, “coyol” y *o*, apócope de *ohiti*, “camino”. El apócope es absurdo. Sacacoyo significa sencillamente “cueva en el zacatal” y viene de *zacat*, “zacate” y *coyoc*, “cueva, agujero”.

TACACHICO: con este nombre se comete el mismo error que con Cuisnahuat. Se quiere interpretar como *tacat*, “hombre” y *chicon*, “siete”. Si así fuese, el lugar se llamaría Chicontacat y no Tacachico. Este nombre viene de *tacachihua*, “parir” y *co*, “lugar”, es decir, “el paridero”.

TEPECOYO: al igual que Sacacoyo, proviene de *tepet*, “cerro” y *coyot*, “cueva”. Es, pues, “cueva en el cerro”.

LA DICOTOMIA LADINO-INDIGENA EN PANCHIMALCO *

Por el Dr. Alejandro D. Marroquín.

1.—El grupo humano que habita Panchimalco no es de ninguna manera, un grupo homogéneo; hay en él desigualdades de tipo social y de tipo económico; existen distinciones de rango, posición y prestigio que imponen al conjunto un carácter heterogéneo que dificulta al observador la apreciación adecuada de la vida del grupo. Estas diferencias y desigualdades no surgen del vacío, sino que se hallan establecidas en consonancia con el rol dinámico de las necesidades y tienen como factor determinante, la conformación estructural y económica de la sociedad que habita en el Municipio. La organización social de Panchimalco no es tampoco un fenómeno estático que haya surgido de una sola vez y haya quedado sin mutación alguna a través de los siglos; por el contrario, dicha organización, es una consecuencia natural y directa de la historia, de los numerosos siglos de vida que lleva la comunidad y en los cuales, tanto los factores políticos, como los sociales y económicos en general, han provocado cambios de carácter trascendental.

La población de Panchimalco sufre una dicotomía social agudamente perfilada por un proceso de sedimentación que lleva varios siglos de estar desarrollándose; nos referimos a la oposición entre ladinos e indígenas. No es esta una característica exclusiva de Panchimalco, pues tal oposición la encontramos en aquellas comunidades donde conviven elementos indígenas y representativos del mestizaje o de la raza llamada blanca; así por ejemplo, tenemos la separación ladino-indígena, en Nahuizalco, en Izalco, en Juayúa, en Santiago y en San Pedro Nonualco, etc., etc. La mayor parte de las ciudades y pueblos de Guatemala se sienten penetrados por esta grave separación; incluso las comunidades urbanas del Estado de Chiapas en la República Mexicana, también utilizan la terminología ladino-indígena para indicar una separación social seme-

(*) *Adaptación parcial del capítulo VI de la obra "Estudio Sociológico de Panchimalco", que resume los resultados de la investigación llevada a cabo en dicha comunidad, por cuenta de la Facultad de Humanidades.*

jante a la que hemos encontrado en El Salvador y Guatemala. Esta separación ha sido objeto de multitud de estudios de notables investigadores que han tratado de encontrar la explicación de tal dicotomía ya sea en factores de carácter étnico o en factores de carácter cultural. Por ejemplo Morris Siegel nos dice: “que un principio fundamental está debajo de todas las relaciones sociales entre los nativos y los blancos. Es el concepto de la “superioridad social de los blancos”, promulgado primeramente durante la conquista y que persiste, prácticamente sin cambios, hasta el día de hoy. La importancia de la idea de que los indios representan una especie inferior de humanidad, no puede ser más destacada, pues la organización política y social de Guatemala, se apoya claramente en una dicotomía racial que garantiza el Poder y privilegios para “el grupo superior naturalmente”. (1) Es decir que Siegel utiliza el término “blanco” para referirse a los ladinos e interpreta la dicotomía ladino-indígena sobre una base racial, dando al contexto de la oposición, un pronunciado tono de tipo racista con la consecuente proyección de explotación y menosprecio para la raza indígena.

Richard N. Adams por el contrario, al estudiar el problema de los ladinos en Guatemala, se apoya principalmente en datos de carácter cultural y niega que el factor étnico sea el determinante de tal dicotomía. Para definir al ladino nos dice que en última instancia, ladino viene a ser “cualquier persona que no pertenece al grupo indígena” (2) y más adelante nos dice que “puede considerarse en resumen, que los términos “indígena” y “ladino” se aplican a miembros de grupos socio-culturales distintos, con la adición de que el término “ladino” se refiere a varios grupos socio-culturales, de los cuales el más común es aquél que tiene una herencia cultural orientada hacia lo español”. (3)

Nosotros consideramos que, por lo menos para el Municipio de Panchimalco, la oposición ladino-indígena es mucho más compleja y que no puede reducirse por lo tanto, a un solo factor. Para caracterizar adecuadamente la referida dicotomía tenemos que apreciar tal separación social como producto de todo un proceso histórico en el cual han intervenido tres factores importantes: el

(1) *Morris Siegel. Resistences to Culture Change in Western, Guatemala. Sociology and Social Research. 25.5, p.p. 414-430 (may-june 1941).*

(2) *Richard N. Adams. Encuesta sobre la cultura de los ladinos en Guatemala. pág. 20.*

(3) *Id. Id. pág. 21.*

étnico, el cultural y el económico. Por consiguiente para el estudio adecuado de la oposición ladino-indígena, tenemos que estudiar:

- 1º—Los orígenes y antecedentes históricos correspondientes.
- 2º—El factor étnico.
- 3º—El factor económico, y
- 4º—Finalmente el factor cultural.

Pasemos al estudio de los antecedentes de carácter histórico. El hecho de que la oposición ladino-indígena se nos dé, tanto en Chiapas como en Guatemala y en El Salvador, en aquellas comunidades o centros urbanos en los cuales haya habido y existe todavía el contacto de dos grupos étnicamente diferentes, nos sitúa el problema de la investigación en el origen histórico de tales contactos. Lo primero que nos llama la atención, es el uso, tan divulgado, de la palabra “ladino”, dándole una acepción que no es la que corresponde de acuerdo con los principios fundamentales de nuestra lengua. De acuerdo con el Diccionario de la Real Academia, se llama ladino a la persona que habla con facilidad alguna o algunas lenguas además de la propia; en especial se llamaba ladino a aquel que hablaba un idioma situado entre el latín y el italiano, y que se habla en algunos valles de la Provincia de Bolzano de Italia. Por extensión también se llama ladina a la persona que es astuta, sagaz o taimada. Veremos en el curso de este análisis que algo ha quedado de estas acepciones, en la designación que se hace de un estrato social en las comunidades donde conviven indios y mestizos.

En los principios de la colonia se acostumbraba designar con el nombre de ladino a aquél que dominaba tanto la lengua española como alguna de las lenguas indígenas; por ejemplo, en el expediente de la titulación de la hacienda “El Potrero”, aparece la resolución que dice: “En el pueblo de Apastepeque, en dicho día, mes y año susodichos (cuatro de junio de 1608): el dicho don Alvaro de Paz y Quiñónez, juez susodicho que para este efecto tiene nombrado por intérprete a Andrés de la Paz, *indio, ladino en lengua castellana*, para que interprete en los casos tocantes a los naturales que se ofrecen y ofrecieren, como consta en el nombramiento que tiene hecho, para que de ello conste, mando se ponga este testimonio.—Don Alvaro de Paz y Quiñónez. Ante mí, Tomás Calderón, Escribano nombrado”. (4)

Esto quiere decir, que en 1608 el uso del término ladino

(4) Leopoldo Alejandro Rodríguez. *La Villa de Apastepeque. La Quincena*, números 56 y 57, año 1905.

estaba más o menos de acuerdo con su acepción primaria, propia del idioma español y se aplicaba tanto a indígenas como a españoles. El término ladino significaba así, posibilidad de hablar dos idiomas, y la consiguiente facilidad para ejercer el oficio de intérprete. Paralelamente, el carácter lingüístico del término ladino va adquiriendo también un sentido peyorativo, pues atendiendo al hecho de que toda persona que domina dos lenguas impresiona a sus oyentes, quienes con facilidad le atribuyen inteligencia destacada, astucia, y habilidad mental, surgió la costumbre, ya en ese tiempo, de utilizar la palabra ladina como sinónimo de astuto, hábil o inteligente.

Poco a poco van apareciendo los mestizos (hijos de español e indio) en el escenario de la historia americana y en ellos era caso frecuente, el poder hablar los dos idiomas imperantes: la lengua del padre español y el idioma de la madre india. Fue por ello mismo muy fácil la inclinación de los mestizos hacia el oficio de intérpretes, sirviendo entonces de intermediarios entre indios y españoles para la realización de los más variados negocios. Naturalmente los intérpretes cobraban por sus buenos oficios y obtenían ganancias que, a los ojos de los indígenas eran exorbitantes y, más que nada, poco justificadas, pues que el intérprete no tenía que realizar mayor esfuerzo físico para lograrlas. Los indígenas consideraban entonces que el mestizo intérprete, tenía la facilidad de engañarlos y de defraudarlos y, por lo mismo, empezaron a asimilar el concepto de mestizo con el concepto de ladino, dándole a éste una acepción más amplia; ya entonces era ladino aquel que podía, por ser inteligente y hábil, hablar las dos lenguas imperantes y que además se aprovechaba de sus conocimientos para engañar a las partes que intervenían en un negocio, especialmente a los elementos más débiles económicamente, o sea a los indígenas.

Más de cien años después, en 1740, encontramos en la "Relación Geográfica de la Provincia de San Salvador", redactada por don Manuel de Gálvez (5), unos datos estadísticos en los cuales todavía no se usa la palabra ladinos sino que se establece el término "mulatos". Con este término se comprendía mestizos, negros y auténticos mulatos, pero aún no se designaba con el término de ladinos a un estrato social determinado. En 1775 en dos relaciones individuales remitidas a la Real Audiencia de Guatemala para cumplir requerimientos y órdenes del monarca español, al informar

(5) *Boletín del Archivo General del Gobierno de Guatemala; Tomo II, N^o 1, pág. 20.*

sobre la Provincia de San Salvador y su estado encontramos en la primera relación o sea la que redactó don Francisco Quintanilla, Alguacil Mayor del Santo Tribunal de la Fe, las siguientes afirmaciones: “en toda la extensión de esta Alcaldía Mayor se numeran, según he oído decir, ciento cuarenta y tantos pueblos de indios lo más y pocos de *ladinos* entre los cuales a excepción de la ciudad de San Miguel, y esta villa de San Vicente, se hallan algunos singulares en su extensión y copia de vecinos de todas calidades y condiciones: éstos son el pueblo de Santa Ana Grande, el de Chalatenango, el de Coxutepeque y el de Zacathecoluca, los cuales maneja y gobierna el Alcalde Mayor de San Salvador”. En la segunda relación que fue redactada por Francisco Ignacio Chamorro Sotomayor y Villavicencio también hay algunas alusiones al término *ladino*; así por ejemplo se dice “que dicha Alcaldía mayor comprende en su territorio desde el primer pueblo de su jurisdicción, que es el de Chalchuapa hasta el último nombrado Conchagua, ochenta leguas poco más o menos. En cuyo distrito comenzando de Oriente a Poniente, se halla situada la Provincia de San Miguel que contiene en su centro una ciudad con su ayuntamiento y vecindario competente de españoles y plebe y le circulan por todas partes en cortas y dilatadas distancias cuarenta pueblos, de estos diez o doce numerosos y los demás pequeños, con dos villas de mulatos, y distintos *valles de gente ladina*, y se regula desde el citado pueblo de Conchagua, que hace a el Oriente hasta el Río de Lempa” y más adelante agrega: “de modo que siendo la ciudad de San Salvador, silla, cabecera y morada del Alcalde mayor, comprende su gobierno las tres citadas provincias con sus correspondientes ayuntamientos, dos villas de mulatos y como ciento dieciséis pueblos de indios, incluso tres o cuatro *ladinos*; cuyo número de éstos es grande, porque no solo ocupan los tres o cuatro pueblos expresados, sino que en el recinto de las mismas ciudades, villas y pueblos de indios, están *avecindados* en crecida proporción y en la ciudad de San Miguel se halla un pueblo nombrado *Usulután* que siendo de doce indios, se hallan *avecindados* en él más de dos mil mulatos”. (6)

Como puede verse en los párrafos transcritos empieza ya a utilizarse de manera indistinta el concepto de mulatos y el de *ladinos*. La relación segunda es particularmente aleccionadora a este respecto, pues nos habla de villas de mulatos o sea de los núcleos urbanos de población mestiza que fueron establecidos de

(6) *Id. Tomo II N° 4, julio de 1937.*

conformidad con las leyes indias y al mismo tiempo, nos habla también de “valles de gente ladina”, que constituyen las unidades de población de gente mestiza, al margen de las disposiciones legales y sometidas únicamente al impulso de la necesidad. Pero en párrafos posteriores, la segunda relación utiliza el término ladino para referirse a aquellos estratos sociales que conviven o están más próximos a los núcleos indígenas; mientras las villas de mulatos eran comunidades de mestizos establecidas conforme la ley y por lo tanto sometidas a la prohibición que les imponía no tener contacto, no convivir con los indígenas, los ladinos eran el estrato que rompía los valladares fijados por la ley y se decidía a entrar en contacto y a convivir con los núcleos indígenas y por eso es que en esta segunda relación, se dice que el número de los ladinos es grande, “porque no sólo ocupan los tres o cuatro pueblos expresados, sino que en el recinto de las mismas ciudades, villas y pueblos de indios están avecindados en crecida proporción”. De manera que en el proceso de desarrollo histórico de la sociedad colonial asistimos a la lenta conformación del estrato ladino, el cual va adquiriendo perfiles definidos.

En la valiosa obra del Arzobispo Cortés y Larraz encontramos referencias al término ladino como una categoría social perfectamente definida. Según el arzobispo anteriormente citado, en 1770, en Panchimalco no había ladinos; pero al mismo tiempo nos habla de que el cura párroco de San Jacinto, a cuya jurisdicción eclesiástica pertenecía Panchimalco, era un señor “mui amante de los ladinos y mui desafecto a los micerables yndios”. (7) Y más adelante contrastan las actitudes de indios y ladinos frente a los sacerdotes en los términos siguientes: “los yndios mui frecuentemente ven en nosotros una especie de codicia, que con nada nos satisfacemos, ni con sus bienes, ni con sus trabajos, ni con sus servicios; esta suele acompañarse de una tal dureza, que en no llenando nuestros decesos y medidas, todo es desprecio, encarcelamientos y picotas. Los yndios contrivuyen muchísimo a los curas; porque les dan muchos rs.; los sirven de valde y les dan por vía de sustento gallinas, huevos, pescado, especies, leche, leña, agua y aún yerba para las mulas; con ésto los yndios o no pagan, o es poco, por derechos de bautismo y entierros. Los ladinos al trocado; nada dan al cura, ni le sirven en cosa alguna; bien que los referidos derechos los tienen más altos; con esto algunos curas,

(7) Arzobispo Cortés y Larraz. *Descripción geográfico-moral de la Provincia de San Salvador*, pág. 116.

aunque no son muchos, tienen grande afición a los ladinos; creyendo, que éstos los hacen ricos; y como a los pobres yndios no puede serles mui sencible verse pospuestos a los ladinos, de aquí les hace mucha aversión a tales curas y ha llegado a tanto en esta parroquia, que es de temer se vean algunos malos efectos sobre qué se está tratando”. (8)

Por lo transcrito puede verse que el Arzobispo Cortés y Larraz habla con toda naturalidad de ladinos, como de un estrato perfectamente constituido y que no puede ofrecer dudas acerca de su composición social. Así pues podemos afirmar que ya por el año de 1770, los ladinos se han integrado definitivamente dentro de la comunidad salvadoreña como estrato social con perfiles definidos, perfiles que se transmiten a la etapa de vida independiente llegando así hasta nuestros días. Por su origen histórico, los ladinos, constituidos en estrato social *vienen a ser el conjunto de mestizos que conviven con los núcleos indígenas, frecuentemente bilingües y que por razones de su origen, se encuentran en mejores condiciones económicas que los aborígenes con los cuales tienen conflictos y constantes rivalidades.*

No omitiremos decir que dada la condición de degradación en que estaban colocados los indígenas, los ladinos veían siempre con menosprecio a los aborígenes considerando que éstos, por ser “inferiores” estaban obligados a prestarles servicio y obediencia.

En el informe que sobre el “Estado general de la Provincia de San Salvador” presentó el intendente don Antonio Gutiérrez y Ulloa en 1807, aparentemente no se utilizaba el término ladino, puesto que dice que la población de la Provincia “siguiendo el orden común de esta parte de América, consiste en cinco clases: españoles, mestizos, indios, mulatos y poquísimos negros”. No utiliza pues el término ladino para configurar una clase social y se deduce que su concepto de mestizo es el producto de la unión de blanco con indio ya que en el párrafo que dedica a conceptualizar a los indios, dice en su parte final lo siguiente: “encontrándose igualmente, por exemplar raro un mestizo de primer orden después de dos siglos y medio de reunión con los blancos”. Los mulatos son considerados como las castas procedentes de mestizos o blancos con los negros.

De manera que en este caso el término de mulato usado por Gálvez en 1740, ya presenta una acepción de carácter muy peculiar de base étnica y comprende únicamente a aquellos elementos originados del cruce de raza negra con indios, mestizos o españoles.

(8) *Id. Id. pág. 120.*

A pesar de no haber contemplado a los ladinos como estrato social existente en la Provincia, Gutiérrez y Ulloa cuando describe el pueblo de Panchimalco nos dice que: “su población es de 2.624 yndios y 12 ladinos” y así en la mayor parte de los pueblos de origen indígena encontramos la referencia correspondiente a la existencia de ladinos. Por consiguiente debemos considerar que en los años finales de la independencia no sólo subsiste, sino que se ha desarrollado la categoría de los ladinos, particularmente en las poblaciones de origen indígena.

Sentadas las premisas de carácter histórico que dieron origen a la categoría de los ladinos, debemos pasar ahora al estudio de las bases de diferenciación étnica que se proyecta en la dicotomía ladino-indígena. En Panchimalco, por ejemplo, los núcleos indígenas pertenecen a la gran familia pipil que pobló la mayor parte del territorio salvadoreño, por lo menos en su zona occidental y central y la parte sudoriental de la costa del Pacífico de Guatemala. Como es sabido los pipiles pertenecen a la gran familia nahuatl y sus características físicas son similares. En la tesis de doctorado en Química y Farmacia presentada a la Universidad de nuestro país, por la señora doña Marta González de Cerrato, se ha tratado de comprobar que los indígenas de Panchimalco y los de Izalco, proceden de un mismo tronco étnico; como lo demuestra el hecho de hablar el mismo idioma (nahuatl), tener las mismas costumbres, rasgos físicos similares y, sobre todo, análoga distribución en los grupos sanguíneos. La autora de la tesis realizó un estudio de cien muestras de sangre de campesinos de la Villa de Panchimalco y de Izalco habiendo tenido el resultado siguiente:

CUADRO N° 41

COMPARACION DE LOS FACTORES RH Y HR.

<i>Categoría étnica</i>	Nº	RH	RH'	RH''	RHY	RH _o	RH ₁	RH ₂	RH ₃
Indios mejicanos	98	0.0	0.0	0.0	0.0	1.1	48.1	9.5	41.2
Indios Izalqueños	100	0.0	0.0	0.0	0.0	3.6	59.6	13.6	15.0
Indios Panchos	100	0.1	0.0	0.0	0.0	1.0	30.0	42.0	27.0

Las conclusiones que la autora de la tesis ha desarrollado son las siguientes: destaca en primer término la ausencia del factor RH negativo para los panchos y una baja frecuencia de dicho factor en los izalqueños. En segundo lugar indica que tanto en Izalco como en Panchimalco hay ausencia de individuos del tipo AB. Todo lo cual indica la comunidad de rasgos étnicos entre izalqueños y panchos. Agrega finalmente la autora, que la baja frecuencia

del factor RH negativo viene a constituir un argumento más en favor de la hipótesis que postula la ascendencia mongoloide del indio americano. (9)

En lo que respecta al mestizo, sus características psicosomáticas, son muy variables. El español llegado a América no presentaba características físicas homogéneas y por ende, los resultados de su unión con las indias americanas también tenían que ser diversos. Pero el destino de los mestizos tuvo diversas soluciones: unos, ya sea porque sus características físicas eran análogas a las de su madre indígena, o porque las condiciones sociales del momento así lo impusieran, se incorporaron a la comunidad indígena y fueron asimilados por ésta, a tal grado que se olvidaron pronto sus orígenes mestizos. Otros por el contrario, ya sea porque heredaron las características físicas del padre y tuvieron la piel blanca y los cabellos rubios, o porque circunstancias sociales del momento los obligaron a vivir en un medio distinto del indígena, se conservaron y desarrollaron como elementos completamente distintos de los referidos indígenas. Son éstos los que más tarde van a constituir el núcleo ladino.

La convivencia de ladinos e indígenas, originó desde sus comienzos aguda rivalidad y contraposición de intereses. Se pusieron frente a frente dos núcleos étnicamente bien diferenciados; por un lado los representativos de la raza aborígen y por el otro, los mestizos que procedían de un núcleo urbano de cultura española. Como hemos indicado más adelante, son los mestizos que conviven con los indígenas, los que más tarde van a constituir el estrato social denominado ladino.

Contrastaban especialmente los rasgos físicos de ladinos e indígenas, contraste que todavía puede apreciarse en la actualidad, no obstante la tendencia progresiva hacia la homogeneidad que caracteriza a todo grupo humano en el que encontramos distintos representativos raciales. Los rasgos físicos actuales que distinguen a ladinos e indígenas en Panchimalco, son los siguientes:

Rasgos del Indígena:

Estatura: varía entre 1.58 y 1.64 mts. pero la estatura media predominante es de 1.60 mts.

Piel: morena.

(9) *Estudios RH y HR sobre un grupo de campesinos de la Villa de Panchimalco, 1957. Universidad de El Salvador, tesis de doctorado de la señora doña Marta González de Cerrato.*

Cabello: negro, lacio y grueso.
Ojos: café obscuro y un tanto mongoloides.
Nariz: aguileña.
Compleción: delgada pero cuerpo extremadamente musculoso.
Entre las mujeres la estatura varía entre 1.54 y 1.60 mts.
pero su media es de 1.56 mts. Las demás características
físicas, corresponden a las de los hombres.

Los mestizos tienen los siguientes rasgos:

Estatura: fluctúa entre 1.58 y 1.75 mts., pero el promedio
general es de 1.65 mts.

El color de la piel es blanco y trigueño.

Ojos: claros sin tendencia mongoloide.

Los cabellos son claros y delgados.

En la mujer la estatura fluctúa entre 1.55 y 1.65 mts., pero
la media es de 1.60 mts.

Naturalmente a estas diferencias de carácter físico se unían diferencias de carácter cultural tales como el vestido, las casas de habitación, la alimentación, etc. Pero lo fundamental en este caso es el hecho de que tanto ladinos como indígenas, se consideran como "de otra raza"; de que incluso, no tienen ninguna comunidad de sangre y finalmente, de que los ladinos en particular se sienten por naturaleza, superiores a los indios.

Lo anterior se refiere al dato relativo al factor étnico; veamos ahora el factor económico. Cuando los mestizos se trasladan a las comunidades indígenas y deciden convivir con éstos, lo hacen por imperiosas razones de necesidad. El mestizo durante la colonia es hostilizado por las autoridades, por las leyes, y por la sociedad. Las leyes prohibían al mestizo adquirir tierras y convivir con los indígenas. Las autoridades españolas se preocupaban por crear núcleos de población para los hijos de la Península Ibérica o para los criollos, pero muy pocas veces fundaron las comunidades propias de los mestizos. La tendencia demográfica de la colonia era de incremento con respecto a los mestizos, y por lo tanto, año con año aumentaba su número originando graves problemas de carácter demográfico y urbanístico. Por otra parte se hostilizaba al mestizo haciéndolo víctima de prejuicios que los españoles tenían con respecto a ellos, considerándolos como herederos de todos los vicios y defectos propios de españoles y de indígenas sin que tuvieran ninguna de sus virtudes. El mestizo de esta manera como

señalaba el Dean García Redondo, era un extraño en su propia tierra. (10) Por eso muchos mestizos abandonaban los grandes centros urbanos en donde habían sido formados y por la violencia o por la persuasión, se establecían en las comunidades indígenas, completamente al margen de las leyes y buscaban asegurar su vida y su bienestar, aprovechándose de la convivencia con los indígenas para explotarlos y dominarlos económica y políticamente.

Algunos de los mestizos llevaban a la comunidad indígena el aporte económico de la herencia paterna y con esto, se apoderaban de las mejores tierras y establecían en el centro de la comunidad su residencia, construyendo su casa al estilo español. Otros llevaban su preparación cultural, sabían leer y hacer cuentas, tenían algunos conceptos sobre agricultura y comercio y por lo mismo, con facilidad triunfaban en los negocios y se convertían en los principales dirigentes de la economía local; otros finalmente, no llevaban fortunas ni mayor capacitación cultural, pero el dominio de las dos lenguas, su gran audacia, su decisión carente de escrúpulos morales y su astucia, los convirtieron también en personajes dominantes que muy pronto acumularon si no cuantiosas fortunas, por lo menos un patrimonio muy superior al de cualquier familia indígena.

En el proceso de dos siglos los ladinos se convierten en el estrato social dominante; controlan los mejores comercios y explotan las mejores tierras; habitan en el centro de la población y utilizan las mejores casas. De manera que la diferencia de niveles económicos entre ladinos e indígenas es evidente. La diferencia de posición económica engendra necesariamente la correspondiente ideología de tendencia racista. El ladino, consciente o inconscientemente, aspira a defender su posición privilegiada en el seno de la comunidad indígena y por lo mismo, se vale de todos los procedimientos: requiere el apoyo de las autoridades y de los sacerdotes; hostiliza a los indígenas que se oponen al triunfo de sus ambiciones económicas o que discuten los privilegios de los ladinos; finalmente, elabora teorías que tienden a menospreciar al elemento indígena y a enaltecer al elemento ladino. Tiene lugar entonces una singular paradoja histórica: el ladino convive con el indígena, necesita de él para poder prosperar, lo explota en el trabajo y al explotarlo, aprende de él, el cúmulo de experiencias que por siglos ha logrado obtener la sabiduría indígena para el

(10) Dean García Redondo. *Memorias sobre el Diezmo en Centro América.*

dominio del medio ambiente; se asimila muchas de las costumbres indígenas en lo que respecta a la alimentación, al tratamiento de las enfermedades, etc. Entre el indio y el ladino surgen naturales impulsos de simpatía y repulsión; se quieren y se odian profundamente; pero en el ladino predomina el sentimiento de menosprecio; él, el vencedor en la lucha por la existencia, justifica su triunfo suponiendo al indígena como de naturaleza inferior. Algunos ladinos, los más generosos, dicen que el indio es como un niño al que hay que tratar con bondad, pero sin descuidarlo, porque si se le deja solo, entonces comete faltas y arruina lo que se le ha encomendado; otros pretenden realizar una polarización de carácter moral: todo lo bueno y generoso, lo noble y lo espiritual, se encuentra en los ladinos, ellos son los verdaderos cristianos, los honestos, los trabajadores, los que tienen en sus negocios buena fe y responsabilidad; los indios por el contrario, son viciosos, haraganes, lujuriosos, adictos en grado extremo a la bebida, incumplidos en sus obligaciones, inclinados al robo, solapados, hipócritas y taimados. De más estará decir que tal polarización moral no corresponde a la verdad. Ladinos e indígenas han producido notables ejemplares humanos y también de su seno han salido elementos perniciosos para la sociedad; y la mayoría de ellos, los representativos comunes, de dichos estratos son—como todos los hombres—ni totalmente buenos, ni totalmente malos; son simplemente seres humanos con debilidades naturales y con grandes posibilidades de virtudes.

Finalmente, para terminar la caracterización de ladinos e indígenas, vamos a insistir sobre las diferencias de carácter cultural. Cuando se tienen distintos niveles económicos, la vida material e intelectual presenta características distintas. Los ladinos, tal como lo señalara Adams, tienen una cultura predominantemente española; sus vestidos son propios de las gentes occidentales; su sistema de vida es regulado por el modelo de los hombres europeos que viven en comunidades rivales; en cambio el indígena, como es natural, está apegado a las costumbres tradicionales de su tribu, o por lo menos, de su comunidad; no puede aunque quisiera variar los medios materiales de su vida, porque le faltan ante todo, los medios económicos, sin contar con que durante la colonia también había barreras de carácter legal que le prohibían vestir como los mestizos y disfrutar de las mismas diversiones que tenían estos últimos. En definitiva pues, el estrato social del ladino descansa en una base económica sobre la cual se levantan las diferencias de tipo cultural en general, y las de tipo ideológico en particular.

En la etapa contemporánea de Panchimalco, encontramos todavía vigentes los conceptos ladinos, mulato, e indio. Investigando el contenido social de estos términos encontramos varias acepciones entre las cuales podemos destacar las siguientes:

Son ladinos:

- 1º—“Los nacidos acá (en el centro) pero cuyos padres no eran de acá y vinieron a la villa cuando eran muy jóvenes”.
- 2º—“Todos los de las tiendas”.
- 3º—“El que no es de aquí”.
- 4º—“Ladino quiere decir sinvergüenza, estafador, ladrón” (esta última acepción fue obtenida en el seno de núcleos propiamente indígenas y fue transmitido como confidencia, indicando un pensamiento o una actitud muy íntima de parte de los indígenas, que no se atreven a manifestar a los extraños).

Con respecto al término mulatos, debemos advertir que se trata de una expresión utilizada por los indígenas, que contiene un pronunciado sentido de menosprecio en contra de los ladinos. Se usa por los indígenas cuando se tiene un disgusto, cuando se trata de censurar alguna cosa que contraría, en los diarios sucesos de la vida familiar. Así por ejemplo, pudimos constatar la siguiente expresión formulada por una mujer indígena cuyas gallinas habían sido atacadas por las de un ladino: la indígena dirigiéndose a la gallina atacante, le dijo: “mulata sinvergüenza, ya le pegaste a mi gallina”. Lo dijo en voz alta para que lo oyera la vecina y sintiera la ofensa proferida. Con estos datos señalamos tres acepciones correspondientes a la palabra mulato.

Son mulatos:

- 1º—“Los mismos ladinos”.
- 2º—“Mulato es la mezcla de indio con ladino”.
- 3º—“Los que vienen de San Salvador”.

Estas acepciones que son operantes en la actualidad en Panchimalco, no hacen más que confirmar en el fondo el punto de vista que hemos venido esbozando con respecto a los ladinos. Constituyen el estrato social venido de fuera; por eso en la primera acepción se dice que son ladinos aquellos cuyos padres no son nacidos en el lugar; y así se justifica el punto de vista histórico. En 1807, recordemos, solamente doce ladinos vivían en Panchimalco; poco a poco fueron llegando más ladinos y con el tiempo

se formó la dicotomía y los estratos sociales quedaron completamente definidos; pero los indígenas, apegados a la tradición, los consideran siempre como llegados de fuera, puesto que en la comparación de ambos estratos, los indios tienen muchos siglos de vivir en el lugar, en tanto que los mestizos o ladinos, a lo sumo tienen una tradición de permanencia que no pasa más allá de ciento cincuenta años. La acepción cuarta de la palabra ladino, nos está indicando todavía el resentimiento que existe en algunos núcleos indígenas en contra de los procedimientos, éticamente incorrectos, de algunos ladinos; si el indígena es engañado en un negocio o sus hijas fueron seducidas por el ladino y después abandonadas, entonces queda en el ánimo del indígena un profundo resentimiento que se va transmitiendo de generación en generación y les hace que vean en los ladinos, personas de quienes hay que desconfiar y a las que siempre debe temérseles.

En lo que respecta a los mulatos, esta palabra parece haber sido empleada por los indígenas por imitación de los españoles. Posiblemente durante la etapa colonial se dieron cuenta de que los “chapetones” llamaban a los ladinos mulatos, en un sentido despectivo y ellos asimilaron tal concepto y desde entonces, cuando quieren molestar a una persona ladina, la designan con el término de mulato. El hecho de que apliquen también el nombre de mulatos a los que llegan de San Salvador, tiene su explicación en la circunstancia de que los capitalinos que llegaban a la villa, se parecían mucho más a los ladinos que a los indígenas y por otra parte, sus visitas a la población daban lugar a muchos abusos, especialmente de carácter sexual, que cometían sobre el sector indígena femenino; de ahí se origina la actitud de desconfianza frente al capitalino y la animadversión que expresan cuando lo llaman mulato.

En conclusión podemos decir, que el ladino es un estrato social formado históricamente y que descansa sobre diferencias de tipo económico, racial y cultural, por oposición al sector indígena de una comunidad. El número de mestizos o ladinos en Panchimalco no pudo ser determinado estadísticamente, pero sobre la base de las encuestas que realizamos en la villa podemos establecer que en la actualidad constituye un 30% de toda la población. Otro aspecto importante, es el hecho de que los ladinos, como grupo social, siguen ocupando las posiciones económicas más altas. En la encuesta sobre niveles económicos, que llevamos a cabo, encontramos que los dos niveles de más altos ingresos están ocupados por el 90% de gente ladina, lo que confirma la proposición

anterior en el sentido de que el ladino es el estrato social dominante desde el punto de vista económico.

Las actitudes de menosprecio en contra del indígena por parte del ladino, si bien amortiguadas por el transcurso del tiempo y el avance del proceso civilizador, todavía subsisten. Cuando interrogábamos a una señora ladina, acerca de la manera cómo se practicaba el parto entre las mujeres indígenas, tuvimos esta respuesta inmediata: "son como perras, tienen sus hijos ellas solas como los animales". Paralelamente también, tuvimos esta experiencia contraria: interrogamos a una señorita vestida a la manera occidental, usaba tacones altos, labios pintados y cabello peinado en un salón de belleza; por su manera de comportarse y por el nivel de vida que presentaba la juzgamos que pertenecía al estrato de ladinos; le preguntamos que quiénes eran en Panchimalco los indios y quiénes eran los ladinos; al oír nuestra pregunta, enrojeció avergonzada, bajando la cabeza, y después de varios titubeos contestó de la manera siguiente: "que no somos todos salvadoreños acaso"? Lo que había pasado era que la señorita pertenecía al estrato considerado inferior, al estrato de los indios; había nacido "en un valle" y para ella el vivir en Panchimalco desde hacía tres años significaba un ascenso en su posición social y sentía vergüenza de confesar que ella era una "pancha". Análoga respuesta obtuvimos de otro indígena a quien quisimos interrogar sobre la oposición ladino indígena: "aquí todos somos salvadoreños". Es decir, que en el estrato de los ladinos existe el menosprecio hacia los indígenas; ellos sí, sienten orgullo de decir "somos ladinos, los inditos no nos quieren porque dicen que no somos de acá". Entre los indígenas, por el contrario, hay algunos que sienten vergüenza de ser considerados como tales, porque temen ser víctimas del desprecio de personas a quienes ellos consideran de categoría superior.

Para terminar el tema sobre la dicotomía ladino-indígena, debemos advertir que no en balde han convivido más de un siglo los dos estratos sociales y por ello no es de extrañar que encontremos no sólo fenómenos de sincretismo social, sino franca y abierta penetración de la cultura indígena en la cultura ladina. Muchas de las supersticiones ambientales (creencias en la ciguana y el cipitío, en los pájaros enamorados, en los brujos que se convierten en "micos", etc.) son comunes a ambos estratos; los sistemas de alimentación son también similares por lo menos en los sectores económicamente limítrofes.

GAVIDIA Y SU OBRA

Por el Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz.

Desde luego, ésta no es una conferencia. Tal vez, apenas, una charla. Charla o conferencia, fue una temeridad, lo reconozco, el haber escogido como tema la obra del insigne maestro Francisco Antonio Gavidia. Tantas cosas se han dicho de él, tantas facetas de su obra han sido ya estudiadas y expuestas, que nada nuevo quedaría, tal vez, que decir en esta oportunidad ante ustedes. Sin embargo, acaso haya un aspecto que, o no ha sido tratado, o ha sido considerado muy ligeramente. Me refiero a la devoción del ilustre maestro, por la democracia. La obra toda de Gavidia está vitalizada por eso que en él fué idea central: la democracia. Esta va a través del verso, de la comedia, o del drama, como una corriente subterránea que aflora a veces a la superficie, y luego se hunde, haciéndose invisible para el profano, que no penetra hasta el núcleo esotérico de la obra.

Séame permitido, pues, fijar este aspecto de la obra gavidiana como objeto de esta charla.

Vivió el Maestro en una inmensa soledad. Arisco y huraño como sus cabellos lacios, su obra la realizó de puertas adentro. Jamás tuvo un desplante demagógico. Fue sencillo y puro. No supo de las triquiñuelas políticas, ni de las maniobras oscuras para conquistar posiciones. No significa esto que permaneciera indiferente a la vida del país. Al contrario, supo auscultarla con acierto y presentar, desnuda y fría, la realidad social.

No es cierto como algunos afirman que haya vivido de espaldas al pueblo. En todos sus escritos, el pueblo, como entidad, ocupa lugar relevante. Sólo que, como hombre superior, de estilo literario de corte clásico, profundo, su lenguaje no es asequible muchas veces al lector corriente. El se vale de alegorías, de la leyenda y la mitología para expresar su pensamiento. Y quien no sepa interpretar aquéllas, se quedará prisionero en la forma de los conceptos.

La preocupación que siempre le acompañó por nuestra reali-

dad nacional está diseminada en toda su obra, y una muestra de ello es la cartilla “El Desanalfabetizador” que escribió para enseñar a leer.

A diferencia de la mayoría de intelectuales que traicionan su misión y se ponen mediante paga al servicio de un partido, o de una causa sectarista, Gavidia permaneció limpio, insobornable, al servicio exclusivo de las letras por lo que éstas tienen en sí de grande, noble y bello. Jamás le vimos doblegarse ante el halago del poder o la riqueza. Su vida es un ejemplo de entereza moral, de virtud cívica y de austera ecuanimidad.

Esta es la fase que más seduce y que hace inconfundible la solidez de su personalidad.

Pobre, pobrísimo, ingenuo y solitario, jamás conoció la doblez, ni el servilismo, ni la dádiva vergonzante.

Cuántos otros, en cambio, en situación menos precaria, se vendieron al mejor postor, ensalzaron tiranos y abjuraron de los principios que otrora sustentaron.

Nadie osará poner en duda la pureza política del maestro. Aquí, en este medio en donde la contaminación provocada por el virus de la política destruye y corroe el espíritu, defendido con armadura de acero, se mantuvo fuera del contagio. Y no es que no hiciera política. La hizo, pero política en el verdadero y alto sentido del término. La hizo a lo largo de sus escritos, en prédica constante. ¡Qué hondo sentido tiene, por ejemplo, su canto a Centro América! Esta obra la escribió cuando él llevaba a cabo una campaña de formación de sociedades culturales y cooperativistas, como resultado de la cual, se crearon unas cincuenta entidades que iniciaron una revolución ideológica que empujó la transformación de las instituciones de la República. ¡Qué cuadro más sombrío pintó Gavidia en ese canto! Pueblos telúricamente unidos, pero separados por barreras de egoísmo, de odio y de ambición. Pueblos sometidos a la voluntad de un solo hombre, grupo o familia, como en los albores de la conquista. Pueblos en los que el derecho es lo que acomoda al que manda y en los que las pobres patrias son grandes latifundios administrados por un capataz. Y lo más trágico es la pervivencia de aquel cuadro. Basta para convencerse de ello leer la primera estrofa:

Centro América duerme
silenciosa e inerme.
El sueño del olvido de los mundos;
sus pueblos son estériles llanuras,

zarzales infecundos;
temerosas y agrestes espesuras
que hincha de negra savia el egoísmo;
por esta selva lúgubre y sombría,
su horrible paso en las tinieblas guía
leñador infernal, el despotismo.

En el drama "Ursino" se aboga por la paz entre las clases sociales, con cuadros de escenas reales de los días anteriores a la independencia. Habéis leído, sin duda, este drama de Gavidia.

Es muy bello y ajustado a las más estrictas reglas del teatro de la época. Fue representado en el Teatro Nacional de San Salvador por primera vez el primero de abril de mil ochocientos ochenta y siete por la compañía Luque, cuya principal actora doña Soledad A. de Luque, desempeñó—a decir del propio Gavidia—con notable acierto el papel de doña Luz de López, representativa de la alta nobleza colonial.

El fondo del drama es la lucha entre las clases monárquicas y las masas oprimidas por el poder absoluto del conquistador. El capitán Partideño (aquí Gavidia recoge una leyenda salvadoreña), capitán de bandoleros, cuya consigna es la guerra a muerte a los ricos, a los nobles, a los clérigos monárquicos, es el personaje central del drama. Ese capitán, convertido en bandolero por culpa de una sabandija de apellido Ursino de Orbaneja que le robó a la esposa virgen en la propia alcoba nupcial; ese capitán excomulgado, perseguido, con su cabeza puesta a precio personifica todo el rencor, toda la gama de sensaciones de odio, de repulsa y de venganza que hicieran que un día se rompieran las cadenas de la esclavitud y se proclamara la igualdad y la fraternidad.

Aquel capitán, valiente, temerario, que decapitaba nobles y asaltaba conventos, sufría indeciblemente cuando alguno de los de su pandilla cometía algún desaguisado con las gentes pobres. Y lo condena a morir: "Yo os he dicho—les arenga—que dejéis al militar sin cabalgadura, sin espada, sin uniforme y sin dinero; que despojéis al clérigo de su sotana y al fraile de su capucha; que os apropiéis de los bienes de los ricos y los hagáis caminar a pie cuando caigan en vuestro poder; que asaltéis las cargas de dinero escoltadas por paisanos que van al arzobispado y las rentas de la Corona de España que conducen las escoltas; a los pobres, a las mujeres y a los niños no les habéis de tocar un pelo de la cabeza".

Y ¿cómo terminó El Partideño? Con un acto de sencilla grandeza. Encontrándose cercado con otros compañeros, hizo que éstos se salvaran y quedóse él solo para que, capturándole, la autoridad no persiguiera a los otros. Mas no contó con que un joven—casi un niño—que habíase incorporado a la banda para vengar la muerte de su madre, rehusara la huída y se quedara con él. No había tiempo que perder, y en esos preciosos instantes dióle al niño un arma para que apareciera que lo llevaba a entregar. Así salvó la vida al joven, en la seguridad de que perdería la suya.

Fue el maestro un hombre enamorado de la democracia. Le canta con fervor, como sólo le cantó a la novia de la primera juventud. Las luchas de la independencia, alumbramiento doloroso de la libertad, fueron el tema que siempre tuvo ante sí, y lo analizó concienzuda y exhaustivamente. Su “Estudio Filosófico-Histórico de los Acontecimientos salvadoreños de 1814” demuestra en qué forma investigó e interpretó aquel proceso. Pintando el ambiente que surgió a raíz de 1811, dice: “Se sentía que sobre la ciudad, en el cenit, un ángel permanecía, con las alas desmesuradamente abiertas y teniendo en la mano la espada desnuda de la revolución”. Citando algunos hechos que fueron la simiente de los acontecimientos de 1814, agrega: “Uno de los días de febrero de 1813 un noble de los de calzón corto, casacón y medias de seda bordadas de oro, sombrero de tres picos, zapatos con hebillas de plata y el nombre de muchas palabras, Don Gregorio Díaz de la Cerda, se detenía ante un papel que había fijado en la pared de una casa”. En estos párrafos Gavidia deja asomar el desprecio que la nobleza opresora le ha inspirado.

El dicho estudio es una preciosa relación de la forma cómo se fraguó el movimiento revolucionario que serviría de antesala a 1821. Y no puede menos que admirarse a los sectores de aquel drama que tendría como desenlace la muerte y la libertad. Tres conceptos se barajaban en las reuniones de los conjurados: independencia, República, federación. De los tres, el que no admitía discusión ninguna era el primero. Todos estaban conformes en que la meta final tenía que ser la independencia, sin regateos, sin componendas, sin concesión alguna. Podía decirse que había un partido que surgió espontáneo, como fluye el agua de un manantial, sin reglas, sin elección de jefes, en el cual las contribuciones habían de ser de sangre y espíritu. Ese partido tenía su propia filosofía, dinámica, actuante, con ideas fundamentales sobre las formas de gobierno, el sufragio, la Revolución, y sobre todo con

un conocimiento profundo de la psicología del enemigo contra quien estaban combatiendo.

Gavidia explica todo esto con calor, con la emoción rezumando en cada palabra, como sintiendo correr por sus venas la misma onda fervorosa que encendía la llama del heroísmo en los Próceres.

Y va narrando poco a poco las peripecias de la lucha del partido contra las autoridades monárquicas. “En esta lucha de los partidos—dice—se ve inferioridad moral de la monarquía; todos los triunfos de los independientes son fundados en la ley; todos los de las autoridades reales son actos de tiranía”.

Luego describe con dolor el fracaso, la derrota y el cierre del 2º acto del gran drama de la independencia.

Ese mismo amor a la libertad hace que en Gavidia resalte un aspecto interesante: la devota admiración por la ciudad de San Salvador, que él considera como el núcleo de la rebeldía y como el epicentro de las nuevas doctrinas que van ganando terreno día a día, aun entre gentes que antes eran consideradas como afiliadas a la monarquía. Llega hasta atribuirle a la ciudad un destino mesiánico de libertad, y la hace vivir como si tuviera un alma, un cerebro, un espíritu. En su pensamiento la ciudad es un ente que padece, que ama y llora. Que espera y desespera. Y que dirige los pasos de los hombres por los senderos de la liberación.

En su hermoso “Panegírico de San Salvador” forjado como él lo dice, con el recuerdo puesto en el “Panegírico de Atenas” escrito por Isócrates, señala el destino providencial de la ciudad que será siglos después de su fundación el alma de la libertad.

Empieza por citar la descripción que de la comarca de Cuzcatlán en la cual se levantará la ciudad, hizo el cronista Brasseur de Bourbourg, y que dice así: “Llanuras magníficas se escalonaban en terrazas inmensas, desde las orillas del Océano Pacífico hasta la base de los volcanes de Chingo, de Cuzcatlán y de Xilopango, bañadas de innumerables arroyos, ofreciendo, en un espacio de doce a quince leguas las más variadas producciones. Estas ventajas no podrían dejar de llamar la atención de los proscritos de Soconusco. Los de la tribu llamada después de los pipiles seducidos por los atractivos del lugar y las riquezas que el suelo fecundo extendía espontáneamente a sus miradas, anunciaron a los demás su intención de no ir más lejos; y éstos que eran como la mitad del éxodo continuaron su peregrinación y no se detuvieron por fin, sino en las tierras que se extienden al Norte y al Oeste del Golfo de Conchagua”.

Se fundó la ciudad más o menos en el centro del valle. De acuerdo con la organización administrativa española, se erigió luego la institución municipal. Las primeras casas se construyeron a la vera del río y se las conoce en conjunto con el nombre de “La Aldea”. Había en La Aldea un sitio cerrado por los muros de la Plaza Real. A ese sitio, sin saberse por qué, la institución municipal le dio el título de “La República”. El que se dirigía a ese lugar viniendo del Sur—dice Gavidia—es decir de “La Aldea”, o viniendo del Norte, es decir de lo que el Padre Gage oyó que llamaban “los montes chontales”, si era preguntado por algún conocido, ¿a dónde vas? contestaba: voy a la República. Palabras proféticas, pues en San Salvador, ya desde entonces “se iba a la República”.

Podía arrancar de allí la profecía: Gavidia lo indica. San Salvador estaba mesiánicamente destinada a ser la cuna de la República.

La profecía se cumplió al pie de la letra. A San Salvador pertenece 1811 y 1821. Y fue en San Salvador también en donde el 11 de enero de 1822 se reunió el ya famoso Cabildo abierto, en el cual se acordó la independencia de El Salvador, para formar una República, en desafío abierto contra México, Guatemala y todo el poder imperialista de Centro América.

Gavidia, amargamente, termina su panegírico, haciéndose una pregunta y dando él mismo la respuesta: “¿Dónde están los restos, dónde están los huesos de esos próceres, cuyas cualidades deben ser objeto de estudio para todo el mundo?”

La respuesta: “Esta ciudad ha vivido más para sufrir que para pensar en la propia gloria y en sus propios hechos. Guerras fratricidas innumerables la han probado sólo en el cumplimiento de su deber y su destino; no le ha sido dado sonreír ante la escultura que nos dé la sensación elevada de su entidad moral; y en medio de tanto dolor que ha agravado la misma naturaleza móvil de su suelo, no ha podido ver dónde cayeron las más preclaras figuras de su historia; por eso, ¡extranjero! hasta ahora nuestros más grandes ciudadanos sólo hallaron la fosa del soldado desconocido”.

¡Ah!, decimos nosotros, y cuánta cosa más se podría agregar como causa del desconocimiento del lecho de muerte de los próceres.

¿Podría decirse que un hombre, un escritor que así analiza los hechos gloriosos de nuestra patria, de nuestra ciudad, vivió de espaldas al pueblo como algunos lo han afirmado? ¿Podrá

decirse que, encerrado en sí mismo, no compartió la angustia de nuestro vivir cotidiano, el dolor de un pueblo que aún no ha conocido la redención, de un pueblo que a siglo y cuarto de distancia del sacrificio de los proto-independientes, no ha encontrado su ruta ni ha satisfecho sus perennes aspiraciones de libertad y de vivencia de sus derechos fundamentales? Claro que no. Ha sido publicado un retrato de Gavidia hecho por el magnífico artista Valero Lecha, pocos días antes de la muerte de aquél. ¡Gavidia moribundo! El cabello hirsuto, rebelde se desgrena a los lados de la frente, y unos mechones que se levantan dobladizos, dan la idea de un matorral alborotado por un viento caprichoso.

Los ojos semiabiertos, apretujados, como en un esfuerzo por aprisionar la luz. La frente, mansa, ancha y hermosa está cruzada por arrugas profundas, caminos por donde ha fluido el pensamiento. El conjunto del rostro es el de un "ecce homo" yacente, y sugiere la imagen de un Cristo torturado.

¡Gavidia moribundo. No sé por qué nos vienen deseos de caer de rodillas y orar para rendir el último homenaje a la grandeza de un genio!

¡Gavidia agonizando! Es indudable que también agoniza la República.

No es posible hacer en los estrechos moldes de una charla, un análisis de la obra gavidiana. Ni tengo capacidad y alientos para hacerlo.

Mas, deseo insistir en la tesis que se ha divulgado tanto, del hermetismo de esa obra. Se ha dicho que su poesía es ininteligible, que es fría, intelectual y falta de espontaneidad. Quienes así piensan no han hecho, indudablemente más que un examen superficial de sus trabajos poéticos. Hay que seguir la evolución de la personalidad de Gavidia para constatar como se va produciendo en él en forma ascendente el crecimiento del pensamiento. La edad y el estudio ponen su sello en la poesía. Y al romántico que forja versos sencillos de amor va sucediendo el poeta maduro que se adentra en sí mismo y se pone en contacto con la realidad ontológica del hombre, con los problemas de la vida y con los secretos de la creación. De esta manera nace esa poesía suya, a la que se quiere atribuir un esoterismo que está muy lejos de tener, al menos en el sentido teo-místico de ese vocablo. Si hay algo escondido en esa poesía, es pensamiento en corriente impetuosa y conceptual. ¿Acaso no es esa la tónica de la obra de Goethe? ¿No es por ventura, el Fausto el poema más esotérico que se haya conocido en la literatura? Y ¿es por eso menos grande Goethe?

Se ha dicho también que su teatro es anacrónico, pueril y elemental.

Pero la verdad en todo esto es que la mayoría de esos críticos desconocen la obra de Gavidia.

Hablan de ella por referencias. Y van repitiendo, como un lugar común, lo que alguno por darse tonillos de gran señor de las letras, dijera en su crítica.

Las generaciones actuales con ese desprecio vanidoso que sienten por todos los valores literarios y científicos de otras generaciones, no se toman el trabajo de conocer, de escudriñar sus obras. Preguntad a alguno de estos jóvenes quiénes han leído “El Júpiter”, “Torre de Marfil”, “Amor e Interés” y os dirá moviendo los labios con desdén, que si toma cualquiera de esas obras para leerlas, se le cae de las manos.

Olvidan ellos que los conocimientos humanos van encadenándose entre sí y que toda nueva postura filosófica, científica o literaria hunde sus raíces en la antigua, tomando de ella la savia fecunda. Cada pueblo tiene su tradición de cultura, y la de unos se forja fincándose en la de otros. Me atrevo a afirmar que Shakespeare no habría sido posible sin la tradición cultural inglesa y sin su fantástico pasado legendario. Goethe, ¿de dónde extrajo su Fausto sino de leyendas germanas que surgieron en el pueblo al compás de la marcha por los caminos del mundo buscando su destino? ¿Y qué decir de Miguel de Cervantes?

No, el afán de la juventud de arrasarlo y destruirlo todo, la coloca en el riesgo de perecer entre las ruinas. Mirad hacia atrás jóvenes siquiera una vez al día y os convenceréis de que es suicidio separar de un tajo el presente del pasado, porque nos quedamos sin asentamiento en los pies. Mirad hacia atrás y ese empuje admirable que lleváis en las venas se tornará en corriente impetuosa, perenne y fertilizante.

He oído decir, reiteradamente, que Alberto Masferrer, es superior a Gavidia. Afirmar esto es revelar desconocimiento de la obra de uno y otro. No es posible un parangón entre ambos. Gavidia está a muchos metros de altura de Masferrer. No hay paralelismo, ni en sus vidas ni en sus obras. Masferrer es un gran escritor y un periodista insigne, pero carece de la profundidad filosófica y científica de Gavidia.

Masferrer fue un escritor popular. Con convicción y habilidad periodística supo divulgar doctrinas como la del “Mínimum Vital”, que no eran nuevas, pero sí desconocidas en nuestro medio intelectual y social.

Además, la obra de Masferrer, rica y fecunda, sin duda, ha tenido más divulgación. Obreros, trabajadores, intelectuales, viejos y jóvenes, muchísimas gentes leyeron sus artículos publicados en "Patria", periódico que, como tribuna del pensamiento, marcó una época en el periodismo salvadoreño.

Mucho bien hizo Masferrer, y lo hace aún después de su muerte, con la perennidad de su obra. Pero no creo que tenga derecho a llamársele "maestro y ejemplo de juventudes" como se le llama frecuentemente. Esto sea dicho con toda la sinceridad y la buena fe de que puedo ser capaz.

Los que contemplan desde lejos las figuras señeras de un país, lejos en el tiempo y en la historia, no tienen una noción exacta de la personalidad de esas figuras. Masferrer, tal vez por su mayor contacto con la vida pública, por haber sido un militante de la política en épocas en que se entronizaban oligarquías en el poder y lo explotaban a su antojo, tuvo que incurrir, como todo ser humano, en errores que la grandeza de su inteligencia y lo empeñoso de su labor periodística y literaria, opacó luego.

En cambio, Gavidia, permaneció inmaculado. Toda su vida fue un ejemplo de constancia en la tarea, de limpidez cívica, de austeridad científica, de modestia y humildad.

Había entre ambos una diferencia temperamental. Masferrer, aun cuando fue un idealista, llevaba dentro de sí al hombre de lucha, dispuesto a aprovechar la menor oportunidad para llevar a la práctica sus ideales. Este espíritu combativo lo llevó a tomar posturas políticas, inmiscuyéndose en campañas eleccionarias en las cuales estaría mal acomodado.

Toda la vida de Masferrer fue una encrucijada. Vivió prisionero entre dos mundos: el de la realidad y el de la fantasía. De aquí surge su conflicto interior, del cual es trasunto su obra toda. Presiente que entre esos dos mundos no hay conciliación posible y entonces trata de encontrar un hilo, siquiera que los una, como un eslabón. Y, sin duda tras la búsqueda de ese eslabón, es que se embarca en la aventura política que inicia el ocaso de su lucha, el fracaso y el desastre. Lo más extraño es que se lanza a ella con pleno conocimiento de que cometía el más grande error de su vida. En efecto, ya él, en otra ocasión, había dicho: "No será difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos ha mostrado a los peores tiranos rodeados y seguidos por los hombres de mejor intención. Arduos reforma-

dores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus instintos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes y les colocaron a la cabeza de movimientos que éstos, ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar prestigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos los llevaban a ser los servidores del desinterés y la verdad”.

He ahí, perfectamente definidos, los resultados de su participación en la campaña eleccionaria de 1930, en la cual enarboló como bandera su doctrina del *Mínimum Vital*. Alborozado, cree poder realizarla desde el poder, en la Asamblea de Diputados para la cual fue electo. Pero bien pronto se da cuenta de que lo han engañado, de que sólo fue un instrumento para conquistar un triunfo electorero, y que aquel movimiento sólo había sembrado vientos, que después devendrían tempestades. Así terminó su lucha. Y, aunque él no lo quiso, contribuyó a que se malograra uno de los únicos ensayos de libertad de sufragio que ha tenido la República. Después vino la orgía sangrienta de 1932 que todos conocemos. Masferrer, desengañado, mordido por la soledad y sus recuerdos, está en el exilio. Se ha rendido en la lucha, pero, siempre grande, sabe aceptar la derrota.

Gavidia, en cambio, es un hombre fuerte, moral e intelectualmente, que sabe a dónde va. Filósofo profundo conoce las limitaciones que el mundo circundante impone a las aspiraciones humanas. Conoce que los sistemas políticos y económicos sólo se cambian a través de un proceso lento de transmutación de los valores negativos, y que la mayoría de las veces, las revoluciones, la violencia, sólo producen el cambio de personas y deja vigentes los sistemas.

Claro que no sólo los militares ganan batallas. También las gana el escritor, el poeta, el filósofo. Pero la batalla que éstos ganan es el resultado del trabajo lento y tesonero de muchas generaciones. Es el resultado del sacrificio de muchas vidas entregadas al servicio amargo y dulce de las ideas redentoras. Y viene entonces, por ejemplo, la muerte de la monarquía y el nacimiento de la República, la desaparición de la eterna noche medieval y el surgir del Renacimiento. Viene la caída de la Bastilla. Viene un quince de Septiembre de mil ochocientos veintiuno.

Nuestro gran humanista prefiere trabajar en silencio, contribuyendo con su obra gigantesca, la cual no está aún conocida en

su totalidad, a la forja de la personalidad de la Patria, a la conquista de un nombre para ella en el mundo de la cultura.

En estos campos yermos de los países centroamericanos, Gavidia es casi un milagro, como milagro es Rubén Darío, su discípulo. Es cierto que el ambiente intelectual de la segunda mitad del siglo XIX es propicio para las letras. Grandes movimientos literarios se producen en el mundo. Pero el medio centroamericano es hostil. La política es la única preocupación seria que desvela el espíritu de los ciudadanos. Los cuartelazos están a la orden del día. La armonía social se rompe por las rivalidades políticas. Hay una rapiña por el poder. La literatura en boga es la que aparece en las proclamas revolucionarias, los manifiestos de partidos, los mensajes del Jefe victorioso, que siempre, en todos los tiempos, ha sido lo mismo: sosa, llena de lugares comunes, de una ampulosidad desesperante. Muchos escritores sucumben y se ponen a sueldo para redactar los mensajes presidenciales, folletines ditirámicos, y aun bandos de buen gobierno. ¿No es entonces justificado decir que el surgimiento de Gavidia es algo milagroso? Y ¿no es de admirar, con admiración reverente, a ese hombre que pudo salir limpio y majestuoso, de ese caos moral y político en que en esos días se movía la República?

Así traspasa las fronteras del siglo XIX, y la primera mitad del XX, la recorrerá en su misma línea de conducta, fiel a su patria y a su espíritu. Y logró dejarnos una obra unitaria, alentada por el ideal democrático. Con ella nos lega también el ejemplo de una vida de trabajo, de altruismo y probidad intelectual. Debemos recoger ese legado y aprovecharnos de él en la forma que el maestro lo había deseado: siguiendo su ejemplo de rectitud y entereza cívicas, de amor a la patria, de anhelosa devoción a la cultura.

Enaltezcamos a Gavidia; admiremos a Masferrer. Ambos son grandes. Y ya que, con pretensiones inauditas, nos tomamos el derecho de juzgarles, pensemos que, fuera de Sócrates y Jesucristo, ningún hombre de los que han movido el progreso de la Humanidad ha sido químicamente puro. *Errarum humanun est.*, dice el proverbio latino. El errar es de humanos. Por lo tanto, pongamos en la balanza los errores y contentémonos con que el fiel se incline a favor de éstos.

Además, es necesario, es indispensable que un pueblo cuente con sus hombres guías. Debemos exaltarlos a ellos, que fueron

los mejores, pese al cúmulo de circunstancias adversas frente a las cuales les tocó actuar.

Es hora ya de que El Salvador pueda decir: éstos son los hombres que han formado nuestra historia. Que las nuevas generaciones trabajen bajo su sombra y cumplan con la tarea que esta época extraordinaria que está viviendo el mundo ha colocado sobre sus hombros.

GRANDES HOMBRES

Por Carlos Vega.

EL GRANDE HOMBRE Y EL AYUDA DE CAMARA: ANVERSO Y REVERSO

Aquí tenemos a un grande hombre; vedlo en su alcoba; acaba de vestirse y se dispone a salir; al cruzar por delante del espejo ha reparado en una mancha blancuzca, como de polvos, que resalta sobre su traje oscuro. ¡Vaya! Trata de quitársela con la mano, pero no puede, no alcanza, porque la mancha está justamente sobre la paletilla. Al grande hombre, es cierto, no se le ocurre lo más sencillo: quitarse la chaqueta; a cualquiera se le hubiera ocurrido; al grande hombre, no. Después de algunos esfuerzos infructuosos —y un tanto cómicos— el grande hombre se queda perplejo y comienza a mirar a un lado y a otro como buscando algo; algo busca.

—¿Dónde se habrá metido este ayuda de cámara?

(Observad al ayuda de cámara, miradlo allí, tras la puerta entornada; venía para la habitación con su silencioso paso gatuno, pero, al sorprender la escena, se ha detenido, solapado, a regodearse en ella. El ayuda de cámara hace tiempo que ha perdido la estimación al grande hombre; vive pegado a él; le ha puesto cataplasmas; lo ha visto encorajinarse por fútiles motivos, encapricharse a veces como un niño; conoce sus menudas flaquezas. No, que no le hablen al ayuda de cámara de grandes hombres.)

El grande hombre se impacienta; abre un cajón, lo revuelve, lo cierra de un golpe; abre otro y otro y otro; mira debajo de la almohada, debajo de la cama; levanta un montón de ropa que hay sobre una silla... ¡Al fin! Allí está el cepillo.

—¿Dónde diablos se habrá metido este ayuda de cámara?

El grande hombre intenta cepillarse; pasa primero la mano

por encima del hombro; no llega a la mancha: espalda y cepillo no logran juntarse; la sube después por detrás... Hay que confesar que el grande hombre es desmañado; maneja torpísimamente el cepillo; dos veces se le cae al suelo.

—Pero este hombre... ¡Ceferinooo!

(El ayuda de cámara, acechando por la rendija; lo que está viendo colma la medida; en sus labios hay una sonrisa despectiva y rencorosa.)

Al cabo, el grande hombre—con la mancha a la espalda—sale a la calle. El ayuda de cámara se ha quedado solo en la casa; penetra en la alcoba; recoge el cepillo del suelo, donde había caído por tercera vez, lo coloca cuidadosamente en “su” sitio y lo contempla con ternura mientras masculla: “¡Este, éste es el famoso grande hombre!” De pronto da media vuelta, sale de la habitación, baja la escalera apresuradamente, atraviesa el vestíbulo, entra en la biblioteca, se dirige a la mesa, toma la pluma... (“¡Este, éstos son los famosos grandes hombres!”)

El ayuda de cámara, harto ya, va a destruir un mito, a revelar el gran secreto que sólo él conoce. La humanidad no debe vivir más tiempo engañada acerca de estos “llamados” grandes hombres que se ponen cataplasmas, que se encorajinan por naderías, que tienen caprichos, que tienen flaquezas, ¡que ni saben manejar un cepillo! Sobre el papel queda escrita la rotunda frase que tanta celebridad ha de alcanzar: “No hay grande hombre para su ayuda de cámara”, y que, pasando de mano en mano, menguada y malentendida, vendrá a quedarse en: “No hay grandes hombres”, simplemente.

*

* *

¿Tendremos que decirlo? La “frase” no es del ayuda de cámara, y el adjudicársela aquí no es un fallo de erudición—bien insignificante después de todo—, sino un artificio de que nos valem para “desandarla” y restaurarla en su verdadero sentido. Es frase vieja y de paternidad más que dudosa; se encuentra, en forma menos cruda, en los *Ensayos* de Montaigne: “Pocos hombres fueron admirados por sus domésticos”; se halla también en *The Patron*, del inglés Samuel Foot; se ha atribuido a Condé y asimismo—en una de las *Cartas* de mademoiselle Aissé y ya en la fórmula hoy consagrada—a madame Cornuel: “Il n’y a pas de héros pour son valet de chambre”.

No, la “frase” no es del ayuda de cámara, por supuesto; del

ayuda de cámara es únicamente la realidad que la frase ilumina, el ruin modo de ser que en ella se denuncia. Y en esto—en descubrir un modo *típico* de ser y de pensar, del cual el ayuda de cámara es mero símbolo, pues ni todos los ayudas de cámara piensan así ni sólo ellos—, en esto y no en la verdad ilusoria que semejante modo de pensar encierre radica precisamente el mérito de la frase. Pero la bellaquería ha tergiversado su claro sentido y, ya se sabe, la usa a troche y moche para dar a entender lo que en modo alguno significa: que el ayuda de cámara tiene razón, que él es el único que conoce “la” verdad del grande hombre. . . la *fea verdad* que se oculta en su *falsa grandeza*. ¿Resultado de esta tergiversación? Que el ayuda de cámara—a quien la frase estigmatiza—se remonta a las nubes; que el grande hombre—el auténtico grande hombre, cuya existencia niega desafortadamente el ayuda de cámara—queda por los suelos. . . y que la verdad, la pobre verdad sale malparada. Lindo truco.

—¡Y no es que lo diga *uno!* ¡Es Montaigne quien lo ha dicho! ¡Es Condé, el “gran” Condé, el vencedor de Rocroi!

. . . O Abenjaldún, o Dionisio Areopagita, o Naram-Sin de Caldea, que en fin de cuentas nada cierto se sabe y cualquiera de ellos pudo haber sido el *descubridor*. Pero, quienquiera que fuese, no lo dijo como cosa suya, sino que lo dijo “del” ayuda de cámara: lo observó primero en alguno, lo corroboró sin duda en reiteradas experiencias y luego lo enunció sencillamente, como alguien enunció que el óxido de carbono (CO) es un gas venenoso. El *ayuda de cámara* es aquí lo que la rana de Galvani o la manzana de Newton: un “hecho”, un hecho simplemente y bien *natural*. Y el truco consiste en jugar con el nombre del “padrino” que en cada caso se invoca, presentándolo como solidario del ayuda de cámara; algo tan absurdo como si, por ser “de Koch”, declarásemos beneficioso el bacilo de la tuberculosis que el sabio bacteriólogo alemán descubrió. En suma, que lo que la frase “dice” no es *que no haya grandes hombres*, sino que no los hay *para el ayuda de cámara*, que no puede haberlos. ¿Por qué?

*

* *

De nuevo un grande hombre a la vista, y ahora de carne y hueso; vedlo en su mesa de trabajo; es joven aún; acaba de cumplir 38 años. Este grande hombre, que está ahora a medio camino de “su” vida, goza ya de nombradía y autoridad en el mundo cul-

to; tiene entre los dedos. . . no un cepillo, sino una pluma —soberana pluma—; hace un buen rato que está escribiendo en su *Introducción a un don Juan*; va por el capítulo III: *Don Juan y el resentimiento*. Veamos lo que escribe.

Se ha dicho que no hay grande hombre para su ayuda de cámara. ¿Quiere esto decir que no haya, en verdad, grandes hombres? No; más bien quiere decir que hay, en verdad, ayudas de cámara, gentes de condición rencorosa y ruin, con alma miope, que se acercan demasiado a las cosas excelsas y viven condenados a no ver sino lo que hay de pequeño en lo grande. Porque es un error creer que el aspecto más verídico de una cosa sea el que ella ofrece sometida a una visión muy próxima. Ver bien una piedra es mantenerla a tan corta distancia de nuestros ojos que percibimos los poros de su materia. Pero ver bien una catedral no es mirarla a la misma distancia que una piedra. Para ver bien una catedral hemos de renunciar a ver los poros de sus sillares y alejarnos de ella debidamente. Pues bien; como los poros son lo que falta de carne en la carne, son las pequeñeces que ve el ayuda de cámara los huecos de grandeza que hay en la vida del grande hombre. Si en vez de permitirnos una servil proximidad tomamos aquella forma de distancia sentimental que suele llamarse respeto, las líneas monumentales de la figura aparecerán claramente a nuestros ojos. Cada cosa nos impone una peculiar distancia y una determinada perspectiva. Quien quiera ver el universo como es tiene que aceptar esta ley cósmica de cortesía. . .

Don José Ortega prosigue escribiendo; dejémosle así. Las prensas de “El Sol”, el gran diario madrileño donde viene publicándose este trabajo —y donde han de publicarse otros de resonancia universal y de valor perenne—, aguardan sus cuartillas. Las encinas, los álamos, los olmos, las acacias por donde respira Madrid están vestidos por la primavera; en el Retiro, en el Prado, en la Moncloa, algarabía de gorriones; el Guadarrama, al fondo, con su caperuza de nieve. Mes de junio de 1921.

A LA DISTANCIA JUSTA

El 18 de octubre de 1955 murió en Madrid don José Ortega;

ese día su vida terminó de hacerse, quedó conclusa. “El que muere ya es eterno”. Las obras de Ortega publicadas antes de esa fecha circulan por el mundo vertidas a una docena de lenguas; su obra inédita de publicación póstuma, ya en curso, es esperada con avidez en Europa y América. Fue Ortega un magno filósofo y, ante todo, un hombre bueno y generoso; fue un auténtico grande hombre. Bien claro lo proclaman estas palabras de uno de sus discípulos más devotos, Julián Marías, grande él ya:

“Pero Ortega no se limitó nunca a ser un profesor, a dar orientación e información a sus discípulos, a exponer ante ellos una doctrina. En primer lugar ha usado de una ilimitada generosidad, infrecuente en la vida intelectual de nuestro tiempo, y ha ofrecido a los que hemos sido sus discípulos el acceso a lo que era más fértil y menos conocido del pensamiento ajeno, a sus propios secretos metódicos, a la intimidad de su mente. Se ha esforzado por lograr que la filosofía no quedase hermética en él, sino que fuese también propia de sus discípulos, incluso más allá de sus exposiciones impresas. Dicho con otras palabras, ha procurado que esa filosofía viviese fuera de él, que sus discípulos asistiesen a su génesis y la hicieran suya, que esa metafísica, en suma, fuese *convivida* en formas independientes y libres”. (*Ortega y la idea de la razón vital*. Antonio Zúñiga, Editor. Santander-Madrid 1948, página 24).

No era, pues, una intimidad arisca, hirsuta, inaccesible la de don José Ortega; era todo lo contrario. ¿Qué sabemos de ella por quienes, a *la distancia justa*, tuvieron la fortuna de gozarla? Al testimonio de Marías queremos añadir otros dos de parejo rango: uno, de don Manuel García Morente, es antiguo y en él, aunque con honda emoción, se nos habla principalmente de Ortega en cuanto filósofo; el otro, de Paulino Garagarri, es muy reciente y nos muestra a Ortega de cuerpo entero, destacando junto a las altísimas calidades de su pensamiento las calidades humanísimas de su persona. Y queremos transcribirlos por extenso, no sólo en cuanto muestras de una actitud ejemplar, sino por su propio valor intrínseco y por lo que puedan servir como estímulo y orientación de jóvenes universitarios; al hacerlo pensamos en nuestros estudiantes de Humanidades a quienes, preferentemente, van dirigidas estas líneas. De García Morente es lo que sigue.

*¿Me permite usted que rememore algo del pasado?
El recuerdo es una operación del espíritu que comienza*

a ser grata cuando ya se tiene mucho que recordar; es decir, cuando ya se empieza a sentir la aprensión de tener poco que vivir. Además, la celebración de unas bodas de plata invita incoerciblemente al recuerdo. Recordemos, pues. Yo conocí a don José Ortega y Gasset hace veintisiete años. ¡Veintisiete años! Durante esos veintisiete años, la amistad fraternal que nos ha unido no ha sido enturbiada por una sola nube. Han sido veintisiete años de convivencia diaria, de compenetración íntima. ¿Puede usted imaginar lo que eso ha representado para mí? Y cuando pienso en ello—y cada vez pienso más en ello—me maravillo de la fortuna increíble que he tenido. Cuando yo era niño y empezaba a leer con entusiasmo de neófito a Platón, a Descartes, a Kant, no solía contentarme con las exaltaciones que me causaban los magníficos acordes intelectuales de esos gigantes pensadores, sino que, más allá del texto escrito, más allá de la urdimbre mental, ideológica, intentaba con la fantasía penetrar hasta las personas efectivas: me representaba a Platón, a Descartes, a Kant mismos; me hacía la ilusión de oír su voz, de escuchar su palabra viva, de cultivar su trato personal; en suma: de existir yo en la vida real de ellos y ellos en la mía. Hubiera dado no sé qué, cualquier trozo grande de mi ser, por poder milagrosamente verlos, oírlos, hablarlos, siquiera un instante. Puede usted, pues, suponer lo que para mí ha sido la amistad de Ortega y Gasset. Ha sido, por de pronto, como el cumplimiento de un hondo deseo, largamente acariciado. Desde el momento en que tuve la intuición cierta de hallarme en presencia de un gran pensador auténtico sobrecogíome un sentimiento extraño, sentimiento desde luego de admiración, pero, además, de gratitud y de efusión, y también de satisfacción personal y de respeto. Y puedo decir que veintisiete años de compenetrada amistad, en diario trato y comercio de las más íntimas confidencias, no sólo no han amenguado ese sentimiento, sino que lo han aumentado, conservando su misma primera cualidad y extraña mezcla. Podrá ser que alguien tache de hiperbólicas estas palabras mías. No tengo otras para expresar lo que siento. Yo sé, yo veo que la admiración, el respeto, la efusión hacia otros hombres, depositarios de valores máximos, es poco habitual entre nosotros los

españoles. Yo sé, yo veo que la mayoría de los españoles se avergüenzan un poco cuando se les sorprende en flagrante delito de admiración. Dijérase que el acto de admirar, de tributar respetuoso cariño a otro hombre lo consideran como una disminución de la propia valía; dijérase que sienten una especie de extraño temor a perder tanto de su ser propio cuanto en admiración otorguen al ser ajeno. Pero, por condición natural o por educación recibida en ámbitos que practican con la más exquisita fruición hábitos de aquilatado justiprecio, el caso es que yo, desde que conocí a don José Ortega y Gasset, hube de tributarle esa admiración, mezclada, como digo, de gratitud, efusión y respeto, y que el trato diario más íntimo no ha logrado embotar. Vi en él, veo en él el tipo perfecto del pensador.

El pensador es, en efecto, el hombre que ha tomado por oficio la tarea de pensar; es decir, de representarse uno tras otro los problemas primarios de la vida y del ser, de reducirlos a términos claros y de describir con pulcritud lo que percibe interiormente. Al pensador se le conoce en seguida por una característica que le es propia: no se le sorprende jamás improvisando. Cualquiera que sea el tema que se le plantee produce siempre la impresión de que sobre ese tema precisamente ha meditado con larga y minuciosa insistencia. Y esa impresión se complementa con esta otra: que su meditación sobre el tema planteado viene de muy lejos, procede de senos profundos de la realidad viva, constituye una aplicación, confirmación o consecuencia de una concepción radical, primaria, de la vida y del ser. Y así es, en efecto. Cuando escuchamos o leemos a un hombre de ciencia, admiramos sorprendidos su conocimiento minucioso de la materia, la claridad de su exposición, el rigor de sus concatenaciones; pero al mismo tiempo sentimos como si el tema tratado hubiese sido recortado de la realidad restante, desprendido de ella, privado de todo vínculo con el resto de lo que además existe. Cuando escuchamos o leemos a un escritor de talento deslumbramos la brillantez del ingenio, y lo inesperado de las comparaciones y de las conexiones nos deja suspensos; pero al mismo tiempo se apodera de nosotros la sensación de que todo eso surge ahora de improviso, sin previa meditación, sin funda-

mento en bases más profundas y sólidas. El auténtico pensador, en cambio, se caracteriza por la facultad de incorporar todo el tema al conjunto de los demás temas y de descender al seno común en donde todos toman su sentido y adquieren su jerarquía. Ortega y Gasset posee esa facultad en grado máximo, robustecida además por el continuado ejercicio de ella. No dice, no escribe nunca nada por casualidad ni por capricho momentáneo. Siempre cabe prolongar la línea iniciada en cualquiera de sus asertos, con la seguridad de llegar por ella a relaciones cada vez más amplias y profundas. . .

Don José ha sido y es profesor, tanto por lo menos como escritor público. A la cátedra, a la enseñanza ha dedicado quizá la parte más intensa de su actividad intelectual. El que no haya seguido alguno de sus cursos universitarios, no puede tener idea de la perfección técnica con que don José Ortega enseña las disciplinas filosóficas. No me refiero tan sólo a las cualidades formales de método en la exposición, sino, sobre todo, a la densidad del pensamiento, a la luminosidad de la explicación, al rigor absoluto de los análisis; y, por encima de todo ello, a esa riqueza de intuiciones claras que, por modo sorprendente, anudan mil hilos con los más remotos planos de la realidad vital y científica. La enseñanza filosófica que don José Ortega ha dado durante veinticinco años en la Universidad de Madrid ha creado en realidad la base del pensamiento filosófico español. Esto lo saben muy bien las personas a quienes la filosofía importa algo, aquí y fuera de aquí. Hoy, la actuación universitaria de don José Ortega, complementada por la de otros profesores que, como amigos o discípulos, han recibido la influencia directa de su pensamiento, ha hecho de la Universidad de Madrid uno de los lugares en donde se cultiva la filosofía con más intensidad, escrupulosidad y amplitud. (Carta a un amigo: evolución filosófica de Ortega y Gasset. Se publicó en "El Sol", de Madrid, el 8 de marzo de 1936 al cumplir Ortega sus veinticinco años de cátedra de Metafísica; posteriormente fué incluido en el volumen Ensayos—1945—que la Revista de Occidente publicó tres años después de la muerte de don Manuel.)

De Paulino Garagorri vamos a transcribir un capítulo de su libro *Ortega. Una reforma de la filosofía* (Revista de Occidente, Madrid 1958). Se titula el capítulo: *Lo que no queda de Ortega*. Y dice así:

Si el hombre es hijo de sus obras, como pensaba Don Quijote con rara agudeza, la herencia que Ortega deja en la hora de su muerte le asegura una progenie vigorosa, un renacer ininterrumpido mientras a los hombres importen los frutos inútiles de la Filosofía y de las Letras. Cuando la obra entera que ha trazado con su pluma y su palabra se imprima y quede, compacta, al alcance del público, se verá en su legado literario una de las cumbres más imponentes de la cultura europea, y su nombre excederá toda clasificación precisa por alcanzar esa zona en que moran los paradigmas de la galería humana—como Goethe o Platón—, y merced a los cuales los humanos se consuelan o redimen de la estupidez congénita, de la tosquedad espontánea de su especie.

Pero la obra de este linaje de hombres gigantesco —“que de lo oscuro hacia lo claro aspiran”—no tiene su riqueza más importante en el contenido, que consta y que podemos encontrarlo y volver a él, una y otra vez, sino como nueva avenida tendida en el futuro. La riqueza de una herencia no está en el inventario de lo que registramos de hecho en ella, ni tampoco en las incitaciones que directamente nos despierte, sino en lo que se puede llegar a hacer gracias a la virtualidad de ese legado, a su poder demiúrgico de crear posibilidades. Entiéndase esto con todo rigor. Recordaba Zubiri en estas páginas que muchos españoles, de no haber sido Ortega quien fue, hubiesen sido otros: pues bien, creo que el haber de su existencia tiene su capítulo más fértil en los tantos españoles del futuro que se encuentran, gracias a su obra, herederos, no ya de las cosas que él ha hecho, sino de las cosas que él ha hecho que sean posibles. Es sabido que la riqueza de un hombre no está en la cifra de su numerario, sino, como bien dice el pueblo, en “tener posibles”, en ser hombre de “muchos posibles”.

Sin embargo, ni su pensamiento explícito, ni aun su siembra de posibilidades, agotan en su enumeración lo

que de veras ha sido la presencia real, la actualidad de Ortega. Si las he aludido es para señalar que las excluyo y deslindar el perfil de otras cosas más huidizas y sutiles, muy difíciles de enunciar y, por desgracia, imposibles de transmitir en modo alguno. Quisiera referirme aquí, precisamente, a lo que no queda. Son notas o rasgos de su persona—destellos o vibraciones, más bien—casi inefables, porque no dejan huella que pueda conservarse, pues su naturaleza es una forma cambiante, fugitiva, inasible. Aludo a esa elocuencia tácita que irradiaba de su presencia física. El don más impagable que nos da con su presencia el maestro, el gran hombre, no reside en su modo de ser cosa ninguna determinada, por excelente que sea su grado, sino su modo de ser cualquiera y toda cosa que le sucediera. Sería inútil el intento de sugerir enunciando matices y cualidades aquel su modo de ser y hacer cualquier cosa; si decimos que era veraz, prudente, justo, elegante, cordial, austero; que tenía donaire, garbo, gravedad; que imponía respeto, confianza, moralidad, limpieza. . . , no, es inútil. No hay forma ni concepto que evoque eso que no queda, lo que definitivamente hemos perdido.

Quizá el recuerdo de una fábula poética pueda, en la ocasión, ayudarnos. En *El gran teatro del Mundo*, el formidable auto de Calderón, quien, como tantos españoles, gustaba de anticipar el Juicio Final, se nos describe cómo los seres que van naciendo a la vida reciben los atributos precisos para representar el oficio que les corresponde en el repertorio de la condición humana; pero al término de su existencia, cuando a través de la sepultura se encaminan al juicio definitivo, cada uno ha de devolver el ornamento que le prestaron. *El Mundo* va reclamando a los mortales la veste que les dió la ilusión de identificarse con el personaje que han representado. Pero hay un mágico y rebelde personaje con quien el requisito es imposible: el paso por la vida consume su virtud a la Hermosura, a la que no puede despojarse de su apariencia porque es toda ella en sustancia, un puro aparecer, estar presente. No puede devolver la corona, como el rey; ni el azadón, como el labriego; o sus joyas el rico: no puede desnudarse de nada que quede aparte de ella porque actúa en su propia aparición y se agota

en el hecho de su existencia; como un fuego que no deja ceniza.

Pienso que esa genial intuición condujo al poeta a enfrentarse con la cima de lo humano y su mejor símbolo. Y no hallo ejemplo más expresivo, aunque el carácter femenino de la hermosura pueda desorientar la evocación que persigo. Pues la excelencia del varón superlativo alienta en curso divergente a los módulos de la feminidad. Las cualidades del varón que arrebató nos empujan como un nîsus trashumante hacia una aventura cuyo término está siempre más allá de él, en nuestro propio destino. Si la mujer nos seduce con su hermosura hacia ella misma, el hombre, con su poder innominado, nos pide, como Píndaro, "llega a ser el que eres".

Cabe pensar que haya personas opacas y cuya presencia no revela su bagaje íntimo, pero yo más bien creo al que dijo: "Nada hay dentro, nada hay fuera, lo que hay dentro eso hay fuera". La irradiación de Ortega era el vivo ejemplo de esta verdad, y por ello su presencia convocaba tantas perfecciones. Lo que la existencia de Ortega ponía en actualidad con su aparición era la gran riqueza interior de su persona por modo casi transparente, envuelta en una fuerte y contagiosa tonalidad emocional. Pero ese contagio simpático no era siempre cómodo: el tirón ascendente que tiene el contacto con lo óptimo nos eleva, pero con ello, si hemos sido débiles, la conciencia nos acusa acremente y nos hace ver que sólo hemos logrado ser una caricatura de nosotros mismos. Quizá esto explique las ausencias que se producían en su tertulia, donde, a decir verdad, no concurrían cuantos podían hacerlo.

En estos últimos años, quizá porque la experiencia hacía más denso el halo magnético de su intimidad, acusaba Ortega un refinamiento insuperable en su capacidad de acertar con el gesto, con el juicio, con el acento o el silencio: con ese don que aparecía siempre sin residir en nada y que su muerte ha borrado de la realidad. De su actuación universitaria sólo alcancé su último curso, hace veinte años justos y cuando él llevaba a su espalda cinco lustros de docencia, que por entonces se conmemoraron; pero luego, sus posteriores estancias en Madrid

me han ocasionado el privilegio de su proximidad hasta el triste y doloroso contacto del peso de sus restos en la última vez que podía acompañarle. Desde la cátedra o la tribuna, en su trato, y especialmente en la tertulia que tanto le importó siempre—dijo alguna vez que le gustaría morir en ella y casi lo ha conseguido, pues el 24 de septiembre aún bromeaba intrépidamente acerca de la operación que habría de sufrir—, la influencia intelectual de Ortega brotaba a través de esos elementos imponderables que no quedan porque eran lo absolutamente suyo y que a conciencia de intentar lo imposible he querido conjurar en estas líneas.

*Ese don de la palabra oportuna y el ademán justo hacían ostensible, por su profunda unidad, que su poder de irradiación no procedía, claro está, de ninguna inspiración inexplicable, sino de la interna consistencia de su sensibilidad mental, de la “razón viviente” que en él ha tenido el descubridor y la demostración visible. El ha sido ejemplo de lo que puede llegar a ser un hombre: un instrumento de precisión en el gesto y en el concepto, en la mirada y en la cordialidad. Y toda esta actualidad de Ortega ya no existe en ninguna parte, con él ha desaparecido irremisiblemente. Al pie de su tumba, ante la fresca corona de laurel que las juventudes universitarias le han traído al paso y cruzando las calles madrileñas, bajo el sol tibio de otoño, que tanto le gustaba apurar y del que un día me dijo que nos acariciaba el rostro “como la mano gastada de un párroco viejo”, si queremos buscar ese aura perdida, que ni siquiera sabemos nombrar, no la encontramos y hemos de recordar, una vez más, a la **Hermosura**,*

“pues al querer cobrarla yo, no puedo,
ni la llevas, ni yo con ella quedo.”

*

* *

Nada hay qué añadir a ésto; sin embargo, yo quisiera añadir algo. ¿Qué podría yo añadir? A don José Ortega, personalmente, apenas lo he tratado; asistí como oyente, en 1932, a algunas de sus clases en la Ciudad Universitaria de Madrid; asistí en 1933 al inolvidable curso sobre Galileo en la Cátedra Valdecilla de la

calle de San Bernardo (1); asistí a cuantas conferencias públicas dio por aquellos años anteriores a la guerra civil; lo escuché en el Congreso; lo visité una tarde en la Revista de Occidente; esto es todo. Mi cara le era conocida, y dos veces que me crucé con él por la calle, las dos, tuvo la gentileza de adelantarse a saludarme; de mi nombre, estoy seguro, nunca supo. Pero hace más de treinta años que lo leo asiduamente—desde mi primera juventud—, y bastantes que lo vengo estudiando, cada día con más fervor.

Yo quisiera decir algo aquí también. Aunque mi deuda—por su cuantía—es muchísimo menor que la de García Morente, la de Marías o la de Garagorri, mi entrañable gratitud, mi devoción por Ortega es igual que la de ellos. Cada cual tiene su vida, y en la mía Ortega fué el factor de máxima influencia; a él debo más que a ningún otro hombre. ¿Podré decir algo? Sí, voy a decirlo, y para tener otra cosa más que agradecer a don José, tomaré unas palabras de sus *Meditaciones del Quijote* y, levemente alteradas, las dejaré aquí como homenaje y despedida:

¡También usted, don José Ortega, también usted es una plenitud española, acaso la mayor! ¡También su nombre, en toda ocasión, podremos blandirlo como si fuera una lanza!

(1) Hoy en el tomo V de sus *Obras Completas* bajo el título *En torno a Galileo. Creo recordar que el título inicial era: En torno a las generaciones decisivas en el pensamiento europeo.*

LAS CONSTANTES ARTISTICAS

Por Matilde Elena López.

“Empezamos ante todo, a vislumbrar que el realismo es una constante histórica con distintas modulaciones en los diversos tiempos”. — Carlos Bousoño.

“Siempre que hay un acuerdo entre todos los hombres, el arte ha presentado un gran “hito” naturalista, pero de naturalismo humano, que es bien diferente a la copia de la Naturaleza, cualquiera que esta copia sea. En cambio, cuando el desacuerdo reina en la sociedad, el arte se aleja de este naturalismo social, de este realismo de orden humano. Por ello, frente a toda gran transformación social, los artistas se funden a la corriente general y crean un arte vivo, realista.” — Luis Vidales.

LAS CONSTANTES HISTORICAS en el dominio del arte, no son simples reacciones al movimiento artístico anterior, sino que obedecen a leyes que parten de la estructura social. La historia del arte nos enseña que ocurren cambios en el *gusto artístico*, y las Estéticas señalan el “influjo de la época” para explicar tales transformaciones en la forma y contenido de la obra de arte, sin que nos aclaren a qué leyes obedecen tales cambios que marcan las épocas y por qué influyen de manera tan decisiva en las creaciones artísticas. Tampoco nos explican con claridad por qué ciertos movimientos artísticos parecen repetirse, y hasta dan la impresión de retroceso, aunque en realidad sigan el zig-zag vertiginoso del rayo que no se detiene.

Falta a las Historias del Arte y a las Estéticas tradicionales de sentido individualista, el criterio dialéctico histórico que desprenda de sus conceptos la corteza idealista de Hegel. Sólo a través del método dialéctico de interpretación social puede la crítica artística moderna orientarse en el dédalo tortuoso de Ariadna para hallar la salida correcta. Sólo un profundo análisis histórico puede dar la respuesta certera.

Armados pues, de este fino instrumento, intentaremos una cala en los profundos dominios del arte para descubrir las leyes internas que determinan las constantes artísticas.

Si el arte sigue un desarrollo paralelo al desenvolvimiento social de la humanidad, los movimientos artísticos obedecen a las leyes históricas, y de ninguna manera a las leyes de la naturaleza como piensa Taine con sus teorías físicas del arte. Tampoco es por la magia de la “pura” intuición del artista, como pregona la estética individualista de Croce. Si el arte antiguo es *simbólico*, de profundo sentido *impresionista* (no como la escuela francesa de carácter transitorio), con impulso colectivo que mueve la mano de los anónimos artistas que construyen las sobrenaturales estatuas de sus dioses, ello obedece al espíritu esotérico que inspira a los pueblos primitivos y a la forma unánime de su comunidad. Todo pueblo primitivo pasa por esa etapa en cualquier parte de la tierra, cuando la preocupación social en el arte es la de representar a sus dioses. Así la estatua de veinte brazos, diez piernas y cuatro rostros de la India dravídica, así en la gigantesca estatua de Buda en China, así en el arte maya o incaico. Cuando la forma social que lo sustenta ha pasado, el arte degenera. Luego se pone a tono en la nueva cuenca de la realidad que la historia ofrece, muy diferente a la copia de la naturaleza en la que hacen descansar “la belleza” algunos estetas que no entienden por qué el concepto de lo bello cambia con las formas sociales y se alarman con la “fealdad” tosca de las estatuas primitivas. No entienden que la obra de arte tiene leyes intrínsecas y que no podemos juzgar con nuestro criterio externo de lo bello, formas artísticas que correspondieron a momentos de contenido sobrenatural.

La época clásica greco-latina es expresión colectiva de un minuto heroico como en Esquilo, equilibrio entre la forma y el contenido como en la tragedia que descansa en la serena armonía de Apolo y la bullente pasión de Dionisos. En términos precisos, equilibrio entre la intuición y el sentimiento, armonía en el conjunto, *realismo creador* que es humanización en el arte por encima de las abstracciones individualistas. Porque el arte clásico se enfrenta con realidades y no con fantasías, ya entendemos por qué es realista el arte clásico cuando surge de una gran transformación social que funde a los artistas en la exaltación de la *Polis griega*, firme base de su democracia esclavista.

Corresponde pues, un tipo de arte a cada época, como salida dialéctica que marca el tránsito. A la caída del mundo grecolatino, se produce una excitación patética propia del derrumbamiento de

una forma social arcaica que ya no puede sostenerse. Un nuevo ciclo se levanta en la Edad Media feudal y religiosa, iniciando el arte bizantino hierático y rígido volcado en formas impresionistas agresivas en la angustia de las *plañideras*, los *transi* y la *imaginaria*, y en la expresión dolorosa del Cristo desgarrado por el sufrimiento del hombre sumido en la servidumbre. Los círculos del Infierno de Dante, a la salida del medievo, son los círculos fraccionados de los señores feudales y los príncipes en busca de la unidad nacional que marca el Renacimiento.

En los momentos religiosos, el arte es más bien impresionista, no natural, como en las figuras rígidas, patéticas, severas y hieráticas del cristianismo en Bizancio y en la Edad Media Europea. La arquitectura ojival o gótica como se le conoce, corresponde a la honda crisis social de la Edad Media, que busca salida en la evasión de las Cruzadas, la caballería andante y el descubrimiento de América. Es el tránsito en el punto inicial y más alto de la Edad Media, con sus formas tortuosas y alegóricas, hacia una Europa vasta y libre, abierta al mundo en el Renacimiento. Un salto sobre el muro en la masa arquitectónica cristiana, y la Europa rompe su rígida estructura.

El Renacimiento está enmarcado por hechos de singular importancia en la vida social: “En el *orden económico*, por la ruptura de la forma desarticulada y regional del feudo y el desarrollo de las economías manufactureras nacionales. En el *orden social*, por las luchas de los trabajadores de la manufactura que se extienden grandemente por Europa, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIV, y que llevan en su seno la necesidad de expansión de las industrias y la liberación de las formas de trabajo en el campo; en el *Orden Político*, por las revoluciones que cruzan el siglo, a partir de la de Florencia, 1512, y por la formación de los imperios de unidad nacional”. (Luis Vidales, Tratado de Estética).

En el arte, el Renacimiento representa la vuelta a lo clásico, a las líneas puras, serenas y armoniosas de la belleza apolínea, la unidad de conjunto de la estatuaria anatómica de Miguel Angel, donde el hombre aparece realmente vivo. El sereno naturalismo plástico que imprime un sello de ternura a las pinturas de los tres grandes del Renacimiento italiano: Miguel Angel, Rafael y Leonardo Da Vinci. Las luces del humanismo en las letras eruditas emergiendo del subfondo del dogma teológico medieval.

Después del Renacimiento viene el agitado período que sucede a la sanción de la unidad nacional europea, produciendo una crisis

económica y social que se refleja en el arte. Pero el Renacimiento ha establecido las bases liberadoras para que se desarrolle un Shakespeare en Inglaterra, en la época en que se consolida en las islas Británicas el imperio isabelino apoyado en la Reforma luterana, expresión liberal de la iglesia más a tono con el grupo de negociantes y representantes de la nueva clase social que pugna por abrirse paso a la luz del racionalismo de Bacon. Y los últimos reductos de la iglesia católica en Escocia, se desmoronan cuando María Estuardo, la reina ungida, cae al pie del cadalso inglés. Ahora Inglaterra reúne las coronas británicas en un solo puño y se yergue poderosa la nación que proclama la libertad en los mares para lanzarse a las aventuras imperialistas y de piratería en un ávido zarpazo sobre el mundo.

La Contrarreforma desde Roma, señala la terrible crisis del momento, y la angustia religiosa por salirle al paso a la herejía anglo-sajona. La Contrarreforma sacude a Europa tan profundamente, particularmente a España, que otra vez parece que se va a restaurar el medievo en el aparato de la Inquisición que persigue al pensamiento libre. Aquel bello florecer del siglo de oro español, sufre el eclipse de este poder tiránico que manda que el cuerpo arda en el fuego para salvar el alma que debe estar limpia de todo pecado, hasta de la sombra de una duda. Ni a los místicos españoles perdona la Contrarreforma, cuando encarcela a Fray Luis de León y obliga a la inteligencia enmascarar su pensamiento. Las formas retorcidas, recargadas, patéticas y llenas de angustia del barroco, son la respuesta artística al terrible momento de reacción. El hondo debate teológico se refleja en el Teatro Español, en las obras de Tirso de Molina y de Calderón de la Barca. El barroco, toma en España las formas literarias del conceptismo y del culteranismo. De la serenidad del Renacimiento el arte se desgarró en el turbión pasional del barroco, en el dinamismo arbitrario e individualista, en la orgía de metáforas retorcidas y el recargamiento de la pintura impresionista, que las Historias del Arte, impropriamente llaman: realismo barroco, en una lamentable confusión de las limpias características del realismo, donde el artista y la sociedad íntimamente fundidos, constituyen los términos preliminares del binomio dialéctico: categoría estética, realidad social.

El Renacimiento culmina en la Unidad Nacional, en la formación de imperios, y representa el alba del hombre, como el barroco, la desgarradura de una época desesperada. Shakespeare, realista, expresa el gran momento, y funde todo el pasado, todo el interior, todo el porvenir de sus caracteres universales. Dante había ya

presentido, a la salida de la Edad Media, el anhelo social del círculo único que abarca los círculos fraccionados de los señores feudales y príncipes en la Divina Comedia. Y no es una casualidad que su inmenso poema lo inicie en latín medieval, y lo termine en lengua vulgar, en el momento de la centralización lingüística de los idiomas que se constituyen como expresión nacional.

En España, la poesía realista de los Cantares de Gesta, limpia y unánime expresión de un pueblo en lucha por forjar su unidad, fue el triunfo del mester de juglaría sobre el mester de clerecía; clero y pueblo. Lengua vulgar sobre el arcaísmo del latín:

Mester trago fermoso, non es de ioglaría,
Mester es sen pecado, ca es de clerecía.

Pero el sacerdote Gonzalo de Berceo, escribe en lengua vulgar:

Quiero fer una prosa en román paladino
En el cual suele el pueblo hablar con su vecino,
Ca non so tan letrado por fer otro latino;
Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino”.

Luego, el minuto barroco, va a tener en Góngora su expresión más retorcida y culta, sobre la tradición realista castellana.

De nuevo la reacción artística en el *Neoclasicismo*, pero la vida no cabe en las rígidas reglas de los preceptistas que buscan el equilibrio clásico sin lograrlo, en un momento en que se necesita la amplia libertad que rompa la estructura social ahogada en los últimos reductos feudales. Las frías reglas de los academistas estirados señalan una honda preocupación por la forma, violentada por el movimiento barroco, pero se olvidan del hombre y de sus profundos anhelos de libertad desde que intuye que los cauces sociales existentes ya no pueden contener el avance que marca la época iluminada por la razón y los descubrimientos técnicos. El rígido código poético de Boileau se impone como fórmula nacional en Francia, y convierte el Teatro de Corneille y de Racine, en preciosismo cortesano, criticado duramente por el realista Molière en sus Preciosas Ridículas y en su penetrante crítica de la corrupción social de su tiempo, que alcanza dimensión universal en su Tartufo, el Misántropo y el Avaro. Si Racine se salva por la melodía interior de su verso, no es precisamente por seguir los conceptos del Arte Poética de Boileau, sino por su propia virtud poética. El círculo cerrado del academicismo en el que todas las posibilidades

estéticas estaban agotadas, lo rompe la Revolución Francesa que destruye el más poderoso bastión feudal: la Bastilla. La gran muralla que aprisionaba el arte y la vida, cae por fin. Así empieza un nuevo ciclo en la historia del Hombre.

El Romanticismo rompe todas las medidas impuestas por el neoclasicismo y representa en su primera etapa, la vida conjugando todos sus valores creadores. El hombre vuelve a estar en el centro de todos los problemas como reflejo de los conceptos liberales que se abren paso con las luces del siglo. Pero este romanticismo que por un instante llega a representar el clamor unánime, expresa el equilibrio momentáneo de las clases sociales en torno a la nueva clase: la burguesía, que desplaza a la nobleza en la Revolución Francesa. Por supuesto, esta nueva clase necesitó para consolidarse en el poder, el apoyo del pueblo, pero se vuelve conservadora y vira violentamente a la derecha, en cuanto se ve amenazada por la insurrección de las masas cada vez más radicales en sus demandas. Entonces se rompe el acuerdo entre el arte y la sociedad que lo sustenta, porque el violento viraje ya no lo comprenden los artistas colocados ahora en una disyuntiva: expresar los ideales del pueblo por un camino realista, de crítica social, o fugarse hacia el mundo del sentimiento y de la fantasía. No es una casualidad que el Romanticismo se consolida en el mundo a partir de la Restauración de 1830, última tentativa de la Europa reaccionaria. Así surge el doliente personaje romántico francés. El romanticismo quejumbroso y lleno de hastío de vivir, para quien ni el amor, ni la gloria, ni el poder tienen ya sentido. Es el *mal del siglo* representado en René, Fausto, Manfredo, sollozando en Beethoven e instaurando el suicidio pasional en la trágica pistola de Werther. Los poetas malditos seguirán su camino desesperado y angustioso.

A partir de la Restauración, el romanticismo comparte la ambivalencia de ese minuto turbulento e inestable producto de una crisis social en que luchan dos mundos: Revolución y Reacción. La restauración regresiva idealiza el antiguo régimen y aspira a restablecer la Edad Media. Pero la ilustración pone racionalismo donde el romántico pone sentimiento. La vuelta al pasado es la expresión de la decadencia romántica que representa el movimiento opuesto al desarrollo industrial y quiere destruir las fábricas. Los artistas enemigos del progreso siguen la fórmula del ARTE POR EL ARTE de Gautier.

Se halla el romanticismo en un cruce de caminos: La Restauración, intento imposible cuando la espada de Napoleón aniquiló los reductos feudales en Europa; frente a la Revolución,

transitoriamente derrotada pero con posibilidades de triunfo, pues ya en 1848 surge el Manifiesto social de mayor envergadura en la historia, como señal de una era de revoluciones en Europa.

El sentimentalismo romántico, ya en plena decadencia, pone de moda un alma desesperada por todo lo perdido. ¡Ah, la monarquía de los Luises había ofrecido tanto a los artistas a su servicio! No saben ahora los románticos qué camino tomar; oscilan irresolutos de un lado a otro. Baudelaire sostiene la teoría del arte por el arte, pero cuando estalla la Revolución de febrero de 1848 (año clave de Europa), Baudelaire se pasa al campo revolucionario como Director del periódico: La Salud Pública. En 1852 declara pueril la teoría del arte por el arte, pero en 1860 retorna a sus antiguas posiciones.

De los escombros románticos se levanta un arte realista, de hondo contenido social. La crítica más certera del poder corruptor del dinero y por ende, de la burguesía que instaura el capitalismo, sale de la mano vigorosa de Balzac, que describe los nuevos tipos humanos, productos del régimen burgués.

Al Realismo de Balzac, jefe de todo un movimiento estético, sucede el Naturalismo de Zola, expresión decadente y morbosa. Y luego a las estallantes crisis de nuestra época que culminan en dos guerras mundiales, marcan la disgregación estética, la proliferación de escuelas artísticas como signo de la desgarradura del siglo veinte. Los movimientos que se han venido sucediendo representan el tránsito a nuevas formas sociales que se abren paso tumultuosamente en el mundo en el gran proceso de liberación de los pueblos. Y como todo arte es grande, de cualquier época que sea, siempre que su estructura esté fundida a la estructura social, y siempre que la época sea grande, el nuevo realismo social que insurge invicto de la descomposición de las escuelas abstractas y existencialistas, del callejón sin salida del surrealismo, tiene la grandeza anunciadora de un nuevo ciclo en la historia de la Humanidad. Las formas desnudas y simples, las vastas superficies, las estructuras tranquilas erigidas por manos colectivas, constituyen la argamasa artística, sencilla y directa del realismo.

“CABEZA-BUQUE”

Por Alfredo Huertas.

I.

Cuando Ataulfo salió a la calle, libre ya de todas las enfadosas discusiones que lo habían tenido ocupado durante horas y horas en el Consejo, se frotó las manos con satisfacción. ¡Vaya, vaya! La vida no era tan mala, después de todo. . . Había conseguido meterse prácticamente en el bolsillo a todas aquellas eminencias de las finanzas nacionales, tan bombeadas a diario por la prensa venal y gubernativa. . . Le habían rendido homenaje al hacer justicia a su sagacidad que venía a salvar de un desastre hacendístico el plan presupuestario del país. El subsecretario acabábale de insinuar la concesión de una gran cruz del mérito civil, o algo así, a él, al desdichado y humilde producto arrabalero, al hijo de la lavandera, al triste, al solitario, al introvertido. . . El cielo estaba azul; de un azul tan puro que avergonzaba a los impuros contempladores, y el sol caldeaba como una caricia absoluta la avenida llena de gentes atareadas u ociosas, pero todas sonrientes, contentas, como invadidas, de pronto, por la alegría de vivir.

Ataulfo estaba contento también. ¿Por qué no? A veces, el olvido es la mayor felicidad que pueda desear el hombre, y él acababa de olvidar. Miraba a lo alto, a lo límpido, a lo elevado. ¡Qué belleza! ¡Qué belleza! ¡Qué claridad! . . . Y, de pronto, entre el azul y la mirada se interpuso algo: la plateada lámina de un espejo monumental que unos mozos ajayanados conducían con toda suerte de precauciones. La calle entera se calcó en la luna moviente; se volcó, mejor dicho, pues todo viose en ella “cabeza abajo” y el propio Ataulfo contemplóse bailoteando en el reflejo, de cuerpo entero, grotesco, con aspecto de pez de acuario, del que sobresalía

su enorme cabezota, la monstruosa, la fenomenal testa que le había valido, casi desde que vino al mundo, el horrendo “sobriquete” de “Cabeza-Buque”.

Porque, recién expulsado del seno materno era tan mínima cosa que ni la comadrona, ni las vecinas oficiosas, ni la doliente mamá daban por su vida el valor de un centavo. Los internos del hospital lo tuvieron ocho días en una incubadora para observar el fenómeno de un pobre ser cuya cabeza era dos veces mayor que el resto del cuerpo. Poco a poco fue, sin embargo, asemejándose a un niño normal, como todos los demás, que se adhería al seno materno como un desesperado y que berreaba cual un maldito o dormía como un santo, con alternativas cronométricas. Subsistía, no obstante, la anormalidad de aquella cabezota pesada que apenas si podía sostenerse sobre el eje del cuello flaco y arrugado semejante al de una gallina. Todos observaban la anomalía, pero nadie le daba importancia. ¡Bah!—decían—cuando pasen los meses desaparecerá ese defecto; la mayoría de los niños tiernos son cabezones. . . Sólo el padre lo contemplaba en silencio y gesticulaba dubitativo al comentar para su capote: “La verdad es que este chico es un monstruo”.

Y, precisamente, fue el autor de sus días quien le colgó, como un sambenito, su primer apodo: “Cabezorro”.—A ver, ¿dónde está el “Cabezorro”?—vociferaba desde la puerta al regresar de su trabajo, tras las consabidas libaciones en las tabernas que le caían al paso. Libaciones que, desde el nacimiento de su vástago, se iban haciendo más y más copiosas cual si con la bebida quisiera olvidar la oscura sospecha de que quizá él mismo era culpable de la insólita megacefalia. Y también la madre, la insignificante mujeruca que temblaba miserablemente ante su marido, estuviera o no borracho. . . —Mira lo que hemos hecho—le vociferaba éste en el apogeo de sus casi diarias papalinas—; fíjate lo que ha salido de ahí— y señalaba el camastro conyugal. —No es como para que presumamos de nuestro rorro; ¿verdad? Aunque, si tiene talento como cráneo, quizá sea el háculo de nuestra vejez, como dice el cura. ¡Ja, ja! ¡Qué “Cabezorrón” espantoso!. . . Y no se muere el condenado. Grita, come, devora, engulle, traga como cuatro. . . ¿No estás orgullosa, mujer?

La pobre aludida se indignaba, pero no se atrevía a protestar. Adoraba a este hijo tardío y único y, en su santa ceguera maternal, no creía o no quería creer exagerado el defecto del niño.

—No es para tanto, hombre; no es para tanto. Cuando crezca se arreglará. . .

Pero, a pesar de los buenos deseos y de las fervientes oraciones de la santa mujer, Ataulfo iba creciendo y el defecto no se arreglaba; por el contrario, cada vez se hacía más visible.

El padre no pudo quererlo nunca, aunque quizá lo intentara. Por el contrario, llegó a aborrecer al engendro y no tuvo jamás para el pequeño la menor atención, la mínima caricia, la más insignificante palabra afectuosa. Nada. La presencia del muchacho le ponía nervioso y lo desesperaba hasta el punto de llevarle hasta la embriaguez habitual. Sus borracheras eran cada día más prolongadas y más siniestras: escupía odio y rencor contra algo enigmático, inconcreto, a quien hacía responsable de su desdicha. Aborreció también a su mísera compañera, a la que comenzó a golpear sistemáticamente en los senos flácidos y en el vientre hinchado, de hidrópica. Al pequeño lo maltrataba igualmente y la pobre criatura, espantada, se refugiaba en un rincón de las oblicuas paredes aboartilladas y pretendía defenderse cruzando sus débiles brazuelos o uniendo sus manos en un instintivo gesto implorante.

Hay infancias así: llenas de dolor, de odio y de lodo. Y la muerte tarda en llegar a estos tristes pingajos humanos. . . Ataulfo fue desarrollándose a través de las lágrimas, de la miseria y de la ira. Cuando acababa de cumplir tres años tuvo conciencia plena de su anormalidad. Los espejos le decían cómo era él y él comenzaba a ver cómo eran los demás. Comparaba. Deducía. Y preguntaba a la madre atribulada:

—Mamá: ¿por qué tengo la cabeza tan “gande”?

La prematura anciana se estremecía antes de responder:

—No, hijo mío, no es grande. Es que tu cuerpo es chiquito aún. Pero cuando vayas siendo mayor, se arreglará. . .

—Se “arregará”—, comentaba el chiquillo, pensativo.

Pero algo más tarde empezó a sacar conclusiones. Salía muy poco de la casa humilde. La madre no lo llevaba nunca consigo porque las gentes miraban al pequeño con extrañeza, cuando no con ironía. . . Y él ya iba observando aquello que encontraba desajustado y discordante y se veía objeto de la curiosidad hostil—porque toda curiosidad es hostil—, de cuantos lo contemplaban.

Los meses trajeron un recrudecimiento de la miseria hogareña. Convirtiósese la casa en una pocilga y el homúnculo vivía entre una

enferma y un borracho, debatiéndose como el náufrago que intenta apoderarse del madero salvador. El padre tenía ataques de locura furiosa y en más de una ocasión hubieron de intervenir los polizontes de la barriada para calmar su agresividad sedienta de sangre, conduciéndolo a fuerza de golpes a la comisaría inmediata, de donde regresaba a la mañana siguiente con más irrefrenables ansias de beber y de matar. En estas alboradas turbias observaba al pequeño monstruo y lo insultaba con delectación:

—Tú tienes la culpa de todo, “Cabezorro” maldito... ¿Por qué no te mueres de una vez, gusano miserable?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

Al fin, fue él quien murió, gracias a Dios de todos los cielos. Una riña tabernaria trajo como consecuencia la puñalada alevosa y providencial que libró a madre e hijo del suplicio cotidiano. La viuda lloró a su verdugo, a pesar de todo; después del entierro, vistió de luto al niño y, sacando fuerzas de flaqueza, se puso a trabajar como una desesperada para salvar los restos de la casa. Con un frenesí constante lavaba y planchaba toneladas de ropa y se acostaba con los huesos molidos como pateados por rebaños en estampida; además atendía al huérfano y aseaba el hogar dándole un aspecto digno. Gracias a aquel trabajo agotador y bendito podía ella obtener la escasa pitanza necesaria para el mantenimiento propio y el de su vástago y hasta para vestir con cierta decencia.

Fueron aquéllos los primeros tiempos felices y tranquilos en la vida de Ataulfo. Pasaba éste las jornadas completamente solo en el departamento reducido, entreteniéndose en trepar a los muebles, recortar estampas y estropear juguetes baratísimos que, de tarde en tarde, le traía la abnegada mamá. Casi nunca salía a la calle: un terror sordo le impedía hacerlo. Mejor se estaba allá adentro, en el cuartucho, al que un tragaluz que montaba sobre un panorama extenso de tejados daba una claridad menos que suficiente. No había en la mente infantil sentido del tiempo. Cuando la madre, al amanecer, daba unos escobazos someros a la piezuca, el niño despertaba con un formidable bostezo en su bocaza tremenda. Desayunábanse ambos con un tazón de café negro y, en seguida, ella marchaba a su trabajo.

La jornada era larga; pero él no se daba cuenta. Sentábase en un rincón y pensaba en ese mundo maravilloso que puede crear en su ensueño un infante de cinco años. De la calle venían ruidos y ecos que Ataulfo se complacía en escuchar. Subíase a una silla y desde allí trepaba hasta el tragaluz. El paisaje estaba reticulado

en jirones de sombra y rayas de sol amarillo y pulverulento. Había toda una teoría de chimeneas negras con sombrerillo, erguidas en formación sobre las tejas, y de algunas de ellas emergían prolongadas vedijas de humo incoloro. Los pregones eran agradables y el niño había aprendido a conocer las distintas etapas del día por la llegada de aquellas voces cantarinas. “Leche de burras, leche...”; “¡Churros calientes!”... Eran como los primeros vagidos del día nuevo. Pronto se escuchaba el “clop, clop, clop” de los cascos equinos en su trotecillo de pencos de alquiler... En seguida rompía el ambiente la bien timbrada voz que ofrecía: “¿Quieren moras, moritas, moras? De la Casa de Campo, moras... Moras de jardín, moras...”, hasta deshilvanar el pregón en una arrastrada y ensoñadora cadencia.

Según avanzaba el día los “clops-clops” eran más constantes, se entrecruzaban, se entretrejían; además, otros ruidos venían a irrumpir en el concierto callejero: gritos humanos, ladridos en la lejanía, algarabía de gatos reñidores, llamadas de balcón a balcón en la vecindad. Nuevos pregones, más tarde: “La cangrejeeeera, viviitos”, que terminaba en un trémolo estremecedor y, luego, como una rapsodia: “Al buen requesón—de Miraflores de la Sierra—al buen requesón...—a treinta el molde, y a probarlo...” Ataulfo imitaba para su capote: “¡de Miraflores de la Sera!” ¡Qué bien sonaba aquello de “el buen requesón!” ¡y qué bien debía saber ese molde de a treinta, que representaba para el chicuelo casi una promesa abstracta de paraíso!

Como a medio abandono se escuchaba una behetría prolongada. Era la hora de la salida del colegio y la chiquillería se expansionaba en gritos múltiples y discordantes. Después venía una zona larga de silencio; Ataulfo sentía hambre y somnolencia. Comía algún trozo de pan abandonado en los vasares de la cocina o restos de la cena de la víspera y se tumbaba en el camastro a sestar... Algunas veces interrumpían su reposo las llamadas de vecinas que venían, por indicación de la madre, a echar un vistazo. Y, compasivas, le aportaban quién una fruta, quién una hortaliza, que Ataulfo agradecía con un: “gacias, señá Rufina” o “gacias, señá Lolita”, de niño bien educado.

La tarde era más breve, pero más pesada. El sol ya no pintaba líneas doradas en los tejados y los gatos se movían con más pereza. Hasta el “clop, clop, clop” de los caballos era más acompasado, más lento. Al llegar el crepúsculo, cruzaban una y otra vez sobre los tejados las bandadas de vencejos que chirriaban su grito monocorde con gárrula insistencia, melancólica, penetrante. Y sólo cesa-

ban al llegar la noche, y con la noche llegaban el miedo, el misterio, lo desconocido. . . Ataulfo sentía las palpitations fuertes de su corazón y se asomaba pávido a la puerta para llamar tímidamente: “¡Mamá!”.

Y, de pronto, surgía, en efecto, la aparición mágica de la amada mujeruca, con sus preguntas bobas y sus caricias y sus divinas atenciones. Se encendía en el fogón la lumbre chispeante y deliciosa que establecía una tibia intimidad entre aquellos dos seres desolados. La cena —única refacción de la jornada— era el gran acontecimiento. Y, mientras el tragaluz fingía en el techo inclinado un cuadrado negro, madre e hijo se entregaban al sueño en sus yacijas envueltas en oscuro silencio.

De este modo pasaron días, meses, años, nieves, heladas, calores, alegrías, tristezas, entre ruidos, abandonos, trabajos y soledad. Hasta que Ataulfo cumplió siete años, y con ello terminaron los días felices.

II

La edad de siete años era la que había fijado la madre para que su hijo iniciase la educación escolar. Consiguió matrícula gratuita en una escuela, cercana a la casa, instalada en un viejo edificio en cuyo balcón se mostraba un escudo municipal y el mástil de una bandera. En este colegio sufrió Ataulfo desde su llegada los más crueles insultos y las más duras vejaciones. Allí fue, en aquella escolita paupérrima, donde le “clavaron” como inri de la cruz de su martirio el odioso mote de “Cabeza-Buque”, el cual no habría ya de abandonar durante su vida.

“Cabeza-Buque”, o sea: cabeza como lo más grande que existía en las imaginaciones de los muchachos: como los enormes trasatlánticos que cruzan los mares, monstruos conductores de multitudes anónimas. ¡“Cabeza-Buque”, para siempre. . . !

Se enfrentó el chico, hasta entonces tan solitario, con los inconvenientes de la crueldad social y comenzó a saber de la vileza diluida en la masa de aquellos lobeznos humanos, de su misma edad, que lo acosaban sin conocerlo siquiera, pura y simplemente por maldad, aullando los viejos chistes desalmados que se les enredaban como redcillas de odio incomprensible:

—¡“Cabeza-Buque”!, ¡ahí te va eso. . . !— Y le arrojaban, desde lejos, una berza, una piedra, un montón de inmundicias, sin que el aturdido muchacho consiguiese nunca ver la mano culpable;

sólo el coro de carcajadas de la horda infantil que celebraba la “gracia” del oculto valentón.

Otras veces, le rodeaban cinco o seis mozalbetes de los mayores y entablaban entre ellos una conversación insultante:

—Oye, Ataulfo, ¿es cierto que para curarte el dolor de cabeza tu mamá tiene que gastar una tonelada de aspirinas?

—¡Qué vá...! —interrumpía otro—. Lo que sí es cierto es que necesita un contrapeso en los pies, cuando se baña, para no irse al fondo...

—A mí me han dicho —terciaba otro de los pequeños canallas— que la medida para los sombreros se la toman en un descampado...

—Pero esa “chola” es una ventaja para evitar los piojos. Se le mueren todos de cansancio al dar la vuelta.

Desacreditados juegos de palabras de viejas zarzuelas que los forajidos en cierne conjugaban para herir impunemente a su víctima, quien tuvo que soportar, con indignación al principio, con ira después, estas burlas continuadas. Después de convencerse de que era inútil protestar, irritarse o reñir, pues siempre le tocaba perder, limitóse a soportar con obligado estoicismo las mofas, no dándose por enterado, aislándose y refugiado en el estudio. El maestro pudo comprobar que la capacidad del niño era muy vasta, que tenía mucha inteligencia y una memoria felicísima. Su dedicación era tal que en muy pocos meses aprendió a leer y a escribir y conoció las cuatro reglas aritméticas. Así pudo asombrar a todos con su aprovechamiento; por lo que sus camaradas lo envidiaron y lo odiaron más. Como oyeran decir al profesor que Ataulfo iba en camino de ser un pozo de ciencia, comentaron:

—Naturalmente, y el pozo de ciencia lo guarda en la “calabaza”; por eso es tan colosal...

Siguió un nuevo capítulo de crueldades: comenzaron a arrebatarle los libros para arrojárselos al suelo; a golpearlo con saña entre cuatro o cinco; a escupirle los más feroces agravios. Cierta día uno de los grandullones de la clase aprovechó una oportunidad, durante el recreo, para echarle la zancadilla. El mártir cayó al suelo, hiriéndose en la frente, mientras estallaban brutales las carcajadas del coro de rufianes.

Ataulfo se levantó indignado, con una furia sorda desconocida

hasta entonces para él. Dirigióse al agresor y, ante la sorpresa de todos, lo atacó con el arma poderosa de que le había dotado la naturaleza. De un cabezazo espantoso en pleno pecho derribó al rival, quien quedó tendido en el suelo, sin moverse, como muerto. . . En seguida encaróse con la pandilla y aulló:

—Ahora, vosotros. El que quiera y como quiera: uno a uno o todos juntos, me da lo mismo. Venga, el primero. . . ¡Cobardes!

Estaba horrible. Sus ojos echaban chispas; de su boca salía un hilo de espuma sanguinolenta, le temblaba la mandíbula; apretaba los puños furiosamente y avanzaba la enorme testa, como la de un toro bravo dispuesto a embestir. Todos se apartaron con temor.

Por este incidente fue castigado con rudeza; pero las autoridades de la escuela no lo expulsaron porque comprendieron que la razón estaba de parte del ofendido. Los muchachos no se atrevieron ya a provocarlo francamente. Sólo cuando entraba al plantel o de regreso a su domicilio escuchaba los gritos consagrados:

—¡“Cabeza-Buque”! ¡Eh, “Cabeza-Buque”!

—Ahí te va eso, para tu pozo de ciencia. . .

Le arrojaban piedras los cobarduelos que no daban la cara y, como el “blanco” era amplio, atinaban siempre, hiriéndole en la frente, en el cuello o en el rostro, que llevaba siempre marcado. . . Cuando terminaron sus estudios de primera enseñanza, el mozo dijo a su madre que no quería volver al colegio; él estudiaría por su cuenta. Fueron inútiles los razonamientos de la anciana para hacerle desistir. “¿Quieres que siga aguantando y aguantando, hasta que ya no pueda más y mate a uno. . .?”. Comprendió ella que debía acceder a los deseos de su hijo.

A fuerza de leer y de estudiar con una tenacidad inquebrantable, durante muchas horas diarias, en los libros prestados por las bibliotecas públicas, consiguió adquirir una serie de conocimientos superiores y crearse una cultura general extensa, muy especialmente de ciencias exactas. Las matemáticas le encantaban; solo, sin guía alguna, pero con un tesón admirable, llegó a resolver las más intrincadas cuestiones de cálculo. . . Además de estudiar, trabajaba. Como era fuerte y sano, ayudaba eficazmente a su madre que empezaba a declinar: lavaba ropa, también, y ganaba algunas monedas para ayudar al sostenimiento de la casa y para adquirir libros.

Quince años. Cuando cumplió esta edad, se presentó en una

casa de banca y solicitó ocupar una plaza vacante. Hiciéronle un examen en el que sorprendió a los jefes, por la brillantez con que respondió a todos los enunciados propuestos y por su evidente inteligencia. . . Empezó otra etapa.

En el nuevo empleo, naturalmente, volvieron las burlas de la escuela. Los colegas le llamaron, asimismo, “Cabeza-Buque”. Hubo discusiones y molestias; no faltaron las pependencias; pero, ante el temor de que la gerencia del banco interviniera, las burlas cesaron. Los empleados de la casa se habituaron pronto al fenómeno y él llegó a olvidar casi su propio nombre y no respondió más que por su apodo. “Cabeza-Buque” fue, pues, hasta en sus íntimos soliloquios.

Gracias a sus vastos conocimientos y al estudio tenaz, ascendió rápidamente en su carrera. Seguía estudiando, con una beca concedida por la empresa, en una academia especial; esta vez, ciencias económicas, contabilidad, organización de negocios. . . Cada vez ponía mayor entusiasmo en sus investigaciones. Mientras estudiaba, olvidaba su deformidad, y esto ya era bastante.

Una noche, llegó a su hogar con el rostro radiante:

—Madre: acaban de nombrarme primer ayudante de Caja, con doble sueldo. Desde hoy, no trabajas más. . .

III

Poco tiempo pudo disfrutar la infeliz lavandera de su merecido descanso. Verdaderamente, es un hecho que los pobres sólo dejan de sufrir cuando se mueren, y si por casualidad una buena circunstancia les permite dejar de sufrir, no pueden soportarlo y. . . se mueren también. Apenas habían transcurrido unas semanas y empezaba a saborear las dulzuras del ocio, cuando su corazón falló. Ella tuvo siempre el corazón débil, y la felicidad es un peso que no pueden resistir los corazones débiles. . . Una tarde, cuando Ataulfo regresó de la oficina, quedó extrañado al no ver, como de costumbre, luz en la vivienda. El cuarto estaba negro por completo, salvo un trapezoide azul que el tragaluz dibujaba en el piso. Al avanzar hacia el lecho, algo le hizo tambalearse y, a la luz indecisa del encendedor, pudo ver un cuerpo tendido. . . Gritó. Llegaron vecinos con quinqués de petróleo y recogieron a la anciana fría ya, como si hiciera varias horas que había recibido la caricia de la Pálida. . .

El dolor del huérfano llegó al delirio. Al perder a su madre

perdía el único ser que lo había amado; la sola mujer capaz de contemplarlo con cariño; la santa que, cuando miraba la fenomenal cabeza del hijo idolatrado, solía decirse—¡ay!, cada vez con mayor desilusión—: “Cuando crezca, se arreglará...”

Se la llevaron y “Cabeza-Buque”, incapacitado para tomar cualquier resolución, quedó allá, olvidado de todos, días y días... Hasta que comprendió, al fin, que era preciso asumir de nuevo la suprema responsabilidad cobarde: seguir viviendo. Volvió a la oficina y a la rutina diaria; pero por atavismo conservó el humilde aposento por donde habían vagado los ensueños de su infancia. Por evitar relacionarse con extraños, excepto en lo imprescindible, él se arreglaba la habitación, tendía su lecho, daba unos escobazos aquí y un par de plumerazos allá. Comía en un restaurante próximo, siempre lo mismo para no molestarse en seleccionar los platos. Sus horas de trabajo en el banco eran cumplidas con rigurosidad. El resto del tiempo lo dedicaba a estudiar, a leer. Tanto el estudio como la lectura lo distraían, y evitaba los pensamientos dolientes. Devoraba en la soledad del cuartocho volúmenes y más volúmenes de Economía, Hacienda, Derecho, Sociología, Comercio, Estadística y de otras materias, que lo ayudaban a convertirse autodidácticamente en un verdadero técnico. Cuando se cansaba de estudiar, leía; sin orden ni concierto, leía con velocidad fantástica las obras maestras de la Literatura, sin seleccionar géneros ni estilos: poesías, ensayos, crítica, historia, viajes, novelas y cuentos... La pequeña pieza iba atestándose de librotos que, después de leídos, quedaban allá, alineados “a la diabla” en anaqueles de madera. Leía, a veces, hasta muy tarde. Alguna noche, cansado de leer, antes de entregarse al sueño, se sentaba un rato junto al tragaluz, apoyado en las tinieblas de la boardilla como en sus años de infancia y soledad.

El cielo parecía estar más oscuro y más cercano, y las estrellas más próximas y brillantes. Era gratisísimo aquel silencio sólo interrumpido por el arrastrar sonoro de un vehículo que pasaba reptando, invisible. No se oían ya en estos tiempos, sino de tarde en tarde, y como una supervivencia arcaica, los “clops-clops” equinos que arrancaban chispas al empedrado, como tampoco se escuchaban, durante el día, los viejos pregones melancólicos que otrora escuchara esperando a la ausente. En el invierno, el viento de la madrugada bramaba al azotar las callejas angostas y, a veces, las gotas de lluvia salmodiaban una acelerada canturria. Gritos lejanos de trasnochadores que reclamaban la presencia del sereno o algún alarido suelto de borracho, y nada más. En los nocturnos

del verano, los grillos trezaban su monocorde mensaje y podían escucharse trozos de conversaciones de los acalorados vecinos que retrasaban todo lo posible el ingrato momento de internarse en los infernales hornos de sus habitaciones. . . la amanecida, que bruñía el horizonte antes de teñirlo de galas aurorales, asustaba al joven, quien acababa por abandonar el observatorio para engurrñarse entre las sábanas hasta que llegara el sueño.

No acostumbraba visitar teatros ni espectáculos deportivos o taurinos, salvo el "cine" que lo atraía por la oscuridad de la sala más que por cualquier otro motivo. Conforme había crecido, la monstruosidad con que lo señalara la Naturaleza se hacía más ostensible; la cabeza era algo enormemente sólido, cual un cimborrio de catedral o como un remate de torre. La frente, sobre todo, era una masa fuerte, un baluarte imponente que terminaba en los fosos negrísimos y anchos de las cejas, con las rugosidades propias de los fruncimientos constantes y un ángulo saliente terminado en dos protuberancias que fingían el pretenseo nacimiento de astas frustradas. Lo restante del rostro no era ya tan originalmente feo, ni siquiera grotesco: pómulos en pico sobre los que la piel se restiraba cual si quisiera romperse; nariz no muy grande, algo achatada con fosas nasales redondeadas y oscuras; labios gruesos casi siempre apretados que, cuando se apartaban, dejaban ver unos dientes fuertes, blancos y regulares, y para colofón de esta cara singular un mentón potente y durísimo de "vikingo", cubierto de vello cerrado, a pesar de las rasuradas diarias que suavizaban el aspecto de la suprema brutalidad a aquel rostro único. Sin embargo, sus ojos eran bellos, a pesar de que los envolvía en un perenne disfraz de hurañía y cuando no se sabían observados lanzaban una mirada dulce, aniñada, tímida, llena de piedad y de ternura; pero nadie conocía esa mirada que hubiera podido poner algo de humana característica en aquel conjunto de fealdad irresistible.

La gente lo miraba con burla, con miedo, con lástima; las mujeres, con horror, y hasta sus propios compañeros y subordinados que convivían con él durante tantas horas durante el transcurso de las largas jornadas de trabajo, no podían habituarse a "aquello". El mismo se sentía incómodo al contemplarse en un espejo, como aquella vez en que se había visto reflejado en una gran lámina azogada y moviente. . . Huía de la luz excesiva, de las aglomeraciones públicas, de las pláticas amistosas. Mientras lo arreglaban en la peluquería cerraba los ojos para no mirarse de frente y en su casa, después de la muerte de su madre, no volvió

a ver su propio rostro. Todavía se enfurecía cuando alguien, osado, le lanzaba el viejo alias de “Cabeza-Buque”; pero después acababa por encogerse de hombros. Al fin y al cabo, era natural. . .

Nuevas torturas hubo de proporcionarle la vida cuartelera. Por algún tiempo pensó Ataulfo que su macrocefalia le diera una eximente para el servicio militar, mas su ilusión duró poco. Tuvo que vestir el uniforme, a pesar de haber pagado la cuota máxima requerida para redimirse lo antes posible. Segunda edición, corregida y aumentada de lo que sufriera en el colegio; sólo que esta vez la unanimidad entre los verdugos era total y, desde el coronel hasta el último sargento, creyéronse obligados a “colocar” su chiste y esputar su befa ante aquel recluta de tamaña “gaita” rapada al “cero” a causa del severo reglamento castrense. Por fortuna, al cabo de unos meses fué licenciado. Las nuevas cicatrices de su alma iban a unirse con aquellas antiguas, incurables.

La mayoría de edad marcó para él un ascenso más. El Banco lo nombró para un cargo de alta categoría en el Consejo de Administración. Fue necesario abandonar, ahora, el viejo cuchitril e instalarse en un buen hotel céntrico. Su sueldo le permitía ya vivir con toda holgura. Comenzó a cuidar sus gestos, a refinar sus maneras, a redondear elegantemente sus frases, a esmerarse en el vestir. En cuanto a las mujeres. . . Ataulfo, terriblemente “acomplejado” y víctima de atroz, pero lógico misoginismo, se había mantenido casi totalmente casto. Claro está que la belleza femenina lo conmovía y que lo que los biólogos titulan “la llamada del sexo” lo punzaba con cierta insistencia, pero la timidez invencible parecía complacerse en frustrar sus instintos. Ni a las empleadas del banco, ni a las domésticas del hotel osaba enfrentarlas con franqueza; sabía que todas lo miraban de modo burlón, cruel, odioso. . . Víctima de su misantropía, tampoco hablaba con sus compañeros o jefes, sino lo mínimo indispensable que requería la profesión; pensar en amistades era pensar en la luna. Le agradaban los seres míseros, los animales vagabundos, los hombres de color que, como él, eran colocados al margen de la sociedad. Aunque tanto los negros como los mendigos se burlaban de él, también, franca o soslayadamente, y los canes le enseñaban los dientes si intentaba aproximárseles. Durante el día tomaba coche para ir a todas partes y sólo en la noche se atrevía a pasear sin rumbo por lugares desiertos, menos cuando había claro de luna, desde que, cierta vez, pudo ver su sombra reflejada en el camino; la sombra de un hominico que llevara sobre sus hombros, lo mismo que Atlante, la pesadumbre del globo del universo.

En ocasiones se enfurecía, sollozaba, insultábase con el mote maldito, denostaba a la Providencia, a la vida, a los padres, a lo divino y a lo humano, y sentía deseos de acabar... La lectura lo salvó, sobre todo la de aquellas novelas que hablaban de monstruos y de seres deformados, como el Gwinplaine enamorado de la ciegucecita Dea o como el horrendo campanero de Nuestra Señora de París, consumido por el incendio de su pasión hacia la gitana Esmeralda... Igualmente lo atraían las figuras inmortalmente de genios torturados por su físico ingrato como el enano Toulouse-Lautrec, el pintor extraordinario, o como el poeta mágico, Swinburne, macrocéfalo también y enamorado de la vida...

Veinticinco años. Ataulfo iba afianzándose cada vez más en el llamado "mundo de los negocios". Ganaba mucho dinero y jugaba en Bolsa con el regusto de proporcionarse una emoción en el amplio y tortuoso campo de las especulaciones financieras. Y como era demasiado experto, acertaba siempre. Entreteníase, después de un día fructuoso, en contemplar los fajos de billetes apilados sobre la mesa de su despacho y los palpaba cuidadosa y reiteradamente, sintiendo en aquello algo como un desquite. Ingresaba en su cuenta particular sus ganancias siempre crecientes y las dejaba aumentar sin decidirse a emprender ninguna labor de trascendencia, desoyendo las opiniones de consejeros más o menos interesados. En realidad, necesitaba poco para vivir, muy poco.

Por esto fueron muchas las veces en que, al contemplar los fajos de papel moneda que acababa de embolsarse en una operación o revisando la cifra del saldo de su cuenta, lisonjera y optimista, Ataulfo, siempre con el ceño fruncido, se preguntaba:

—Y todo esto ¿para qué...? ¿Para qué, dime, ¿para qué lo quieres, "Cabeza-Buque"...?

IV

Agente de Banca y Bolsa, Consejero Técnico del Banco Nacional, representante del Ministerio de Hacienda en casi todas las entidades financieras del país, especulador afortunado en todos los terrenos, el ilustre hombre de negocios, don Ataulfo Hernández, varias veces condecorado a la edad de treinta años; verdadero genio hacendístico, al decir laudatorio de los periódicos; de una sagacidad que igualaba a su probidad irreprochable, no sentía ninguna interior satisfacción, excepto en muy breves ocasiones que la realidad brutal derrocaba inmediata y despiadadamente. Sus

colegas del mundillo acaparador de caudales públicos lo admiraban, sin estimarlo jamás. Cuando “el gran Cabeza-Buque”—ahora lo denominaban de este modo—opinaba sobre tal o cual presunta alza de valores o sobre una posible quiebra de ésta o de la otra empresa, nadie dudaba. Las opiniones del alto funcionario eran artículos de fe. La consideración general le permitía cierta soltura de movimientos, cierta independencia apetecible. Claro está que, en ocasiones, sentía una oleada de orgullo, de vanidad, que lo azotaba bruscamente, abermejando por unos segundos su rostro casi impasible.

Admiración y consideraciones, pero ni pizca de estimación. Ni siquiera en este vastísimo maremágnum de los negocios, tan asequible a la fraternidad humana, había podido Ataulfo hacer amigos; y en verdad que él, por su parte, hizo muy poco para procurárselos. Cuantos se enriquecían siguiendo sus indicaciones hablaban de él con elogio; pero tropezaban en la barrera de hielo que colocaba siempre, consciente o inconscientemente, entre él mismo y sus favorecidos. Su sequedad habitual le apartaba de todos y nadie quería invitarlo a fiestas sociales pensando que, al aparecer en los salones, portando sobre los hombros aquella desmesurada mole, provocaría la oculta rechifla o la burla de quienes pensarán que aquello era un chiste de mal gusto. La presencia de “Cabeza-Buque” en los actos que los plumíferos de la prensa llaman cursilonamente “eventos sociales”, hubiera sido muy poco “chic”. Y, comprendiéndolo así, el aislamiento continuaba y él retraía más y más.

Su rostro iba adquiriendo, al transcurrir el tiempo, una dureza de granito y la mirada de sus grandes ojos inmóviles helaba muchas sonrisas hipócritas para convertirlas en muecas de inquietud. No era su monstruosidad como la del Gwinplaine deformado por los hombres que invitaba a la risa y al regocijo, sino la que fija, que estremece, que petrifica, que espanta. ¿Cómo, pues, iniciar una amistad con un congénere? ¿Cómo, pues, conversar en dulce afabilidad con una mujer? Esto le estaba prohibido con más rigor que cualquier otro sentimiento. Hasta el amor ficticio tenía que esconderse entre densas tinieblas: en sus encuentros ocasionales con ramerías cotizadas en alto precio, el escenario se borraba en buscadas oscuridades para no ver y para no ser vistos uno de otra, en el mutuo asqueamiento. . .

Eran éstos, por supuesto, los únicos contactos que se permitía con mujeres y tras largos interlapsos. Sin embargo, el corazón romantiqueaba a veces y hasta soñaba con el posible hallazgo de

una infeliz, semejante a la Dea, ciega y enamorada, capaz de morir de pasión por su "lord" saltimbanqui... ¡Tántas míseras deambulaban a través de las páginas de novela rusa! Pero cuando surge algún redentor y busca a las tristes heroínas, no las halla ni para un remedio. Cuando las alas del corazón se mueven anhelantes, el hombre, en su soledad, está indefenso... El cuitado deseaba no vivir tan solo; aunque tuviera que pagar la compañía a peso de oro. Quizá la costumbre permitiese más luego la convivencia... Bien sabía que no faltaban mujeres capaces de venderse, de matrimoniar, incluso, para obtener un bienestar a trueque de vivir en perenne insatisfacción; por eso la solución no le agradaba. Obligar a cualquier damisela escuálida de la clase media o aun de la clase obrera a compartir su vida triste, con el señuelo de sus billetes, le parecía un acto vil. Existían mujeres feas, desesperadas por su soltería y su virginidad inútil, o mancilladas y abandonadas sin remisión, que quizá lo aceptasen; era él quien, por un noble atisbo de dignidad, no aceptaba esta solución falsa y ridícula.

En busca de distracciones, Ataulfo viajó por diferentes países. Pronto se hastiaba también de este efugio emocional y regresaba a su ciudad cada vez más molesto y hostigado por las miradas plenas de susto o de ironía con que, por doquier, era acogida su presencia. Y las noches, en su cuarto de hotel mercenario, le traían nuevos suplicios. Hostigábalo el insomnio sin permitirle apartarse de su idea fija: "No quiero vivir solo; pero ¿querrá alguien vivir a mi lado?"

Intentó escribir. Otros habían usado este medio como una "fuga" de la realidad y hasta consiguieron el olvido momentáneo. ¿Por qué no ensayar semejante procedimiento?... Y, en efecto, durante algunos meses, dedicóse a confiar sus sentimientos a las blancas cuartillas que iban llenándose, poco a poco, de francas lamentaciones ingenuas y de la descarnada exhibición de toda una gama de pensamientos desdichados... De pronto, un día pensó que podría morir repentinamente, sin tiempo para hacer desaparecer esas lucubraciones íntimas, las cuales, caídas en manos ajenas, pudieren servir de póstumo regocijo a los burlones lectores. Entonces, destruyó todos los papeles escritos y no volvió a tomar la pluma ni a sentarse ante la máquina, sino para los asuntos meramente profesionales e intrascendentes.

Al cumplir treinta y cinco años decidió que tenía suficiente dinero para apartarse de todo trabajo y vivir de una renta generosa. Invirtió su capital en hipotecas y presentó la dimisión de su cargo,

irrevocablemente. No era por cansancio, no; él jamás sintió fatiga y, por el contrario, siempre creyó que le convenía trabajar activamente; pero lo que ansiaba sobremanera, su principal objetivo era el de vivir apartado, no ver a nadie que no fuese indispensable, no hablar sino consigo mismo.

Así, encerrado con su alma, vivió mucho tiempo. Leía, estudiaba, salía a pasear durante la noche y por lugares poco o nada concurridos, como de costumbre... Los meses completaban la procesión de los días y los años la procesión de los meses... Envejecía, y así podía comprobarlo cuando pasaba las yemas de los dedos por las asperezas de su piel y por los surcos cada vez más profundos de su anchurosa frente; los cabellos, descuidados, raleaban y los aladares engrisecían... Alguna vez meditó sobre la inutilidad de su vida y pensó en acortarla voluntariamente; mas nunca se consideró lo suficientemente valeroso o lo suficientemente acobardado para intentarlo. Había que dejar así las cosas, hasta que Dios se apiadase... En los insomnios constantes, se complacía en contar los minutos que iba marcando con su monótono tic-tac el despertador y que, insensiblemente, lo acercaban a la tumba. Su postrer pensamiento antes de adormecerse, por fin, bien entradas ya en el dormitorio las palideces anunciadoras de un nuevo día, era: "Si no despertase más, nunca más, bendeciría al Cielo..."

Para evadirse de su realidad, probó a engrosar la infinita legión de los bebedores. El alcohol, al que siempre había aborrecido, y que traía a su memoria las vilezas paternas, le produjo, al principio ese estupor emocional que tanto ansiara. Sus primeras borracheras solitarias le hicieron creer que allí estaba el lenitivo deseado. Olvidaba; olvidaba su nombre, su vida, su dolor, cuando la embriaguez saciaba su sed perniciosa, y caía después en un sopor que duraba largas horas y del que salía atontado, embrutecido, enfermo...

Esto duró poco. Según se iba habituando al vicio, los momentos de olvido fueron haciéndose más breves, hasta que llegó un momento en que no hubo olvido en absoluto. Por el contrario, en el paroxismo de la borrachera se sentía más ridículo que nunca, ridículo de cuerpo y alma. Tan estúpido que un día que se miró al espejo soñando en que su defecto se atenuaba, contempló un rostro tan horrible que se quedó positivamente espantado... Rompió a tiros el espejo y disparó las balas de que disponía contra las botellas vacías y las llenas, contra los muebles, los muros y las puertas, y produjo tan gran escándalo que los aterrados vecinos hicieron intervenir a la policía. Costóle bastante dinero que el

asunto no trascendiera y llegase a envilecerlo hasta lo último, por la publicidad excesiva y los malvados comentarios de la gente.

Abandonó el alcohol y, algún tiempo después, ensayó el embrutecimiento por medio de las drogas prohibidas. Gracias a su prodigalidad pudo hallar los lugares clandestinos donde proveerse de los anhelados estupefacientes. Tampoco halló ese gran olvido que ansiaba. . . Uno de sus "contactos", generosamente retribuido, lo condujo a un fumadero de opio donde unos chinos, al parecer auténticos, le iniciaron en los secretos de la "divina planta". Aprendió el ritual indispensable, que ya conocía teóricamente por las novelas de Mirbeau y de Farrère, y se entregó al espantoso vicio. Ahora bien, como si Dios se hubiese compadecido del infeliz, la famosa adormidera no le produjo sino unas neuralgias inaguantables y constantes vómitos. Las visiones de ensueño y felicidad tan decantadas por los adoradores de la droga no se presentaron jamás ante el campo sensorial del neófito, y la única visión que consiguió captar fue, después de consumidas algunas pipas, la de un monstruoso conjunto de individuos con fabulosas cabezas que gravitaban sobre cuellos de alfeñique, todos semejantes entre sí y semejantes a él mismo. Diríase una multitud inacabable de "Cabezas-Buque", hurañas y marcadas por el rictus de una risa inmóvil y siniestra, que lo contemplaban y giraban en su derredor, pretendiendo envolverlo en volutas cada vez más veloces. A los gritos que dio, acudieron los sirvientes de la casa. . . Horas más tarde, fue encontrado abandonado, sin sentido, en una calle desierta, desprovisto de su dinero, de la documentación y de algunas ropas, y muy enfermo. . . Cuando, unas semanas después pudo regresar a su domicilio, tras haber pasado las más vergonzosas humillaciones, se prometió a sí mismo no reincidir. . . Comprendió que no había remedio. . . "Cabeza-Buque" no podría evadirse jamás de "Cabeza-Buque". Sólo eso sería a todas horas, en todos los instantes: "Cabeza-Buque" para él mismo y para los demás. . .

V

Cierta noche regresaba Ataulfo a su domicilio, después de prolongar inmoderadamente uno de sus cotidianos paseos. No quería volver demasiado pronto; sentíase bastante desasosegado y, recordando que, desde hacía tiempo dormitaban sus instintos, dirigióse al burdel semisecreto donde tenían lugar, de tarde en tarde, sus encontronazos con las coimas ocasionales de que proveía a sus clientes la "casa".

La proxeneta—una vieja de rostro anguloso, cuya mejilla izquierda hallábase espantosamente surcada por la cicatriz de un chirlo que iba desde la oreja a la boca desdentada—, concedora de la liberalidad del rico “parroquiano”, lo acogió con aires de melindroso misterio:

—¡Don Ataulfo! ¡En qué gran momento llega! Ahora mismo estaba yo pensando en usted. . . Porque acabo de recibir una cosa muy buena: una novata colosal.

El visitante encogióse de hombros:

—Déjate de “novedades”; prefiero una antigua. Tú ya conoces el refrán: “Más vale lo malo conocido. . .”

Pero la “furcia” insistió:

—Don Ataulfo, que le juro que es una perla.

—Bueno; mándamela arriba. . .—respondió, con indiferencia, para no discutir.

En la penumbra de la alcoba, presuntuosamente amueblada, esperó el arribo de la anunciada “perla”. Realmente, si no era nueva, por lo menos era muy joven. Vestía modestamente, con cierta decencia de aspecto, y su rostro carecía aun del desgarrado descaro que le presta la práctica del oficio.

La alcahueta esperaba con la cara bañada en una sonrisa cómplice. Una vez recibido el “precio” de la pretendida novedad, retiróse discretamente.

Tras la silente y muy breve sesión de lo que algunos cínicos denominan “amor”, en la oscuridad de la pieza, la moviente mercancía, ya no tan virginal, quedó sumida en el más profundo de los sueños. “Cabeza-Buque”, a su lado, no tardó en seguirla a las agradables morfeicas regiones.

Horas más tarde, un rayo de sol partiéndose en miríadas de moléculas brillantes que penetraba por el resquicio de la ventana, lo despertó. A su lado, en el lecho común, la joven meretriz contemplábalo con atención.

Con atención y con curiosidad, desde luego; pero sin burla y sin temor. . . Ataulfo creyó soñar, al reconocer aquella mirada nada hostil.

—¿De veras, muchacha, no te asusto ni te hago reír?

Ella respondió, sonriendo de manera medio boba:

—¿Asustarme? ¿Reír? No... ¿Por qué...?

—Pero... mi cabeza... ¿Te has fijado en mi cabeza?

—Sí, claro que sí; me he fijado mucho... Pero no me hace reír; a mí nada me hace reír. Tampoco me da miedo. Lo único que me da miedo de verdad es el hambre...

—¿El hambre?

—Sí, el hambre; ése sí que tiene una cabezota enorme... Y además, unos dientes puntiagudos que, en cuanto una se descuida, se le clavan hasta desgarrarle las entrañas...

—¿Tú has soportado a ese monstruo?

—Siempre. Mató a mi madre y, desde que nací, no ha cesado de atormentarme. Me muerde; luego me deja descansar un rato y, después, me desgarrá de nuevo... Por eso me he metido a... esto: para poder saciarme, para comer a mi antojo hasta hartarme, para que no vuelva más el hambre...

Hubo un silencio présago en la pieza caliginosa aún. Ataulfo, mientras se vestía, meditaba.

—Pues ahora vas a saciarte —dijo—; mata al monstruo, muchacha; mata al hambre para siempre.

Llamó a la celestina. Inmediatamente se movilizaron las “fuerzas vivas” de la casa, al conjuro mágico de los billetes... Y, efectivamente, aquel día y en aquel mismo dormitorio, la ramerita debutante se hartó. Comió lo que le sirvieron, magnífico en abundancia y en calidad, hasta el punto de que enfermó de indigestión.

La enfermedad duró casi una semana. El propio Ataulfo, se convirtió en el enfermero, suave como el buen samaritano, decidido a que la primeriza fuese olvidando paulatinamente la cabezota y los dientes del monstruo que la atormentara durante tantos años, y habituándose a la real cabezota del otro monstruo humano que la atendía tan maravillosamente... Al salir de allí, ambos eran amigos.

Al mes siguiente, en una iglesia de arrabal y con la mayor discreción, contrajeron matrimonio Ataulfo y la joven hetera, quien, de una vez para siempre, apartaba de sí el suplicio de ayunar a la fuerza. Por su parte, él, con esta boda casi oculta pretendía matar igualmente su hastío y su soledad...

En realidad, el infeliz bien sabía que ella no lo amaba; no estaba ciega, y sólo se encuentran Deas en las novelas de Hugo; pero permanecía a su lado, casi constantemente en silencio; como si todo lo que sucedía fuera un milagro, íbanse habituando el uno al otro. Sin darse cuenta, de una manera instintiva propia sólo del alma femenina, hacía creer que quizá él exageraba su propia fealdad, que era víctima de complejos.

Viajaron. Ella no quería, despiertos ya sus apetitos de vivir, prescindir de la “luna de miel” a que creía tener derecho. Ataulfo perdió el miedo a los comentarios de la opinión pública, embozándose en la capa de un falso cinismo. No obstante, cuando le era posible, renunciaba a los paseos. Con cualquier pretexto se encerraba en la habitación del hostel y le dejaba a ella sola hacer las compras y las obligadas visitas a los monumentos históricos, en los lugares de su periplo turístico.

De regreso, tres meses más tarde, se instalaron en la capital definitivamente. El rentista alquiló un cómodo departamento en el primer piso de un edificio moderno. Lo amuebló con lujo, dando en todo satisfacción a su esposa, que se creía heroína de un cuento de “Las Mil Noches y una Noche”.

La novedad cesó pronto. Y apenas transcurridos seis meses de la nueva vida, sufrió Ataulfo la primera decepción y, como corolario, cometió la primera cobardía.

Al regresar a su casa una noche, después de un paseo nocturno terminado antes que otras veces, sorprendió a la mujer a la que había regalado su nombre y su dinero con un tipejo cualquiera, en la forma que los leguleyos intitulan “conversación culpable”. El individuo, encontrado en la calle días antes, al ver entrar en la habitación a aquel fenómeno trágico, en quien adivinó al esposo ultrajado, huyó ridículamente en mezquina indumentaria, aterrado por la vindicativa cabeza de Medusa que amenazaba su vida precariamente envuelta en unos tristes calzoncillos de lanilla.

Y él no la expulsó del hogar. La golpeó rudamente hasta fatigarse, sin que ella hiciese gesto alguno de defensa... Después, la perdonó con la envilecida mentecatez del desdichado o con la grandeza de alma del superhombre... Tal vez, las dos cosas...
¡Quién sabe!...

VI

Habíasele hecho indispensable la compañía de aquella mujerzuela, que sólo esto era y esto siguió siendo a pesar de la sanción

matrimonial y de que el espectro famélico no alucinaba ya los sueños de la, hoy, esposa del acaudalado hombre de negocios. Este habituóse pronto, después de la primera claudicación, a pasar por alto los deslices sucesivos, que no fueron pocos. La necesitaba en la casa y creía que el hecho de arrojarle a ella del hogar anormal que entre ambos habían formado era un acto también anormal y, para él, posiblemente inaguantable. Quizá, a su manera, se habituó a la vida fácil y semihonesta y al trato burlesco, pero disfrazado de hipócrita respeto de los fámulos y de los proveedores. Nada tenía importancia para él, pensaba Ataulfo mientras tanto. Si soberanos y príncipes, hombres de egregia categoría social o mental, genios de la Historia, del arte y de las letras, como Luis XVI y Carlos IV, Napoleón y Víctor Hugo, entre tantos y tantos, “lo” habían sido, ¿por qué él debería sentirse vejado con la afrenta clásica? Una testa como la suya parecía reclamar, por derecho propio, una complementación como la del buey Apis. En su actitud no existía ni un átomo de cinismo, sino una conformidad cifrada en el clímax de su amargura. Acabó por no enterarse de nada o por no querer enterarse y ella, por su parte, parecía asimismo fatigada de sus veleidades. El tiempo, ese gran cirujano de las almas, iba haciendo su labor cauterizadora.

Y, de pronto, surgió ante la conciencia de Ataulfo otro motivo de índole primordialmente sentimental. ¡Iba a ser padre!

¡Padre! . . . Cuando ella le dio cuenta del trascendental “evento”, procuró convencerlo, jurando por todos los santos, vírgenes y mártires de la corte celestial, que el hijo era legítimo, archilegítimo, ciento por ciento puro; de él “y de nadie más”. ¡Si lo sabría ella! Desde hacía muchos meses—alegaba—no le había vuelto a “faltar al respeto”. El hijo era de Ataulfo, de Ataulfo, de Ataulfo, repetía con saña, cual si quisiera machacarlo tenaz y rotundamente en la conciencia del escéptico marido.

Durante los meses de gestación, “Cabeza-Buque” vivió insospechadas emociones, olvidado de sus infortunios, con el espíritu iluminado por dentro y limpia su conciencia como frotada con pan eucarístico. Por primera vez se sintió íntegramente bueno y feliz.

¡Un hijo! ¿Imagináis lo que es esto, vosotros a quienes aún no os ha sido otorgada esa entronización incomparable del hombre? ¡Un hijo! ¿Cuándo hubiera podido esperar el paria triste, ni siquiera sospechar semejante bienandanza? Como D’Annunzio lo había expresado magistralmente en uno de sus bellos cuentos: “Figuraos que al final de una vara seca y muerta crece una rosa fragante” . . . Iba a ser padre: lo más noble, lo más sublime, lo

más solemne, lo más importante en la vida de los humanos. Y contemplaba la creciente redondez que marcaba la vida en germen, con éxtasis arrobador empapado en mística ternura.

De vez en cuando, claro está, la mala idea de que el vástago no fuera suyo desfloraba su imaginación; pero en el acto la desechaba resueltamente. Después de todo, hasta cierto punto ningún hombre puede jactarse de conocer ciertas cosas ni convienen las averiguaciones para la quietud del orden social establecido. Un día, quizá no muy lejano, la ciencia médica nos dirá que el problema de la investigación paternal ha quedado resuelto; mientras esto llega, hay que pensar en que la moral tiene sus exigencias y, por lo tanto, llenarse de sabia confianza y esperar, o—como lo hacía Ataulfo—acomodar sus dudas a una pertinente conclusión filosófica:

—Y, después de todo, ¿qué más da?

Ante la Sociedad, con mayúscula, aquel hijo que iba a nacer, y al que en el juzgado municipal decoraría con su vulgarísimo apellido, era suyo, total e integralmente suyo. Si alguien intentaba sospechar, ¡allá él! Como reza el lema de la Jarretera: “Honni soit qui mal y pense”...

Cuando el esperado heredero vino al mundo, el novel padre pudo convencerse con desgarrante dolor de que no hubo fraude. Todas las dudas quedaban rotundamente disipadas. El hijo era suyo, tan suyo que semejaba una reproducción exacta, en tamaño reducido, de su progenitor... Pequeñajo, poquita cosa, con ganas de vivir y... con una cabeza enorme, mayor que el resto de su cuerpecillo fofo. Un “Cabeza-Buque” de bolsillo, pensarían sus conocidos.

Allá estaba, en el “moisés” adornado con prolijos lazos azules, el pequeño monstruo, a quien el padre, estupefacto, no se atrevía a besar y del que no podía apartar la vista, atónita. Y la madre, feliz, encantada en el despertar brusco de su instinto de creadora, acarició una mano del alelado esposo y le preguntó:

—Es igual que tú... ¿No lo besas?

Entonces, él hizo lo mismo que su propio padre había hecho muchos años antes: retrocedió angustiado y, señalando la temblorosa cabezota, exclamó:

—Pero... “eso”... mujer. ¿No ves “eso”?

Y la madre respondió, plácida, con la misma frase tan oída por él, cuando era niño:

—¡Bah! ¡Eso! Cuando crezca se arreglará... Casi todos los niños nacen así, y luego...

¡Ay! Sabía muy bien por su propia experiencia, que aquello no se arreglaría jamás; que aquel ser a quien hubiera querido dar todo su corazón, sería siempre, siempre, un desventurado como él, sin remisión alguna, sin salvación posible; que arrastraría una vida amarga, misérrima, de angustia interminable, de horrenda, infinita desesperación.

Todo cuanto hasta la fecha sufriera Ataulfo parecíale insignificante al lado de lo que en estos momentos malvados le tocaba padecer, mientras contemplaba con el mayor de los espantos a su fenomenal retoño.

Allí estaba “Cabeza-Buque, número 2”... Y, después, seguirían probablemente, el número 3 y el número 4 y, quién sabe si todo un ejército de míseros y horrendos cabezones como en una grotesca procesión de aquellarre carnavalino. No, esto no podía ser; no debía ser... Dios no lo permitiría...

Los domésticos, los escasos visitantes que contemplaron al niño, sin malicia alguna, desde luego, porque nunca puede haber sarcasmo en la contemplación de una cosa tan desvalida, tan indefensa como un recién nacido, hicieron el mismo comentario:

—Es el retrato de su padre...

¿No hubiera valido más que su cónyuge le mintiera un hijo adulterino, pero normal? Todo, todo antes que esta cosa increíble. Esto que no podía ni debía ser... El tenía la obligación de evitar que la monstruosidad prosperase, dando a aquel hijo, tan igual, lo mejor de sí mismo... Que el niño no sufriera nunca como el sin ventura que lo engendró... Dios no lo permitiría. ¡Jamás!

* * *

Cierta noche, alucinante de silencio y de calma, cuando todos dormían en la casa, tomó el pequeño engendro, tan adorado en esta hora suprema, separándolo cuidadosamente de junto al pecho de la madre, entregada al profundo sueño de las parturientas... Besó a su hijo, con ternura infinita una vez y otra... Después, siempre con él en los brazos, bien oprimido contra su corazón como el mejor tesoro, abandonó sigiloso el departamento.

Salió a la escalera y comenzó a subir con lentitud... Ascendía, ascendía apretando su preciosa carga que respiraba con regularidad en su profundo sopor de lactante. Ascendía las gradas; atrás quedaban los tramos y los descansillos. La oscuridad era absoluta, pero el ascenso era tan sereno que no permitía titubeos, como si subiera al cielo. Instintivamente iba contando: primer piso, segundo piso, tercero, cuarto, quinto...

Después: una terraza amplia, abierta a las negruras de la noche, limitada por una muy poco elevada barda de cemento.

“Cabeza-Buque”, mordiéndolo sus últimos sollozos, permaneció unos instantes de pie sobre el remate del antepecho. El niño, despierto por el frío, lanzó un gemido. El padre lo besó con ansia... En seguida se precipitó en el vacío.

Sonaron casi simultáneamente dos brutales impactos sordos, como de sacos desfondados, cuyo ruido no podrán olvidar ya quienes los escucharon. Y, luego, saltando de los dos montones de carne aplastada—uno grande y otro pequeño—que reventaron sobre el empedrado, crecientes chafarrinones rojos, brillantados por la luz espectral, se resolvían en hilos negruzcos que se entremezclaban...

REFLEXIONES SOBRE EL "TEATRO POPULAR"

Por André Moreau.

"El Teatro es uno de los más expresivos y útiles instrumentos para la edificación de un país, y el barómetro que marca su grandeza o su descenso. Un Teatro sensible y bien orientado en todas sus ramas, desde la tragedia al vodevil, puede cambiar en pocos años la sensibilidad del pueblo, y un teatro destrozado, donde las pezuñas sustituyen a las alas, puede achabacinar y adormecer una nación entera. El Teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre, donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre".

Federico García Lorca ("Charlas sobre el Teatro").

Esas pocas palabras de F. G. L. resumen exactamente lo que yo pienso del Teatro. El Teatro es un arte que debe ser entendido por todos. Sería un error creer que el Teatro está hecho para un número reducido de espectadores, para una élite seleccionada, o entonces esto sería un Teatro de laboratorio, unas comedias de salón, en resumen Teatro que no sirve para nada, porque el Teatro está hecho para el público en general y es preferible para nuestro arte mil espectadores a un colón que cien a diez colones. El arte está muy cerca del pueblo y los griegos que representaban sus obras delante de miles de espectadores lo sabían muy bien. Hace 50 años un teatro de buen gusto contaba con un número reducido de espectadores, pero ahora en casi todos los países se ha creado lo que se llama "EL TEATRO POPULAR", que responde a esa necesidad que tiene el público. Es un fenómeno de estrellamiento: el teatro ahogándose en sus límites muy estrechos se escurre de ese público seleccionado hacia el gran público, el público popular. El Teatro había llegado a un punto donde se secaba, tenía necesidad de un nuevo contacto, el contacto con un público nuevo, sin prejuicios, sin principios estéticos.

¿Pero qué se entiende por “TEATRO POPULAR”? La mayoría comunmente se equivoca sobre el sentido estricto de la palabra y se cree que popular quiere decir vulgar. El Teatro Popular es un teatro que se dirige al pueblo pero sin dejar de ser noble. Tiene por fin de “concurrir a la educación del público ofreciéndole a precio reducido unos espectáculos de calidad”. Sería un error pensar que al público, el gran público, yo diría la masa, si esta palabra no se comprendiera a veces en un sentido despectivo, le gusta nada más las obras vulgares. Al contrario, al pueblo le gusta la grandeza y no es presentándole unos espectáculos que se dicen populares, muchas veces de calidad media, representado por actores mediocres como se le puede satisfacer y darle afición para el teatro. Pequeños burgueses, empleados, artesanos u obreros y aprendices, estudiantes y colegiales, están todos aquí pidiendo un teatro que les hable, tienen una sed de Teatro, una sed de cultura, y si no se les da lo que ellos esperan, lo que ellos sienten confusamente, se van al cinema o a los cafés.

Esto nos hace referirnos a las obras que se deben dar a ese público, el más difícil de todos. Yo no creo, por mi parte, que se debe escribir especialmente para el pueblo, porque ¿cuáles son los autores que se podrían comparar, que podrían igualar o sencillamente que quisieran competir con los autores de quienes voy a hablar?

Los grandes autores griegos o latinos hablan directamente y estoy seguro que Sófocles, Eurípides, Esquilo, Aristófanes, Séneca, Plauto o Terencio están muy cerca del gran público. He tenido la oportunidad de representar o ver representar unas obras como Edipo-Rey, Electra, Los Persas, Las Aves, Lisístrata, Medea, Los Menecmos, los hermanos, (que sirvió de ejemplo a Molière para escribir “La Escuela de los Maridos”) delante de 6.000 espectadores. El público estaba muy atento y gozaba del espectáculo a tal punto que era muy emocionante para los actores que actuaban delante de estos espectadores. Lo mismo que la gran música conmueve al pueblo, lo mismo las grandes obras le emocionan hasta un punto que es difícil de encontrar en un público que se dice “de choix”, es decir escogido o seleccionado. No quiero decir por eso que se debe representar en un teatro popular únicamente las obras de estos autores antiguos, pero Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Shakespeare, Corneille, Racine, Molière, **Goldoni**, etc... sin olvidar los misterios y las farsas de la Edad Media, son igualmente entendidos por el gran público. Qué más

divertidos que los entremeses de Cervantes que sea “EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS” o “LOS HABLADORES”; qué tiene más fuerza dramática que “Fuente Ovejuna”, más gracia que “La dama boba”, qué es más bello y más grande que “El Gran Teatro del Mundo” o “La devoción de la Cruz”, más lírico que “Romeo y Julieta”, más hondamente trágico que “Hamlet”, sin hablar de “Coriolano”, qué de más fantástico que “El Sueño de una noche de verano” o “La Tempestad”, de más trágico y lleno de amor que “El Cid” o “Cinna”, de más fuerte y cruel que “Británico”, de más deliciosamente trágico que “Berenice” (esta tragedia de Racine es la única donde no hay muerte), de más llena de furor amoroso que “Fedra” o “Andrómaca”, de más magistral comedia que “El Misántropo” o “El Tartufo”, de más burla de la Sociedad del Siglo XVIII que “El Burgués ennoblecido” o “Las Preciosas Ridículas”, de más maravilloso y cómico que “La Princesa de Elides” o “Anfitrión”, de más bufón que “El Celoso Farfullero” o “El Médico a la Fuerza” sin hablar del Don Juan que va de Tirso de Molina hasta Zorrilla pasando por Molière, de más ligero, sutil y elegante que “Arlequín servidor de su Amo” o “La Posadera”, qué de más ingenuo y rústico que el “Auto de Adán”, o de más chistoso que la “Farsa de maese Patelin”. Más cerca de nosotros están “Los Románticos” y el “Fausto” de Goethe o “Hernani” y “Ruy Blas” de Víctor Hugo. Se hallan igualmente al alcance del gran público lo mismo que “María Estuardo” o “Los bandidos” de Schiller, “Las bodas de Fígaro” de Beaumarchais, “El príncipe de Hombourg” de Heinrich von Kleist, “El Inspector” de Gogol, “Lorenzaccio” de Alfred de Musset; “La muerte de Dantón” de Georg Büchner, “La dama de las camelias” de Alejandro Dumas h., “Peer Gynt” de Ibsen, “Madame Sans-Gené” o “La Tosca”, de Sardou, “El viaje de Pedro el Afortunado” o “La señorita Julia” de Strindberg, “La Arlesiana” de Alfonso Daudet, “Santa Juana” de Bernard Shaw, “El Jardín de los cerezos” o “Tres hermanas” de Chejov, “Los intereses creados” o “La Malquerida” de Benavente, “El Abanico de Lady Windermere” de Oscar Wilde, “Cyrano de Bergerac” de Ed. Rostand, “Amoríos” de Schnitzler, “El pájaro azul” y “Pelleas y Melisanda” de Maeterlinck, “La Anunciación a María” y “Juana en la Hoguera” de Paul Claudel, “El Martirio de San Sebastián” de Gabriel d’Annunzio y Claude Debussy, “Seis personajes en busca de Autor” de Pirandello, “La luz resplandece en las tinieblas” o “Ana Karenina” de Tolstoi, “Bajos fondos” de Gorki, “El Dibbuk”, de Anski, “Romance” de Edward Sheldon, “El emperador Jones” de

O'Neill, "Un espíritu burlón" o "La vida manda" de Noel Coward, "Ondina" o "La guerra de Troya no tendrá lugar" de Giraudoux, "Bodas de Sangre" o "Yerma" de Federico García Lorca, "Madre Coraje" o "La Opera de tres centavos" de Bertolt Brecht, "Antígona" o "La Alondra" de Anouilh, "Así en la tierra como en el cielo" de Fritz Hochwälder, "El Diálogo de las Carmelitas" de Bernanos, "Las Moscas" o "Manos sucias" de Sartre, "Calígula" de Albert Camus, "Sheherazade" o "La bella durmiente" de Jules Supervielle, etc. . . Estas obras son las que debemos ofrecer al gran público. Este Teatro se dirige al pueblo, él lo vive, él lo siente y lo mismo que se queda serio y respetuoso delante de los grandes dramas de la historia o de la imaginación lo mismo el público popular se ríe de todo corazón y sin ningún pensamiento falso, sin que esto le dé vergüenza, de las farsas o de las comedias alegres o cómicas. No tiene miedo de llorar si tiene ganas de llorar, de sonarse fuerte para esconder sus lágrimas y no llevar a sus ojos un fino pañuelo de encaje para impedir al rimmel escurrirse. No tiene vergüenza de darse largos manazos en los muslos y de reír a carajadas escuchando las peripecias de los cómicos, sea de Arlequín o de Sganarelle, sin tapar su sonrisa indulgente detrás del abanico de su mano adornada de diamantes. . . El público, el gran público es, sin duda alguna, el verdadero público, por lo cual los actores que son artistas en el alma gustan y quieren actuar. Ese público, a veces, toma parte, habla a los actores. Yo he vivido eso muchas veces. En una obra que representé y que se llama "Une Affaire d'or" (es decir "Un negocio de oro"), yo hacía el personaje de un hombre de negocios, importante, muy rico, y muy desagradable. En un momento de la obra decía a mi hijo, un niño de 7 años, que le prohibía jugar con los niños de la calle. En este momento una mujer que estaba en la sala se levantó en medio de los espectadores y me gritó "¿Crees tú que mi hijo no vale lo que el tuyo?" Ciertamente esa mujer tenía razón, ¿pero con cuál intensidad debía ella seguir la obra para tener esa reacción? Me acuerdo de las grandes representaciones al aire libre en Francia, que sea en Orange, Carcasona o Avignon, donde miles de espectadores vibraban a los clamores de Camila o del Viejo Horacio, donde Mounet-Sully, el más grande actor trágico de ese siglo, imponía silencio a una multitud de más de 5.000 espectadores, en ese inmenso teatro de Orange, cuando él parecía coronado de gloria y transfigurado por su papel, sea que interpretara Edipo u Orestes, Roderigo o Antiochus. Y tan hablador que es uno en el sur de Francia y antes de la función,

sentado en las gradas del anfiteatro, le gusta charlar, contar historietas, pero le gusta también el buen Teatro, los espectáculos de arte puro. Y desde la primera palabra pronunciada en la escena, se podía escuchar volar una mosca en ese magnífico teatro romano que tenía nada más como techo el cielo y las estrellas. Toda esa gente estaba colgada de los labios del actor y sentía profundamente en ella la belleza del verbo. El pueblo está muy cerca de la tragedia. Vibra con esos grandes sentimientos que están, quizás más cerca de él que de una cierta élite, porque los grandes sentimientos tienen siempre una grande simplicidad y nobleza, y el pueblo es simple y noble. Es por eso por lo que se necesita darle bellos espectáculos, espectáculos que le atraigan, porque como dice la fórmula del Teatro Nacional Popular: “para hacer un Teatro Popular, no se debe esperar que el público venga al teatro, tócale al Teatro ir él mismo hacia el público”.

DESCUBRIENDO IDEAS

Por el Lic. Alberto W. Stahel.

PROGRAMA DE TELEVISION

“LA UNIVERSIDAD LLEGA A SU HOGAR”

PERSONAJES:

Dr. Mariano García Villas,
Lic. Alberto W. Stahel,
José Humberto Velásquez (Chepe),
Voz anónima.

Después de la presentación, el Dr. Mariano García Villas dice:

MGV:—Usted ha puesto a esta emisión el título: “Descubriendo ideas”. Creía que iba a hablarnos de moral.

S.:—Sht. No cite la palabra. Se nos corre la gente. Le han hecho creer que la moral es aburrida. Deje que se convenzan, sin darse cuenta, que la moral no es otra cosa que la ciencia alegre de descubrir ideas. Ciencia alegre—la gaya sciienza, como dijo un pensador.

MGV:—¿Dónde quiere usted que descubramos ideas?

S.:—Pues allí donde están. Cada uno en sí mismo.

MGV:—Pero si son nuestras propias ideas, ya las conocemos. No podemos descubrirlas.

S.:—Las tenemos. Pero no las conocemos bien. Exactamente como América estaba siempre en el mundo, pero no se conocía hasta que Cristóbal Colón la descubrió. Cada uno de nosotros puede ser un Cristóbal Colón en el mundo de las ideas.

MGV:—¿En el mundo de las ideas? Entonces se trata de filosofar. Pero para eso necesita uno haber estudiado.

S.:—No. Se necesita exactamente lo mismo que Cristóbal Co-

lón: valor para navegar en la nave del pensamiento, orientados por la brújula de la razón, hacia el continente de ideas que queremos descubrir. Todos pensamos, todos tenemos el uso de la razón, todos tenemos ideas desconocidas o mal conocidas; con suficiente valor para enfrentarse con el océano de los prejuicios, cualquiera puede ir de aventurero a conocerlas. Es una de las pocas aventuras que en el mundo de hoy quedan al alcance de todos. Mire allí por la ventana, la cantina de enfrente. Aquel señor que está bebiendo allí lo puede hacer. ¿Cree que no le han hablado de la templanza? Tiene esta idea en la mente; pero sigue bebiendo. En realidad no ha descubierto todavía lo que es la templanza. ¿Qué le parecería que lo llamáramos para ver qué se representa él cuando se le habla de templanza y por qué pasa allí bebiendo?

MGV:—Mejor no. Quién sabe si está en condiciones todavía para presentarse en un programa de televisión y contestar preguntas. Me temo que eso no sea factible.

(La cámara enfoca al Br. José Humberto Velásquez).

JHV:—¿Están hablando de este señor que está bebiendo allí enfrente? Lo conozco muy bien. Se llama Chepe. Sé las ideas que se hace él acerca de la bebida y de la templanza. Si no tienen nada que objetar, yo voy a contestar por él.

S.:—Encantados. Entonces usted representará a Chepe el bebedor.

JHV:—Muy bien. Pero necesito a alguien que haga el papel de la Tentación, de los amigos que le hacen a uno beber. ¡Oiga usted! (Llamando hacia los bastidores). Usted será el amigo tentador, ¿entendido?

VOZ (entre bastidores): Entendido.

JHV:—¡Y comience la función!

S.:—Se trata pues de descubrir el valor de la templanza.

La cámara enfoca una mesa de bar donde está sentado Chepe, con un vaso y una botella.

CHEPE: ¡El valor de la templanza! ¡Qué tonterías son ésas! ¡Palabras! ¡Trucos para hacer creer a la gente que es malo beber! ¿Y quién dice que es malo? No se lo he preguntado a nadie y nadie tiene derecho de decirme nada. Soy muy libre y muy hombre y bebo cuando me da la gana, y cuando no me da la gana, dejo de beber.

S.:—Entonces usted no cree en el valor de la templanza.

CHEPE:—Yo no creo en el valor de nada. Ni templanza, ni fidelidad, ni veracidad, ni justicia, ni nada. Son puras maneras de hablar para que uno de tonto se las crea y deje de hacer lo que le da la gana. Pero yo no soy tonto y usted no me hará que deje la copa si la copa me gusta.

S.:—¿Usted no cree en el valor de nada?

CHEPE:—No.

S.:—Encantado. Enséñeme un billete de a diez colones.

CHEPE:—Aquí, mire.

S.:—Regálemelo.

CHEPE:—¿Se ha vuelto usted loco? Ni siquiera lo conozco.

S.:—¿Y por qué no me quiere regalar los diez colones?

CHEPE:—¡Diez colones! ¿Se imagina lo que significan diez colones?

S.:—¡Si no son nada! Usted acaba de decir que no cree en el valor de nada. ¿Entonces por qué molestarse por unos diez colones?

CHEPE:—Usted quiere tomarme el pelo, señor. Estamos hablando de lo que usted quiere llamar “valores morales” y usted se cree muy listo al desviar la conversación sobre el valor del dinero. ¡Si de esto nadie discute! El valor del dinero es evidente. Con este billete de a diez colones usted va al almacén y compra lo que quiere.

S.:—A usted le parece que el valor de este billete es evidente porque puede ir a la tienda a cambiarlo por otra cosa. Pero imagínese que usted deja tirado este billete en medio de las selvas del Africa. Si pasa por allí un negro que nunca ha visto un billete de banco, ¿qué hará?

CHEPE:—Lo dejará donde está.

S.:—O lo usará para encender el fuego. El valor del dinero no parece pues tan evidente como usted cree.

CHEPE:—Es que este valor es una mera convención social. Nosotros hemos convenido que un pedazo de papel rectangular de determinado dibujo impreso tendrá el valor de diez colones. Y si el negrito viviera entre nosotros, él lo aceptaría así como nosotros.

S.:—Entonces uno puede ignorar un valor y también puede aprender a conocerlo.

CHEPE:—Seguramente.

S.:—Es decir que el hecho de que nuestro negrito ignora el valor de este billete no significa que este billete carezca de valor. Con el conocimiento de los valores pasa pues exactamente lo mismo que con cualquier otro conocimiento. Nuestro negrito no ha oído hablar de la teoría de Copérnico. Para él es evidente que el Sol da vuelta a la Tierra. Pero para nosotros, su ignorancia no es ninguna prueba en contra de la teoría de que la Tierra da vuelta al Sol. Asimismo, el hecho de que alguien ignore un valor no puede ser nunca una prueba de que este valor no exista.

CHEPE:—Queda que el valor de este billete no es nada absoluto sino una mera convención social que pierde su validez fuera de nuestra civilización.

S.:—¿Pero qué significa para usted este billete?

CHEPE:—Ya se lo dije. Puedo ir a la tienda y comprar lo que quiero. Algo de comer, un juguete para mis hijos, una medicina que necesita mi mujer. ¿No sirve para esto el dinero?

S.:—Entonces nuestro negrito no puede comprarse nada.

CHEPE:—Pues él hará otra cosa. Quiere comprar una vaca y da dos cabras en cambio.

S.:—Quiere decir que él les reconoce también un valor a las cosas puesto que para él una vaca vale dos cabras. Cada cosa representa para él un valor económico.

CHEPE:—Claro que es así. El reconoce el valor de las cosas, pero no el valor del dinero.

S.:—Pero el dinero es una cosa también. Nuestro campesino vende algunas cabras y le dan dinero en cambio. Con este dinero va y se compra una vaca. El dinero no es más que una contraseña que representa simbólicamente el valor de las cosas. Pero el valor económico de las cosas lo conoce el negrito del Africa como lo conoce usted, ¿no es así?

CHEPE:—Cómo no.

S.:—Entonces, lo que él ignora no es el valor económico en sí, sino meramente una forma convencional de expresar este valor. De hecho, ¿cómo podría nuestro negrito aprender cuál es el valor de este billete si no tuviera previamente un concepto del valor de las cosas como tal?

CHEPE:—Eso me parece evidente.

S.:—Hemos llegado pues a reconocer que el valor económico en sí no es convencional sino algo que cualquier hombre conoce.

Lo que es convencional es meramente el valor de esta y aquella cosa.

CHEPE:—Pero usted me sigue hablando de cuestiones económicas. Estábamos tratando de valores morales y allí la cosa es muy distinta porque se trata de meras ideas, no del valor que tienen las cosas. No trate de confundirme con analogías falaces.

S.:—No se trata de confundir a nadie, solamente de aclarar algunos conceptos. Cuando se habla de valores morales, es fácil embrollarse en una serie de prejuicios porque en cuestiones morales cada cual tiene sus resentimientos que tienden a obnubilarle el claro juicio. Cuando se trata de templanza, por ejemplo, el intemperante se enoja porque cree que con esta palabra lo queremos domar; y el temperante se irrita porque el otro no quiere creerle las ventajas de la templanza. En esta situación ni uno ni otro pueden pensar claramente. Dediquemos pues mejor otro momentito más a los valores económicos hasta sacar todos los conceptos bien claro. Después le dejaré a usted entera libertad para refutarme en caso que mi argumentación fuere realmente falaz.

CHEPE:—Siga, pues. Pero no crea que le aceptaré todo así no más. Usted no me ha demostrado en absoluto que es mejor ser temperante que beber. Muchos necesitan beber. No olvide que ha habido grandes artistas que necesitaban el alcohol para crear sus obras inmortales. ¿Les va a decir usted que no deberían de haber bebido?

S.:—Por de pronto no les voy a decir nada. Ahora déme su billete; se lo cambio por uno de a cinco.

CHEPE:—Por dos de a cinco, quiere decir.

S.:—No, por uno de a cinco.

CHEPE:—¡Bonito negocio! ¿Por quién me toma?

S.:—¿Y por qué no me lo quiere cambiar?

CHEPE:—¿Cree usted que yo soy tan tonto como para ignorar que un billete de a diez colones vale más que uno de a cinco?

S.:—¿Entonces hay cosas que valen más y cosas que valen menos?

CHEPE:—Claro, esto es evidente... dentro del campo estrictamente económico, por supuesto.

S.:—¿Y cómo sabe usted que un billete de diez vale más que uno de a cinco?

CHEPE:—¡Qué pregunta! Si por uno de a diez me dan el doble de lo que me dan por uno de a cinco! ¿Necesita eso tanta discusión?

S.:—Entonces usted tiene un criterio objetivo para conocer el valor de una cosa. Usted observa cuánto le dan en cambio y de allí deduce su valor.

CHEPE:—Sí, pero eso en lo estrictamente económico.

S.:—Mire, yo le ofrezco mi amistad si usted deja de beber.

CHEPE:—Usted sigue con sus negociazos a la diablo. ¡Qué me importa su amistad! ¿Es usted ministro o diputado? ¿Qué puede usted hacer por mí? No, señor, su amistad no vale tanto como para sacrificar mi pacha. ¡Qué se ha imaginado, presumido!

S.:—¿He oído bien? Usted sabe pues lo que vale mi amistad y lo que vale su hábito de beber, ¿no es así?

CHEPE:—Bueno, no le diré que tenga un criterio exacto de ello. No lo conozco a usted y no sé qué podría significar su amistad para mí. Pero esto sí lo sé, que por su amistad no dejaré la botella.

S.:—¿Es ésta una cuestión económica?

CHEPE:—No. Claro que no.

S.:—Luego también fuera del campo estrictamente económico, usted sabe que unas cosas valen más que otras. Su botella vale más que mi amistad. Usted reconoce que se pueden distinguir valores superiores y valores inferiores también en otros dominios. A usted no le gusta que lo despierten a las tres de la madrugada, ¿verdad?

CHEPE:—No le aconsejo que lo intente.

S.:—Y si su hijo se está muriendo a las tres de la madrugada y hay que ir a la farmacia, ¿no iría?

CHEPE:—Ah, pero eso es otra cosa.

S.:—Entonces la vida de su hijo vale más que su descanso. ¿No es verdad?

CHEPE:—Eso es lógico. El descanso puede reponerse, pero la vida de mi hijo no tiene repuesto.

S.:—Ya ve. También en este campo usted tiene un criterio objetivo para saber cuál es el valor más alto.

CHEPE:—Concedido. Concedido. Pero ahora déjese de rodeos con cuestiones que a nadie importan y solamente embrollan las cosas. Usted estaba hablando de la templanza. Usted quiere con-

vencerme de que deje de beber. Bueno, enseñe su arte. Lo estoy esperando. ¡A ver quién gana!

S.:—¿Y quién está embrollando las cosas? Yo estaba hablando aquí tranquilamente con mi amigo sobre cuestiones de ética y usted trata de convertir la conversación en una lucha. Yo no pretendo convencerlo de nada. Al contrario, usted pretende ahora demostrarme que es más inteligente y que me puede ganar en la discusión. He aquí cabalmente la dificultad en toda discusión relativa a conceptos morales: cada uno tiene sus prejuicios y tiende a desviar la discusión hacia sus ideas preconcebidas. ¿Por qué me quiere demostrar usted ahora que es más inteligente que yo?

CHEPE:—Porque lo mismo lo hace usted. Cuando le hablan a uno de templanza, es cuestión siempre de demostrar que es tonto beber. Le dicen a uno: “¿Qué no ves que estás despilfarrando tu dinero? Si fueras inteligente, con este mismo dinero te comprarías una casa. ¿Qué no ves que al día siguiente estás de goma y no haces nada que valga? Hace tiempo que tendrías un trabajo mucho mejor si no fueras tan tonto”. A esto se reduce todo: hacer que uno se sienta tonto. Ahora quiero ver quién de nosotros tiene la razón, usted o yo. ¿Por qué quiere usted que yo deje de beber?

S.:—Ya le digo que yo no quiero nada. Supongo que usted tendrá excelentes razones para dedicarse a la bebida y quisiera invitarlo a que me dijera esas razones. ¿Por qué bebe usted?

CHEPE:—¿Y por qué no bebería? ¿No soy libre? ¿Tiene alguien que decirme algo?

S.:—Entonces bebe usted para demostrar que es libre y que nadie tiene que decirle nada. Yo creía que porque le gustaba la pacha.

CHEPE:—Sí, claro que me gusta. Y me la tomo porque yo hago lo que me gusta aunque no les guste a los demás.

(Voz de entre los bastidores).

VOZ:—¡Eh! Chepe, vení, tomate otro trago.

CHEPE:—No, no quiero. ¿Qué no ves que estoy discutiendo con el señor.

VOZ:—¿Y porque te dice que es malo beber, no te atreves? ¿Qué sos niño para que te den lecciones? Vení, demostráله que sos hombre y que sus cuestiones no te importan.

CHEPE:—Perdóneme un momento.

(Regresa luego, limpiándose la boca).

S.:—Yo creía que usted hacía lo que quería. Usted no quería tomar ahora. Pero ellos hicieron que tomara, en contra de su voluntad expresa.

CHEPE:—¿Y podía dejar acaso que me consideraran como niño? Tenía que demostrarles que era hombre.

S.:—Entonces usted no bebe siempre porque le da la gana y porque es muy libre y nadie tiene que decirle nada. A veces usted bebe contra su gana y porque le están diciendo algo. ¿No es así?

CHEPE:—Sí, pero aquí no se trataba de beber o no beber. Estaban poniendo en tela de juicio mi hombría y tenía que defenderme.

S.:—No importa. El hecho es que usted no bebe siempre por su libre voluntad. A veces bebe, aunque no quiera, para defenderse de una sospecha, para demostrar que es muy hombre y no le tiene miedo a la copa.

CHEPE:—¿Y debería uno dejar que digan de uno que no es hombre?

S.:—¿De quién depende su hombría de usted? ¿De usted mismo o de ellos?

CHEPE:—De mí, desde luego.

S.:—Si su hombría depende de usted, ¿qué le puede hacer que digan cosas? Déjelos que digan.

CHEPE:—Pero uno no puede dejar que digan de uno cualquier cosa. Yo tengo mi honor y lo defiendo.

S.:—Entonces usted bebe por su honor.

CHEPE:—Sí.

S.:—Y bebe para demostrar que es muy hombre y muy libre.

CHEPE:—Así es.

S.:—Su libertad, su hombría y su honor le importan.

CHEPE:—¿Cómo no me van a importar?

S.:—Pero lo que le importa a uno, son las cosas que valen, son los valores, la libertad, la hombría y el honor son sus valores, los valores que usted defiende.

CHEPE:—De acuerdo.

S.:—Pero estos valores no me parecen siempre muy acordes entre sí. Cuando lo llamaron a beber contra su voluntad, usted sacrificó su libertad para demostrar su hombría y su honor.

CHEPE:—Se me hace que usted me quiere meter en un lío.

S.:—Contésteme.

CHEPE:—Así fue en este caso, pero no sé si siempre sería lo mismo.

S.:—No le hace. En este caso usted reconoció que la hombría y el honor tenían para usted un valor superior al de la libertad. Luego será usted capaz—aunque no sea más que ocasionalmente—de sacrificar su preciada libertad en aras de un valor superior.

CHEPE:—Pero eso será más bien raro. Yo quiero mi libertad y no la abandono así no más.

S.:—Menos raro que lo que usted piensa. Tome su botella y tírela con toda su fuerza a aquel espejo.

CHEPE:—Usted se ha vuelto loco.

S.:—¿Y por qué no lo hace? ¿No es libre de hacerlo?

CHEPE:—Sí, soy libre, pero no quiero.

S.:—¿Nunca le ha dado ganas de hacerlo?

CHEPE:—A veces sí.

S.:—¿Y por qué no lo ha hecho si le daba ganas?

CHEPE:—¿Para qué? ¿Soy yo un Rockefeller que puede gastar el pisto sin contarle? No, no tengo ganas de pagarle otro espejo al cantinero.

S.:—Entonces usted sacrifica su libertad a sus intereses económicos. Y cuando, antes de cruzar la calle, usted espera en la esquina a que el policía le dé la señal de pasar, está sacrificando su libertad a su instinto de conservación porque es muy libre de cruzar la calle en el momento en que le dé la gana aunque sea para matarse. A usted no le gusta levantarse de mañana para ir a su trabajo, pero lo hace. No le gusta tener que pagar su comida, pero no hace uso de su libertad de no comer. No le gusta amanecer de goma, pero no puede evitarlo, a pesar de su tan preciada libertad.

CHEPE:—Ya lo veía venir. En eso tenía que parar. Pero no tendrá mi pellejo tan fácilmente. Le diré que quien es hombre debe saber soportar las consecuencias de sus actos y en esto ve usted que soy muy libre y muy hombre porque a sabiendas de

cómo me voy a sentir mañana, decido libremente tomar mi licor sin dejarme atemorizar por las consecuencias con las que tendré que cargar.

S.:—¿Y si sus compañeros de trabajo dicen: “Mírenlo que está de goma”?

CHEPE:—¿Y qué me importa lo que dicen los compañeros? ¿Dependo yo de ellos? ¿Tengo que oír sus consejos?

VOZ (entre bastidores):—Chepe, no seás aburrido. Vení, tomáte otro.

CHEPE:—No, ahora no.

VOZ:—¿Ya te ha convencido el tipo? ¿Ya no te atrevés a tomar? ¡Qué ligero te acobardás!

CHEPE:—Dispense un momento.

S.:—No, espere. Repítame primero lo que acaba de decir.

CHEPE:—¿Qué acabo de decir?

S.:—“¿Y qué me importa lo que dicen los compañeros? ¿Dependo yo de ellos? ¿Tengo que oír sus consejos? ¿No dijo eso?”

CHEPE:—Sí. ¿Y qué tiene?

S.:—¿Qué le importa a usted lo que dicen estos compañeros aquí? ¿Depende usted de ellos? ¿Tiene que oír sus consejos? ¿Por qué les hace caso?

CHEPE:—Pero si esto es muy distinto.

VOZ:—¡Chepe!

CHEPE:—Dispense. Ya regreso.

Regresa luego limpiándose la boca.

S.:—¿Por qué es esto muy distinto?

CHEPE:—Los compañeros de aquí son hombres. No se dejan de nadie. Saben pelear por su derecho. Los de la oficina se agachan cuando el jefe les echa la “loga” y no dicen nada. ¡Qué les voy a hacer caso yo!

S.:—Entonces a éstos les hace caso usted porque los respeta. Usted defiende su libertad frente a las personas que le parecen despreciables, pero la sacrifica a las que le merecen respeto, ¿no es así?

CHEPE:—Yo no diría que se la sacrifico puesto que sigo su ejemplo libre y espontáneamente.

S.:—Llámelo usted como quiera. El hecho es que cuando le

dicen algo, hace usted lo que ellos quieren aun cuando no lo quiere usted. En cambio, con sus compañeros de trabajo no actúa usted así, y supongo que lo mismo hará con su mujer, con sus padres, con sus vecinos, etc.

CHEPE:—Hay que ver también qué le dicen a uno. Con éstos se siente uno a gusto. Le dicen a uno: “Chepe es buen “chero”. Chepe no le tiene miedo a la botella. No hay como Chepe para beber”. “Con éstos se siente usted muy hombre, entiende. ¿Y qué le dicen a uno aquéllos? Aquéllos no entienden lo que es el hombre libre de prejuicios que vive su vida como él la entiende. Para aquéllos uno es el borracho, el bruto, el tonto, el que se bebe su sueldo, que está de goma, que trabaja mal. ¿Cómo podría uno hacerles caso sin perder el respeto ante sí mismo?

S.:—Pero usted les hace caso, aun sin quererlo. Usted sabe íntimamente que con su libertad, su hombría y su honor, algo anda mal. Usted sabe que no es libre frente a la tentación de la copa, que no es hombre para resistirla, y cuando lo llevan a su casa, fondeado, no queda mucho de su honor ni de su hombría. Usted se deja guiar por valores muy elevados y muy bellos: la libertad, la hombría, el honor. Pero ¿los conoce suficientemente? ¿Podría usted explicarme qué es la libertad?

CHEPE:—La libertad es poder hacer lo que uno quiere.

S.:—Por ejemplo, beber cuando uno quiere beber.

CHEPE:—Sí, beber cuando uno quiere beber.

S.:—Y dejar de beber cuando uno quiere dejar de beber.

CHEPE:—Sí, pero yo no quiero dejar de beber.

S.:—Supongo ahora que usted sigue bebiendo fuerte durante unas dos horas y al cabo de estas dos horas, usted quiere hacer un discurso, o manejar un automóvil, o simplemente mantenerse firme en un lugar. ¿Lo podría todavía?

CHEPE:—Lo dudo.

S.:—Pero usted *quiere* hacerlo.

CHEPE:—De nada me servirá que lo quiera.

S.:—Entonces usted ya no podrá hacer lo que querría. Y si la libertad es, según usted, poder hacer lo que uno quiere, usted habrá perdido su libertad.

CHEPE:—Todo eso me parece un razonamiento muy sofisticado.

S.:—No tanto. Usted quiere su libertad. Pero no conoce toda

la libertad. Sólo ve la libertad del momento y se olvida de que está sacrificando su libertad de dentro de dos horas. Por la libertad de tomarse un trago, usted pierde la libertad de hablar y de actuar cuando quizá sea importante hablar y actuar. Imagine que de aquí a dos horas vendrá la policía a hacer una redada. ¿Qué será más importante entonces: su libertad de tomar ahora todas las copas que quiera, o la libertad de poder explicar, entonces, serenamente, libre de las trabas que le impone a uno el alcohol, qué está haciendo usted aquí, y exponer, en forma creíble, que no tiene nada que ver con los hechos que han motivado la redada?

CHEPE:—Yo creo que usted está tratando de confundirme. Le cambia hábilmente el significado a la palabra “libertad” para convencerme.

S.:—Pues, tomemos la hombría. ¿Qué entiende usted por hombría?

CHEPE:—Pues, una actitud digna de un hombre.

S.:—¿Y cómo debe actuar un hombre?

CHEPE:—No se debe dejar. Debe defenderse. Debe sentirse orgulloso de sí.

S.:—Y cuando uno se cae en la calle de borracho y le roban el dinero y los zapatos y el traje, ¿es eso hombría? Cuando su mujer lo tiene que acostar, ¿es ésa una conducta digna de un hombre? Cuando, estando de goma, le toca aguantar los comentarios de sus compañeros de trabajo sin poder replicarles nada, ¿se siente uno orgulloso de sí?

CHEPE:—Mire, no siga. Ya veo que usted quiere simplemente echarme la “loga” como hacen todos. Quiere avergonzarme, pero no lo conseguirá. Cantinero, otra copa.

S.:—Si yo me doy cuenta que usted usa una calculadora para sumar, pero que no ha descubierto todavía que sirve también para restar, multiplicar y dividir, y le enseñó cómo aprovechar todo el potencial de la máquina, ¿es para avergonzarlo? Entonces no se podría enseñar nada a nadie.

CHEPE:—No, pero eso es distinto. El no conocer bien una máquina no es motivo de vergüenza. Uno no ha aprendido a manejarla. Esto es todo. En cambio la propia conducta de uno...

S.:—¿Ah? ¿Usted siente vergüenza por su conducta? Yo creía que usted se sentía orgulloso de ser muy hombre y muy libre.

CHEPE:—Claro que siento orgullo. Pero lo que dicen los demás es distinto.

S.:—Entonces usted les hace caso a los demás.

CHEPE:—¡Y cómo podría uno no hacerles caso! Los tengo que oír; no hay para dónde. Y usted habla como ellos, sólo con más rodeos. Lo de la calculadora no tiene nada que ver con las copas, la libertad y la hombría.

S.:—Pues el hombre que no conocía bien su calculadora hacía muchos cálculos complejos a mano. Por no conocerla no supo aprovechar todos sus recursos. Asimismo le pasa al hombre que no sabe bien qué son la libertad, la hombría y el honor: no puede aprovechar todos los recursos de que dispone. Y a nadie le deshonra aprender para conocer mejor sus recursos. Y de hecho, ha aprendido usted ya mucho. Al principio no creía que existieran valores. Hoy ha descubierto que su conducta obedece a los valores de libertad, de hombría y de honor. Ha descubierto además que no todos los valores son iguales entre sí, sino que hay valores superiores y valores inferiores. Se ha dado cuenta incluso que hay criterios objetivos para conocer la jerarquía de un valor. Hoy está descubriendo todo lo que usted ignoraba de los valores; está viendo que la libertad, la hombría, el honor, se extienden mucho más allá de lo que usted pensaba. No tiene por qué avergonzarse por ello, pues como a aquel hombre no le habían enseñado bien el manejo de la calculadora, a usted no le han enseñado bien lo que son los valores. Esto no es motivo de vergüenza. ¿Pero qué diría usted de aquel hombre si a pesar de la mejor instrucción recibida siguiera haciendo sus cálculos a mano?

CHEPE:—Pues, sería bien tonto.

S.:—Eso es, el que no sabe porque no le han enseñado, no tiene culpa. En cambio, el que conoce y no actúa conforme sus conocimientos, es un tonto. Por lo que ha pasado, descuide: nadie tiene que juzgarlo. Pero de aquí en adelante sabrá usted que no está actuando realmente conforme a sus valores, sino conforme a una idea muy estrecha que se ha formado usted acerca de sus valores.

CHEPE:—Dígalo de una vez: que beberé con mala conciencia. Como lo he hecho siempre. Usted lo sabe bien. Pero en el pasado, la mala conciencia no me ha servido para nada; no por ella he dejado de beber. ¿De qué me servirá pues en el porvenir?

S.:—Yo iría más lejos. La mala conciencia no sólo no le ha ayudado a salir del fango, sino que al contrario le ha hecho beber más.

CHEPE:—¿Cómo es eso?

S.:—Por su mala conciencia usted no se sentía a gusto entre

las personas que no comparten su vicio. Sólo entre bebedores podía sentirse bien. Sólo bebiendo podía demostrar que era hombre. Su mala conciencia y su vergüenza le han hecho caer más hondamente. ¿Por qué será que los que se llaman moralistas se empeñan en hacer que el hombre se fije en sus pecados en vez de fijarse en la ruta del bien? ¿Qué interés pueden tener en ello? ¿Conseguir que él caiga más y que ellos tengan más razones de sentirse superiores? Cuando un hombre se dice en su fuero interior: “No debo beber”, le pasa exactamente lo mismo que le pasa al aprendiz ciclista que va por una carretera bien ancha y ve muy lejos delante de sí un hoyo, con amplio espacio para pasar a derecha e izquierda; pues, basta con que se diga, fijándose en el hoyo: “En este hoyo no quiero caer”, para que caiga en él con seguridad de sonámbulo. En su mente está la idea del hoyo y la idea del hoyo orienta y dirige su carrera. No importa que quiera o no quiera llegar al hoyo; lo que cuenta es el hecho de fijares en el hoyo. Si usted ahora fuera este aprendiz ciclista, ¿qué haría para no caer en el hoyo?

CHEPE:—Me fijaría en el espacio donde hay paso.

S.:—Pues, lo mismo pasa con la bebida. Fijando su mente en la bebida, aunque diciéndose: “No quiero; es malo”, usted llega a la bebida con seguridad sonámbula. El arte es fijarse en el espacio donde hay paso. El deportista, antes de un encuentro decisivo, no se dirá: “No debo beber”. Se dirá: “mañana mi actuación cuenta. Tengo que hacer todo cuanto esté en mi poder para estar en buenas condiciones”. En esto reside el valor del deporte para la educación moral: desvía la mirada del hoyo y la fija en el espacio donde hay paso. Lo mismo hará cualquier otro propósito positivo. Mañana me llamará el jefe; tengo que pensar bien en cómo le voy a hablar; la entrevista puede ser decisiva. Mañana habrá reunión de padres de familia en la escuela de mi hijo; tengo que pedir que se remedie aquella anomalía, porque si no lo pido yo, ¿quién lo hará? Debo pensar en cómo defender mi posición. Así se satisface el deseo de hombría y de honor y la libertad se sobreañade: la libertad frente a la copa, a favor de un objetivo superior. Lo que a usted no le han enseñado es a fijarse objetivos superiores. Le han clavado su mirada en su condición humilde: “un pobre como yo que no tiene cultura, no puede hacer nada”. Y de veras, no podía hacer nada porque tenía fijada su mirada en su pobreza, su falta de cultura y su afición a la bebida. En este horizonte limitado andaba usted como la fiera en

la jaula, mirando a través de los barrotes sin darse cuenta de que detrás de usted estaba la puerta abierta. Pero le habían puesto a esa puerta un rótulo mágico que no lo dejaba pasar, que le daba miedo.

CHEPE:—¿Cuál?

S.:—Templanza. Dígame: ¿qué entiende usted por templanza?

CHEPE:—Es cuento de niños y viejitas, de gente débil que no aguanta una copa, de tímidos que se dejan prescribir por otros lo que tienen que hacer y dejar de hacer.

S.:—Entonces el deportista, que mañana conquistará un triunfo para él y para su país, es niño o viejita, débil o tímido, porque hoy no bebe.

CHEPE:—Ah, éste es otro cuento. El lo hace para un fin muy alto. Lo hace porque ha puesto su hombría y su honor en otra cosa.

S.:—Luego, cuando usted dice que la templanza es cuento de niños y viejitas, usted no ha visto todo lo que es la templanza, sino sólo un aspecto muy limitado. Usted ha actuado como el negrito que toma un billete de a diez dólares para encender el fuego porque para él no es más que un pedazo de materia inflamable.

CHEPE:—Puede ser que usted tenga razón. Quizá no haya reconocido realmente lo que es la templanza. ¿Pero es milagro si son casi sólo viejitas, débiles y tímidos que le predicán a uno la templanza? ¿No tiene uno que despreciarla casi a la fuerza?

S.:—Los débiles y tímidos predicán la templanza porque para ellos mismos la templanza es un problema. En realidad quisieran beber, pero no se atreven, y por eso tienen que convencerse a sí mismos de la excelencia de sus principios, predicándolos a los otros. El verdaderamente fuerte que sabe cuándo le conviene beber y cuándo no le conviene, que por su libre y espontánea voluntad puede renunciar a la bebida en aras de un objetivo superior, no tiene necesidad de predicar la templanza. La vive. Es suficiente.

CHEPE:—Entiendo. Por eso tenemos casi todos un concepto equivocado de la templanza. Nunca me había fijado en que uno podía ser temperante por su fuerza y hombría.

S.:—Fíjese en que los antiguos contaban la templanza entre las cuatro virtudes cardinales. Y virtud viene del latín “vir”, hombre. Ser virtuoso es actuar como hombre, no como viejita o como niño. Es actuar de conformidad con los propios valores y en ellos estriba la libertad humana: en este poder que tenemos de

actuar exclusivamente conforme nuestros valores. Si conocemos bien los valores, actuamos bien; si actuamos mal, es porque no los conocemos bien.

CHEPE:—Pero hay una cosa que no entiendo todavía. Usted dice que la templanza es un valor. A mí me han hablado de la templanza, en la escuela, en la iglesia. La conocía, pero no la conocía como valor. Antes bien me parecía despreciable. Si la templanza es un valor, ¿por qué no reconocía yo que lo es?

S.:—Por la misma razón por la que el negrito no reconoce el valor del billete de a diez dólares. El valor de una cosa no se conoce como se conoce su forma y su color.

CHEPE:—¿Cómo se conoce entonces?

S.:—¿Cómo se dió cuenta antes del valor de su billete? ¿Qué hizo usted cuando se lo pedí?

CHEPE:—Pues...

S.:—Usted no quiso dármelo. ¿Y por qué?

CHEPE:—Porque eso no se da así no más.

S.:—Déme un fósforo, por favor.

CHEPE:—Eso sí, aquí tiene.

S.:—¿Y por qué me ofrece usted un fósforo, así no más, sin discutir?

CHEPE:—Porque un fósforo de más o de menos no importa.

—S.:—Pero el billete le importa.

CHEPE:—Claro. ¿Cómo no me importaría?

S.:—Pues en eso cabalmente está su valor: en que le importa a usted. Reconocemos el valor de una cosa en que no nos deja indiferentes. Mientras la templanza lo deje indiferente a usted, no es un valor.

CHEPE:—Pero es que no me dejaba indiferente. Me irritaba, me molestaba que me hablaran de templanza.

S.:—Entonces era para usted un desvalor, un antivalor.

CHEPE:—¿Cómo podía ser un desvalor?

S.:—Porque usted lo asociaba con los antivalores de debilidad y timidez. Usted no lo conocía lo suficiente para sentirlo como valor.

CHEPE:—¿Y puedo conocerlo mejor?

S.:—Tiene que aprender. Todos tenemos que aprender. Y aprender no es vergüenza. Todos somos aprendices en esta vida.

Motivo de vergüenza sería al contrario dejar de aprender por andar presumiendo de maestro.

CHEPE:—Pero me hallo desorientado. Usted dice que tenemos los valores en nosotros mismos. Pero son los filósofos, los sabios, los santos, los que han enseñado los valores a la humanidad.

S.:—Si en una ciudad desconocida, alguien le enseña el camino hacia el hotel, ¿es el que se lo enseña el que hace el camino?

CHEPE:—No.

S.:—El camino ya está. El que se lo enseña no hace más que orientarlo, guiarlo—o quizá, extraviarlo. El mismo papel les corresponde a los filósofos, los sabios, los maestros, los sacerdotes: no son ellos quienes pueden hacer los valores; sólo tienen la misión de ayudarnos a descubrirlos.

CHEPE:—Pero hay filósofos y maestros que lo extravían a uno.

S.:—Un maestro puede enseñar que dos más dos suman cinco. Pero haciendo un recto uso de la razón, el discípulo descubrirá pronto la verdad. Cabalmente porque los valores están en nosotros, depende exclusivamente de nosotros que nos dejemos guiar por buenos maestros o extraviar por malos. Busque quién lo oriente, pero búsquelo haciendo uso de su razón. Quizá tengamos la oportunidad, en otras emisiones, de hablar de algunos de los grandes maestros de la humanidad. Por hoy creo que se nos está terminando el tiempo.

VOZ: (entre bastidores):—Chepe, ¿qué ya te vas? Vení, tomate otro, no seas bobo. ¿Qué ya te ha metido sus ideas ese tipo?

CHEPE:—Sí, me ha dado unas ideas. Veo que soy bobo de verdad y que no soy digno de beber con ustedes. Antes de volver quiero aprender un poco más para saber en cada momento cuándo hay que beber y cuándo no hay que beber. Ya estoy aprendiendo un poco.

S.:—¿Y qué ha aprendido hoy?

CHEPE:—Que la moral no es asuntos reservado a los libros eruditos, a los sabios doctores, a los santos y sacerdotes, a los niños y viejitas: que la moral le toca a usted, querido espectador, y a mí, y nos toca a cada uno personal e individualmente. Que en moral no se trata de dejarse prescribir nada, sino de actuar libre y espontáneamente de acuerdo con los valores que uno conoce. Que todos tenemos nuestros valores; que los conocemos a menudo

muy imperfectamente, pero que cada uno de nosotros, por humilde que sea, puede aprender a conocerlos mejor si está dispuesto a reflexionar sobre ellos. Y finalmente, lo mejor de todo, que nadie está condenado al vicio; que si somos viciosos, es por falta de método y que debemos aprender a quitar la mirada del hoyo para fijarla en la pasada.

S.:—Pues, ha aprendido usted todo lo esencial de la ética de valores: los valores existen; los valores se pueden conocer; los valores se realizan en la conducta humana porque el hombre es libre de realizarlos. Y antes que todo: los valores son suyos y míos, no de los sabios doctores y libros eruditos.

EL PERIODISMO COLONIAL EN MEXICO

Por Henry Lepidus, B. J., M. A.

El primer periódico de México, publicado en lugar fijo y con intervalos regulares, apareció en 1722. Esto ha sido combatido por algunos escritores, que quieren asignarle la fecha de 1693. Uno de ellos, escribiendo para la Unión Panamericana, dice que “el primer periódico se publicó en México en 1693, pero es difícil dar con él y todavía más difícil comparar este primer esfuerzo con la prensa de la vida moderna”.(1)

Es probable que el escritor quiere referirse al “Mercurio Volante”, que escribió el erudito don Carlos de Sigüenza y Góngora. Si es así, ha caído en el error bastante común de considerar dicha publicación un periódico. El Sr. González Obregón, que hizo un cuidadoso estudio de las ya raras ediciones de él, antes de que se escribiera el artículo en el Boletín de la Unión Panamericana, lo declaró, no un periódico, sino una relación por entregas, y a su autor no un periodista sino un historiador. Su opinión ha sido generalmente aceptada por autoridades en la materia, inclusive al Sr. Gómez Haro, quien llama el “Mercurio Volante”, un folleto más bien que un periódico.(2) El folleto refiere la recuperación de las provincias de Nuevo México por D. Diego de Vargas Zapata Luján Ponce de León.

Aunque Sigüenza y Góngora no fue, propiamente hablando, periodista, merece mencionarse como uno de los que ayudaron a alentar los principios del periodismo en México por medio de la hoja volante. En 1691, publicó un folleto de noticias, describiendo la victoria de las armas españolas sobre las francesas en Santo Domingo.(3) También en 1681 escribió un libro sobre el mismo asunto, titulado “Triunfo de la Justicia Española”. Puesto que fue probablemente el intelectual más distinguido de México durante el siglo XVII, el asociar su nombre al de los precursores del periodismo es una honra para el gremio.

Sigüenza y Góngora nació en la ciudad de México en 1645,

y en ella fue educado. En 1660 entró a la Compañía de Jesús, e hizo sus primeros votos en 1662; pero poco después se separó de la Orden y no volvió a ella hasta 1700, pocos días antes de su muerte. Además de escritor sobre tópicos contemporáneos, fue también poeta, filósofo, historiador, anticuario, crítico, astrónomo y hombre notable en la vida pública y privada por su integridad y los grandes servicios que prestó a las ciencias y a las letras.

Como Góngora, el primer verdadero periodista de México fue un sacerdote. El zacatecano Dr. D. Juan Ignacio de Castorena Ursúa y Goyeneche, a la sazón Chantre de la Catedral de México y más tarde Obispo de Yucatán, fue el primero en substituir las hojas de noticias con un periódico, publicación mensual que llevó el nombre de "Gazeta de México y Noticias de Nueva España". (4) El primer número apareció el 1º de enero de 1722, y el último el 1º de junio del mismo año, total, seis números. Cada uno de ellos se compone de cuatro hojas en cuarto, de manera que la colección completa sólo abarca 48 páginas.

En su introducción al primer número, dirigida al público lector, Castorena y Ursúa dice:(5)

"La feliz duración de esta corte estrena su tercer siglo, con el cual comienza a dar a las prensas sus memorias dignas de mayor manifestación, apuntadas en estas Gazetas, pues imprimirlas es política tan racional, como autorizada de todas las cortes de la Europa, dando a la estampa las noticias que ocurren en el breve tiempo de siete días, por el distrito, capaz de sus dominios. Difusa esta costumbre, ha llegado hasta la imperial Lima, corte célebre del Perú, y practicando esta plausible diligencia, imprime cada mes sus acaecimientos, y no siendo menos la muy Ilustre de México, Corona de estos reynos, comienza a plantear esta política con las licencias del Exmo. Señor Marqués de Valero, haciendo con esto más memorables los aciertos de su gobierno. . . No carece de utilidad, pues a más del general motivo de las Gacetas, siendo ésta una fidelísima relación de lo que acaece en estas dilatadas regiones, puede sin trabajo cualquier discreto, con la diligencia de juntarlas, formar unos Anales en lo futuro, en que, sin el cuidado de examinarlos, logre el aplauso de escribirlos y los correspondientes, el de complacer a los que de la Europa piden noticias de la América, para enriquecer con novedad sus historias".

En cierto modo, Castorena se anticipó a los periodistas modernos de México, Estados Unidos y otras naciones. Su costumbre de imprimir "canjes" de otros periódicos se ha practicado durante

siglos, aunque actualmente es más bien la expresión de la opinión editorial que la relación de noticias, lo que se coloca en dicha columna. El desarrollo de las asociaciones buscadoras de noticias e informes por medio de corresponsales en el extranjero ha hecho que sea casi innecesaria la impresión de noticias de periódicos europeos o extranjeros, pero las opiniones de periódicos y magazines de importancia publicadas en tierras extrañas o en otras ciudades de su país natal siguen interesando al lector local.

Pero lo que agradaba a Castorena eran las noticias extranjeras, no la opinión extranjera, puesto que en su "canje" reimprimía las noticias europeas que publicaba la "Gaceta de Madrid". Y la influencia del periódico español se echaba de ver en la presentación material de la Gaceta de México.

Siguiendo la costumbre que se observaba en Madrid, de publicar las noticias de cada corte por separado, Castorena separaba las noticias de cada ciudad, dividiéndolas por sedes de obispados, capitales de provincias y puertos, para que pudieran leerse con mayor facilidad. Publicó gran cantidad de noticias oficiales, religiosas, comerciales, sociales y marítimas y, además, muy curiosas bibliografías de obras publicadas en México y en España, en una sección que tituló "Libros Nuevos".

Al publicar esta lista, Castorena reconoció el interés que tenían los lectores de periódicos en la literatura e intentó satisfacerlo dentro de los estrechos límites de que disponía. Periodistas posteriores han desarrollado la idea: hasta hoy es costumbre, y lo ha sido por algún tiempo, dar no sólo una referencia bibliográfica, sino también un sumario y hasta una detallada revista literaria de un libro importante.

En su época, Castorena pudo segregar las noticias por ciudades y darlas sin más encabezados que los nombres de sus lugares de origen. Su periódico era pequeño, no tenía competidores y aparecía solamente una vez al mes; de manera que cualquiera que fuera su contenido o su presentación, era seguro que se leería con interés por los que estaban ávidos de noticias. Hoy en día, la cantidad de noticias en los periódicos es tan grande, que la información tiene que presentarse según su importancia o interés intrínseco y tienen que usarse encabezados de distintos tamaños, en beneficio de los lectores ocupados, que no tienen tiempo ni paciencia para leer todo lo que hay en un periódico grande.

Castorena se dirigía solamente a la pequeña clase ilustrada que administraba los negocios de la Nueva España, y por lo tanto,

su periódico estaba en gran parte dedicado a relatar funciones y decretos oficiales, civiles y eclesiásticos. Pero los periódicos modernos de México, destinados mayormente al público en general, han desarrollado para sus lectores un servicio de información sobre una infinita variedad de asuntos, y secciones especiales, tales como modas, deportes, arte, notas cómicas, y otros numerosos atractivos para subscriptores de todas clases.

Como muchos innovadores que encuentran oposición a causa de la novedad de lo que introducen, el fundador del primer periódico regular en México se atrajo mucha censura, a pesar de que gastó su propio peculio en su *Gazeta*, sin esperanza de reembolsarla, según Agüeros.(6) Otro escritor hace notar que, después de que aparecieron seis números, Castorena fue nombrado Obispo de Yucatán, de manera que de ahí en adelante ya no tuvo tiempo para dedicarse al periodismo.(7)

El 1º de enero de 1728, la publicación de la *Gaceta* de Castorena fue continuada por don Juan Francisco Sahagún de Arévalo Ladrón de Guevara. Se imprimía en el taller de don José Bernardo Hogal, en la calle de San Bernardo.(8) El primer número del periódico de Sahagún, que consulté en la Biblioteca Nacional de México, lleva el título de “*Gaceta de México*”.(9) Como su antecesor, el nuevo periodista, que era Presbítero del Arzobispado de México, siguió la costumbre de separar las noticias por ciudades. En el primer número de la *gaceta* resucitada, Sahagún colocó, en la primera plana, bajo el título, un tosco grabado en madera de un águila sobre un nopal devorando una serpiente, emblema de significado histórico que actualmente lleva la moneda mexicana.(10) Durante muchos años, tales grabados en madera eran los únicos medios conocidos para ilustrar periódicos, puesto que no fue sino hasta el siglo XIX que se inventaron los grabados en metal actualmente en uso.

Bajo el grabado de Sahagún, va el sencillo encabezado “México”, seguido de una reseña periodística que relata, en estilo narrativo, los actos del concejo municipal de la ciudad de México. El artículo es largo y continúa en la mayor parte de la página cuatro. Después viene una noticia de Puebla de los Angeles y luego siguen, en orden, artículos de Guadalajara, Guatemala, Zacatecas, Querétaro, Nueva Veracruz y Acapulco. El último reportaje trata de la llegada de un galeón de las Filipinas. Al pie de la octava y última página, hay un párrafo con los títulos de los libros nuevos, como solía publicar Castorena. Debajo, al final,

está el consabido letrero manifestando la fecha, el nombre del impresor y la licencia del Virrey de la Colonia.

Hasta 1731, la Gaceta continuó imprimiéndose por Bernardo de Hogal. A partir del número 50(11), fue impresa por los herederos de la viuda de Miguel de Rivera Calderón, hasta el número 60, de noviembre de 1732, que apareció con el pie de imprenta de María de Rivera; y del número 122, de noviembre de 1738, hasta el fin de su existencia, fue otra vez publicado por Hogal. Contiene 145 números en total. Hasta octubre de 1739, cada número tiene cuatro hojas y está en cuarto; pero los números de noviembre y diciembre de 1739 consisten sólo en dos hojas cada uno. En el nuevo número, que apareció en enero de 1742, el título de la publicación se cambió por el de "Mercurio de México", y ya no lo imprimía José Bernardo de Hogal, sino su viuda.

Con el objeto de dar las noticias de los dos años que habían transcurrido desde la publicación de la última Gaceta, recurrió el "Mercurio" a un extraño expediente. En cada número se daban no solamente las noticias del mes anterior, sino también las del corriente mes de los dos años anteriores (12). Por ejemplo, el número 146 del periódico—la primera edición que apareció con el título de Mercurio—contiene este encabezado: "para los meses de enero de 1740, 1741 y 1742". En el mismo número el editor explica que "Cortó la afilada tijera de la carestía del papel el hilo de las noticias antiguas y modernas", (13) que era otra manera de decir que la Gaceta se había visto obligada a suspenderse a fines de 1739, debido al alto costo del papel. Después de un año de existencia, el Mercurio dejó de publicarse y no volvió a aparecer.

Un examen de los diversos números de la "Gaceta" y del "Mercurio", demuestra que ambos se dedicaban casi exclusivamente a dar noticias. Esto parecerá extraño a los que están acostumbrados a creer que los latinoamericanos están continuamente ocupados en acaloradas polémicas, pero, sin embargo, es la verdad y así continuó siendo hasta el final del régimen español. Los periódicos citados contenían gran cantidad de noticias políticas y religiosas y muchos anuncios oficiales. Numerosas fueron las relaciones de funciones religiosas, de descripciones de procesiones, de consagraciones de iglesias, de beatificaciones de santos, de festivales y de Autos de Fe. Noticias de carácter comercial, se daban de cuando en cuando, y también de vez en cuando, publicaban los periódicos descripciones de batallas y hasta de crímenes.

Importante innovación que introdujo el “Mercurio”, fue la publicación de versos, práctica que en años posteriores se hizo mutuamente benéfica, tanto para los periodistas como para los poetas de México.(14) Dado el alto costo de la publicación de sus obras en forma de libro y la relativa facilidad de hacerlas publicar en periódicos, muchos poetas mexicanos, entre ellos los mejores, han escogido este medio para publicar por primera vez sus poesías, aun las mejores. Más tarde se coleccionaban las poesías y se publicaban en tomo aparte.

Después de la suspensión del “Mercurio” en 1742, México no tuvo periódico en forma hasta marzo de 1768, en que el padre Don José Antonio Alzate editó su “Diario Literario”. El periódico murió en mayo del mismo año, y durante cuatro, el país estuvo otra vez sin periódico.

A fines de 1772, se remedió esta necesidad con la aparición del “Mercurio Volante”, que contenía importantes y curiosas noticias de física y medicina.(15) Su editor fué don José Ignacio Bartolache, ilustre matemático y doctor en Medicina de la Real Universidad de México.

Bartolache nació en la ciudad de Santa Fe, México, el 30 de marzo de 1739. Era de cuna humilde. Aunque sus padres no pudieron proporcionarle ni la educación primaria, Bartolache, con la ayuda de una persona generosa que había descubierto la gran habilidad del joven, logró obtener buena educación académica y científica y fue recibido Doctor en Medicina por la Universidad. Habiendo adquirido fama en su profesión, fue nombrado profesor en la Facultad de Química en la Academia de “Ciencias Naturales”, que se había fundado en México en la época del Virrey Marqués de Croix. La institución fracasó y Bartolache entró en la Tesorería con un cargo insignificante. Debido a sus conocimientos en Química, llegó a ocupar un puesto de importancia. Hasta su muerte en 9 de junio de 1790, prosiguió sus estudios y publicó varias obras de astronomía, botánica, medicina, química, física y materias parecidas.

El primer número del “Mercurio Volante” de Bartolache apareció en la ciudad de México, el sábado 17 de octubre de 1772. Consiste en cuatro hojas, impresas por ambos lados. A la cabeza de la primera página, bajo el encabezado “plan de este periódico”, hay un epígrafe, en latín, de las “Metamorfosis” de Ovidio. El resto de la edición está dedicado a un ensayo editorial acerca de las

desventajas de hacer a la cultura de la Nueva España competir con la de Europa. Parte de este ensayo reza como sigue:(16)

“Mercurio, según la Fábula, era el Mensajero de los Dioses, en cuyo obsequio volaba con suma celeridad a cualquier parte que se le embiase. Las Ciencias todas, i los conocimientos útiles al género humano, se creía por los Filósofos más sensatos tener como la misma alma racional, un origen celeste i divino. Siempre fueron estimadas las Artes como otros tantos preciosos dones de la Providencia, concedidos por particulares gracia en beneficio de los mortales; i ninguna noticia importante vino al mundo, según este modo de pensar, justo i razonable, de otra parte que de los altos cielos, o de hombres dignos de colocarse allá. Así pues por una especie de alegoría, nada reprehensible, he querido llamar “Mercurio Volante” a un Pliego suelto, que llevara noticias a todas partes, como un mensajero que anda a la ligera. Saldrá todos los miércoles, día en que parten de esta Capital todos los Correos del Reino. Siempre cuidaré de poner a la frente algún pasage de buen Autor, alusivo al asunto, i traducido en caso necesario. Digo en caso necesario, porque no omitiré los de Autores Españoles, quando me ocurran. En otros Papeles Periódicos que he visto, se guarda supersticiosamente el respeto a los Latinos i Griegos. No hai para qué; yo me gloriaré de haver nacido Español. . .”

Era costumbre de Bartolache anunciar al fin de cada número el asunto del próximo. Un examen de los ocho números que existen en el Museo Nacional de la Ciudad de México indica que siguió sus planes originales como había anunciado. El “Mercurio Volante” se publicó con regularidad, de octubre de 1772 hasta febrero de 1773.

Aunque entre 1742 y 1768 no se publicaron periódicos con regularidad, hubo una serie de calendarios, que merece mencionarse, puesto que tuvo ciertas características de periódico. Publicó estos calendarios el distinguido impresor, don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, desde 1761 hasta 1792, bajo el título de “Calendarios y Guías de Forasteros en México”.

La serie, un número de la cual aparecía con regularidad al principio de cada año, se componía e imprimía con un alto grado de perfección para aquella época. Como impresor, Zúñiga y Ontiveros no perdonaba gasto para mejorar su establecimiento. Un colega suyo, don José Antonio de Hoyal, decía que era tan completo el equipo del taller de Zúñiga que cualquier obra podía imprimirse en él con gran facilidad y perfección.(17) Los “Calen-

darios” contenían información abundantísima, incluyendo cronologías de virreyes y prelados, noticias del estado militar del país, estadísticas y noticias de casamientos, muertes y enfermedades; noticias de la llegada y salida de correos, y noticias y anuncios de la Real Lotería. A la muerte de Zúñiga en 1793, se hizo cargo del establecimiento tipográfico su hijo don Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, quien también continuó editando las “Guías de Forasteros”, hasta su muerte en 1825.

El fracaso de la primera empresa periodística del Padre Alzate no lo desanimó. En realidad, fue su destino fracasar en varias empresas antes de obtener éxito final. De corta duración fueron sus “Asuntos varios sobre ciencias y artes”, que duraron de noviembre de 1772 a enero de 1773; y sus “Observaciones sobre la física, historia natural, y artes útiles”, de marzo a julio de 1787. Pero, por fin, con sus “Gacetas de Literatura”, el Padre Alzate logró conquistarse renombre. Debido a su obra en este periódico, que apareció con regularidad desde el 15 de enero de 1778 hasta el 17 de junio de 1795, merece un lugar entre los principales precursores periodísticos de México.

En un breve artículo de Magazine que apareció en 1925, sobre las revistas que había habido en México, un crítico mexicano moderno menciona el periódico de Alzate a la cabeza de los pocos que incluye en la lista de los más importantes. Probablemente tiene razón al juzgar las Gacetas, que considera bastante buenas para su época, pero nada de qué vanagloriarse, desde el punto de vista moderno. “Para el público fácilmente satisfecho de fines del siglo XVIII, escribe, bastaba el alimento espiritual servido por las “Gacetas de Literatura”, que publicaba el Sr. D. Antonio de Alzate y Ramírez. Conténían curiosas y útiles noticias, raras veces versos, y algunas veces ilustraciones en forma de grabados en cobre, firmados por Agüero y Aguila, con motivos de arquitectura aborigen, insectos y vegetales, iluminados a mano”. (18)

Tributo tan merecido como la crítica de Sánchez, es el de García Icazbalceta, quien escribe acerca de las Gacetas de Alzate lo siguiente: “Las Gacetas” bastarían para crear la reputación de un sabio; su lectura es muy interesante a pesar de su desaliñado estilo; defecto que se olvida para admirar el ardiente deseo de ser útil a la patria y a la humanidad que todas aquellas páginas respiran”.(19) Don José Antonio Alzate y Ramírez nació en el pueblo de Ozumba, Provincia de Chalco, Arzobispado de México, en 1729. Era pariente de la famosa monja Sor Juana Inés de la Cruz, la más

grande poetisa que México ha producido. Después de ordenarse sacerdote, dedicó su atención al estudio de otras materias que le interesaban, tales como física, química, matemáticas, astronomía y las ciencias naturales.

Sus estudios de carácter no sacerdotal le ayudaron mucho, más tarde, para su obra periodística y para muchos eruditos tratados de carácter científico de que fue autor. (20)

Como era de carácter reservado, fue crítico áspero y severo, razón por la cual tuvo más enemigos que amigos y mayores disgustos que gustos; sin embargo, logró mucho. Hizo que se desarrollara el gusto por la buena literatura entre sus compatriotas, expuso y ridiculizó graves errores y supersticiones vulgares; hizo importantes innovaciones en las ciencias aplicadas, ya estudiando la manera de introducir el aire necesario en las minas que por falta de él habían sido abandonadas, ya perfeccionando medios más adecuados para extraer la plata del mineral. En las controversias personales, que entonces empezaron a introducirse en el periodismo mexicano, hizo a sus adversarios estudiar y meditar, y logró poner en fuga a los oradores floridos que hablaban mucho, pero pensaban poco. Como su contemporáneo americano, Benjamín Franklin, fué una gran fuerza en el desarrollo intelectual y científico en su propia tierra y recibió muchos honores del extranjero.

Virreyes, arzobispos y corporaciones distinguieron al Padre Alzate con muy honorables, pero nada lucrativas comisiones, y aun del extranjero recibió grandes honores. Mientras se le atacaba en México con envidias y chismes, la Academia de Ciencias de París y la Sociedad Vascongada lo honraban con el título de "Miembro correspondiente", y publicaba algunas de sus obras con halagadoras introducciones. El Jardín Botánico de Madrid también lo hizo miembro correspondiente, y la Expedición Botánica del Perú le dedicó, a causa de sus éxitos en las ciencias naturales, una planta que denominó "Alzatea". Cansado con tanto trabajo, el Padre Alzate, en sus últimos años, cayó en una profunda melancolía que continuó hasta su muerte. Falleció en la ciudad de México, el 2 de febrero de 1799, a la edad de 61 años. (21)

Después de él, la figura de mayor importancia en la historia del periodismo mexicano de aquella época es la de don Manuel Antonio Valdés Murguía y Saldaña, nacido en México el 17 de julio de 1741. En 1784, fundó otra "Gazeta de México", que llegó a ser la Gaceta más notable del período colonial, y cuyo primer número apareció con fecha 14 de enero. (22) La Gaceta de Valdés,

que tuvo la distinción de ser el primer periódico oficial que se publicó en México, como órgano del gobierno colonial, continuó como “Gazeta de México”, hasta fines de 1809. Entonces se declaró francamente oficial y cambió su nombre al de “Gaceta del Gobierno”. Con este título apareció por primera vez el 2 de enero de 1810, poco antes de que estallara la revolución de Hidalgo. Durante la guerra, fue un arma poderosa del Gobierno español contra los rebeldes. Duró hasta el 29 de septiembre de 1821, en que volvió a cambiar de nombre. En esa fecha, derrocado el gobierno colonial y declarado Iturbide Emperador, adoptó el nombre de “Gaceta Imperial”, y modificó su política para estar de acuerdo con la de la nueva administración.

Las teorías periodísticas de Valdés se declaran en el prospecto de la Gaceta que publicó el 2 de enero de 1784. En la primera página escribe: “Una Gaceta no es más que la colección de las noticias del día, a veces de sucesos extraños y a veces de ocurrencias ordinarias; las cuales no se escriben para determinado lugar, sino para todo el reino, en donde es moralmente imposible encontrar una sola persona informada por completo de lo que pasa”. Luego hace hincapié en la importancia de una Gaceta como fuente de información para futuros historiadores y en la página dos, expresa su intención de hacer de su periódico tal fuente de información.

Durante los veintiséis años de su existencia, el periódico de Valdés aparecía, generalmente, dos veces al mes, algunas más y otras menos, según variaban las circunstancias. La colección de todos los números, que mantuvo como había prometido, forman veinte volúmenes en cuarto.

En las hábiles manos de Valdés, la Gaceta fue periódico serio e interesante. En sus páginas aparecían muchos artículos de carácter científico, tales como de cronología, geología, arqueología, botánica, medicina y demás. Valdés escribió gran parte del periódico. Como autores de sus artículos científicos, colaboraron con él, Antonio León y Gama, Andrés del Río, Moziño, el doctor Rodríguez Argüelles y otros. Algunos de los artículos de la “Gaceta de México” se reproducían en la “Gaceta de Madrid”, mereciendo muchos de ellos el elogio del Rey de España. Muchos de ellos venían ilustrados con grabados en metal, y otros con ilustraciones intercaladas en el texto por otros medios, según Agüeros. (23) En las ilustraciones, el editor demostraba preferencia por dibujos de monstruosidades humanas. Publicó, además, grabados de distintos

planos, entre ellos el de la Alameda de la ciudad de México, así como de nuevos instrumentos quirúrgicos y de implementos industriales y agrícolas.

El precio de suscripción fue al principio de 22 reales al año en la ciudad de México, y fuera de la capital, de tres pesos, por todas las Gacetas y suplementos, publicados desde principios de enero hasta fines de diciembre. (24) Estos precios variaron después, en proporción al número de gacetas publicadas durante el año. La Gaceta publicaba suplementos, cuando ocurrían novedades de extraordinario interés, o para publicar edictos o reales órdenes, hacer rectificaciones y publicar cartas, contestaciones y demás que tuvieran especial interés. Algunas veces se pagaba la inserción de cartas escritas para publicarse en el suplemento y, en este caso, éste se distribuía gratuitamente a los lectores.

En la última parte de su existencia, la Gaceta empezó a publicar obras literarias. Algunas de ellas son valiosas para el historiador sociológico, porque reflejan el espíritu de la época. El periódico tuvo épocas de prosperidad y épocas de decadencia. A fines del siglo XVIII, el editor se quejaba de que recibía muy pocas noticias de fuera de la capital. Muchos bromistas aumentaban las dificultades de Valdés, al enviarle noticias falsas.

Conocer esta mala semilla y separarla del material fidedigno fue tarea que muchas veces debió poner a prueba su paciencia.

Por lo que he podido averiguar, la empresa periodística en México, que siguió en importancia, fue única. Consistió en el establecimiento de un diario de información, sin papel, tinta, ni imprenta: proyecto del licenciado don Juan Nazario Peimbert y Hernández, Abogado de la Real Audiencia de México. Su plan consistía en abrir un "almacén de noticias" en que se recogieran, redactaran y vendieran noticias de interés público. Aprobado el proyecto por el Virrey don Félix Berenguer de Marquina, Peimbert inauguró su inusitado negocio el 2 de mayo de 1803. El autor no ha podido averiguar cuánto tiempo duró, pero en que obtuvo considerable importancia están de acuerdo los dos principales autores de la historia periodística de México, Agüeros y Gómez Haro.

Se expedían tres clases de noticias en dicho establecimiento, que se llamaba "Asiento mexicano de noticias importantes al público", y ocupaba el piso bajo de la casa de Peimbert, en el número 12 de Monte Alegre, calle que hoy se conoce por quinta de Donceles. La primera clase comprendía: censos; cambio de letras, ventas y arrendamiento de haciendas, y demás predios rústicos,

venta de casas en la capital y sus cercanías; oficios vendibles y renunciables; venta de alhajas, ropa y muebles; venta de esclavos, caballos, mulas, vacas, bueyes y otros semovientes; trasposos de tiendas y casas de comercio, venta de azúcar, índigo, semillas, chile, trigo, maíz y otras, al por mayor, y alquiler de carruajes y otros vehículos.

Artículos de segunda clase eran: fletes de recuas de mulas, burros y caballos; arrendamientos de casas en la ciudad de México y sus cercanías; hallazgos de papeles, alhajas, y otros artículos perdidos; papeles, alhajas y otros objetos que se sospecharan robados; cajeros de ambos sexos; amanuenses, superintendentes de panadería y otro tanto; administradores y mayordomos de hacienda; nodrizas y costureras.

La tercera clase comprendía: porteros, recamareras, amas de llaves, cocineros y cocineras, enfermeros y enfermeras; criados de camino, lavaderos, cocheros, lacayos y otros criados y criadas. Había en el establecimiento un mostrador, sobre el cual se vendían las noticias o avisos que se han mencionado. El precio de las noticias de la primera clase era de dos reales; de la segunda, de un real, y de la tercera clase, de medio real. Estas noticias tenían en su mayor parte el carácter de nuestros anuncios modernos y los que los traían, pagaban los precios mencionados, así como los que las recibían. En la tienda había un directorio de abogados, notarios públicos, doctores, cirujanos y parteras, que podía examinar a cualquiera sin costo alguno. Noticias del estado de tiempo, de observaciones médicas, de bautismos o de sucesos dignos de memoria y discursos conducentes al bien general, también se proporcionaban libres de costo.

El primero de octubre de 1805, apareció en la capital el primer periódico diario que se publicó en México. El "Diario de México", como se llamaba, fue fundado por Carlos María de Bustamante y Jacobo de Villaurrutia, Juez del Crimen. Hasta el 30 de abril de 1807, lo imprimió doña María Fernández de Jáuregui; de mayo de 1807 a junio de 1809, Mariano de Zúñiga y Ontiveros; de junio de 1809 a diciembre de 1812, Juan Bautista de Arispe; de diciembre de 1812 a diciembre de 1813, doña María Fernández de Jáuregui; en enero de 1814, Juan Bautista Arispe; y de enero de 1814 a enero de 1817, José María de Benavente, que tomó en arrendamiento la imprenta de Arispe. Cada número consistía en dos hojas en cuarto; la literatura ligera y los artículos políticos figuraban en lugar prominente en las columnas del "Diario de Mé-

xico". (25) Se colocaron buzones en los doce puestos en que se vendía el periódico, y en ellos podía depositar el público los artículos, poesías, noticias, o anuncios que quisiera publicar, con la seguridad de que no se cobraría nada por su publicación. Entre los literatos que se hicieron famosos en la primera parte del siglo XIX, y cuyos primeros trabajos se publicaron en el Diario, figuraban Tagle, Lacunza y Navarrete. El periódico celebró dos certámenes para escritores de sainetes, resultando vencedores, respectivamente, Antonio Santana y José Escolano. Algunas de las poesías publicadas en "El Diario", no agradaron al arzobispo, quien prohibió a las monjas que las leyeran.

Los editores en jefe del "Diario" fueron Villaurrutia, Bustamante y José María Wenceslao Barquera. Entre los principales colaboradores hallábanse Manuel Navarrete, José María Lacunza, J. Victoriano Villaseñor, Andrés Quintana Roo y Pomposo Fernández de San Salvador. Todos estos escritores firmaban sus artículos con seudónimos, de los cuales tenían más de uno. Escritores menos importantes del "Diario" fueron: Santoyo, Beristáin, Larazábal, del Acebo, Güido, Quintana, Rodríguez del Castillo y Uribe. El periódico duró doce años, puesto que su último número lleva fecha de 4 de enero de 1817.

Desde el día en que el Gobierno Colonial dio permiso para su fundación, en 10 de septiembre de 1805, aun antes de aparecer su primer número, Juan López Cancelada, editor de la Gaceta de México, ideó una áspera campaña en contra del nuevo periódico. López Cancelada era un aventurero español que se había unido a Valdés, en la gerencia de la ya decadente "Gaceta", a principios de 1805. Desde que apareció su primer número, el periódico fué objeto de rudos ataques del celoso López Cancelada. Decidido a acabar con su existencia, éste logró persuadir a su amigo el Virrey Iturrigaray, que suspendiera temporalmente su publicación, a fines de 1805. Cuando reapareció, fue estorbado por la censura, el Virrey en persona ocupándose de esta tarea que acostumbraba ejercer uno de sus oficiales. López Cancelada llegó hasta a acusar a Villaurrutia de sedición al Rey de España, pero este último paso lo llevó a su propia ruina. Cuando se probó que la acusación era enteramente falsa y calumniosa, el editor de la Gaceta, que había hecho semejantes esfuerzos para oponerse a la fundación y desarrollo de un periódico no oficial, fue sentenciado por Iturrigaray a pagar una multa de 500 pesos o ir a la cárcel por dos meses. Después, fue desterrado a España. Desde su tierra natal escribió

muchos feroces artículos y folletos contra Iturrigaray, que ya no era Virrey. Eliminado López Cancelada, el "Diario" prosiguió su marcha más suavemente y se convirtió más y más en un medio para la publicación de ideas liberales, hasta que, durante la época revolucionaria, se convirtió en poderoso órgano de los rebeldes. (26)

Los principios del periodismo diario, fuera de la capital, datan de 1806, en que se publicó en Veracruz el "Jornal Económico Mercantil de Veracruz", editado por Manuel López Bueno, natural de dicho lugar. El primer número apareció el 1º de marzo y el periódico vivió hasta el 31 de junio. Sus páginas estaban dedicadas principalmente a noticias comerciales y mercantiles, pero también se publicaban avisos de fletes y buques. De vez en cuando, se colaban artículos sobre agricultura e industria, pero los de carácter literario iban a parar invariablemente al cesto del editor. Cada número del "Jornal" consistía en cuatro páginas en cuarto.

El 1º de julio de 1807, José María Almanza, natural de México, reanudó la publicación de este diario comercial con el título de "Diario Mercantil de Veracruz". Bajo su dirección, el periódico alcanzó alguna prominencia, hasta atraer la atención y el veneno de López Cancelada, que en esa época se ocupaba en sus diatribas en contra del "Diario de México". El periódico de Veracruz continuó hasta 1808; se publicó su último número el 6 de julio de ese año.

Antes de cerrar este capítulo, será conveniente, para exponer de manera más clara de lo que se había logrado en México, dar unos cuantos datos acerca de los comienzos del periodismo en otros países de la América Latina.

Al Perú corresponde el honor de haber publicado el primer periódico en la América del Sur, a saber: "El Mercurio Peruano", cuyo primer número apareció en Lima en 1791. Previamente, desde que se llevó una prensa de México a Lima en 1594, habían aparecido esporádicamente hojas de noticias y otras similares a las de México, pero el "Mercurio" fue el primer periódico regular en el Perú. El periódico más viejo que actualmente existe en el Perú, es "El Comercio", de Lima, fundado en 1839.

Guatemala fue el cuarto país latinoamericano que tuvo imprenta, y la primera ciudad centroamericana que tuvo periódico. "La Gaceta de Guatemala" se estableció allí en 1801. El primer diario de Cuba, el primero en la América Latina, fue "El Papel Periódico", fundado en la Habana en 1790. El periódico más viejo que existe actualmente en la isla es el "Diario de la Marina", que

data de 1832. En Panamá, el periódico más viejo es “La Estrella de Panamá”, fundado en 1849. En Costa Rica, el comienzo del periodismo data de la aparición del “Noticiero Universal”, en San José, en 1833.

Brasil, que fué dominio portugués hasta que conquistó su independencia, puede reclamar el honor de publicar el periódico más viejo de la América del Sur, “Diario de Pernambuco”, establecido en 1825. Es dos años anterior al “Jornal do Comercio”, de Río de Janeiro, y a “El Mercurio” de Valparaíso, Chile, ambos fundados en 1827.

En Uruguay, el primer periódico fue una publicación bilingüe, en inglés y español, “La Estrella del Sur”, o “The Southern Star”. Lo publicaron los ingleses durante su ocupación de Montevideo en 1807. El primer periódico nacional fue la “Gaceta de Montevideo”, fundada en esa capital en 1810. En Buenos Aires, el primer periódico, el “Telégrafo Mercantil”, fue establecido el 1º de abril de 1801, por el coronel Francisco Antonio Cabello y Mesa, que había adquirido aficiones periodísticas en la oficina del “Mercurio Peruano”, de Lima. (27)

Aunque el progreso periodístico de México fue lento, en comparación con el de otros países más libres de intervención extranjera, las anteriores investigaciones del erudito americano M. Cadwalader Hole demuestran que puede compararse favorablemente con el de cualquiera otra nación de América que haya estado bajo el estricto dominio de las coronas de España o Portugal. La ciudad de México fue la primera en la América Latina que tuvo imprenta, la segunda que tuvo Gacetas, y la tercera que tuvo un periódico diario. Aunque solamente esta publicación, puede decirse, tuvo opiniones que valieran la pena, las Gacetas previeron y publicaron muchos de los principales acontecimientos políticos y sociales de su época, y sus virtuales facultades, como acervo de datos históricos, han sido probados y ratificados por muchos investigadores modernos.

* * *

Tomado de: “La Historia del Periodismo Mexicano”, primeramente publicada en inglés por la Escuela de Periodismo de la Universidad de Missouri. Fue traducida al español esta obra por el traductor oficial del Museo Nacional de México, el doctor Manuel Romero de Terreros, Marqués de San Francisco, catedrático de la Universidad Nacional de México.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Anon. Boletín de la Unión Panamericana, XXXIII, p. 147.
2. Gómez-Haro, Eduardo. "El Universal", Sept. 1, 1921. Sección 7, p. 5.
3. "Relación histórica de los sucesos de la Armada de Barlovento a fines de 1690 y principios de 1691". Imp. en México (por los herederos de la viuda de) Calderón, 1691. En cuarto.
4. Tomo I, núm. I. Primero de enero de 1722. Imp. de los herederos de la viuda de Miguel de Ribera Calderón.
5. Agüeros de la Portilla, Agustín. "El Periodismo en México Durante la Dominación Española", México, D. F., Talleres Gráficos del Museo Nacional, 1910, p. 400.
6. Agüeros, Op. Cit., p. 400-402.
7. León Sánchez, Manuel. "La Imprenta en México". 2ª Edición. México, D. F. Imprenta de Manuel León Sánchez, 1921, p. 6.
8. Núñez y Domínguez, José de J. "Un Virrey Limeño en México". México, D. F., Talleres Gráficos del Museo Nacional, 1927, p. 12.
9. "Gazeta de México desde primero hasta fin de enero de 1728". Con Licencia y Privilegio del Excmo. Sr. Virrey. En México. Por Joseph Bernardo de Hogal. En la Calle Nueva. Año de 1728.
10. Según la leyenda, una deidad azteca ordenó a los indios, en época anterior a la conquista de los españoles, que construyeran su capital en donde encontrarán un águila posada sobre un nopal, devorando una serpiente. Vagaron, pues, hasta que encontraron dicho lugar y en él construyeron su capital, que llamaron Tenochtitlán y hoy es México, D. F.
11. Hasta entonces se habían impreso 49 números, puesto que en julio de 1728, se publicaron dos números de la "Gazeta de México".
12. Es la opinión del autor que este procedimiento no tiene conexión alguna con el gusto actual por columnas con encabezados como "Hace diez años", que se encuentran en periódicos americanos. El objeto del "Mercurio" era dar noticias de lo que había acontecido, desde que apareció la última Gaceta, puesto que mientras tanto México no había tenido periódico que diera tal información. La columna "Hace diez años" se emplea para proporcionar recuerdos a los lectores viejos, para hacer comparaciones entre el presente y el pasado, y en la mayoría de los casos, si no en todos, para anunciar al periódico que publica tal columna como una vieja institución, puesto que hace hincapié en que la información fue publicada por él en la fecha oportuna.
13. León, Nicolás. "Bibliografía Mexicana del Siglo XVIII". Primera Sección, segunda parte, p. 875.
14. En los Estados Unidos, como en México, la prensa periódica también

ha fomentado el desarrollo de la poesía publicando composiciones originales.

15. MERCURIO VOLANTE CON NOTICIAS IMPORTANTES Y CURIOSAS SOBRE VARIOS ASUNTOS DE FISICA Y MEDICINA". Por D. Joseph Ignacio Bartolache, Doctor Médico, del Claustro de esta Real Universidad de México. núm. 1. México, sábado 17 de octubre de 1772. En México con las licencias necesarias, i Privilegio concedido al Autor por este Superior Gobierno en casa de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle de la Palma.
16. Bartolache, Op. Cit., p. 6.
17. Medina, José T. "La Imprenta en México (1539-1821)". Santiago de Chile. Impreso en casa del autor. MCMIX. I, p. CLXXVII.
18. Sánchez, Sancho. "Revista de Revistas", año XVI, núm. 768, p. 23.
19. Citado por Agüeros, (Op. Cit., p. 419), sin referencia bibliográfica.
20. Para una lista de las veinticinco obras más importantes de Alzate, incluyendo sus cuatro publicaciones periódicas, véase: Castillo Negrete, "México en el Siglo XIX", I, p. 319-320.
21. Las "Gazetas de Literatura", que le dieron fama, se dividen en cuatro tomos en cuarto, que a su vez se subdividen en "subcripciones", compuestas de números especificados. (Agüeros, Op. Cit.) p. 418-419.
22. GAZETA DE MEXICO COMPENDIO DE NOTICIAS DE NUEVA ESPAÑA. Desde principios del año de 1784. Dedicadas al Excmo. Señor D. Matías de Gálvez, Virrey, Gobernador y Capitán General de la misma, etc., etc., Por D. Manuel Antonio Valdés. Con licencia y Privilegio, México. Por D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros. Calle del Espíritu Santo. 14 de enero de 1784.
23. Agüeros, Op. Cit., p. 329.
24. Un real valía 12 ½ centavos, o sean 6 ¼ centavos de dólar. Un peso era igual a la mitad de un dólar.
25. Priestley, H. Ingram. "The Mexican Nation: A History". New York, The MacMillan Co. 1924.
26. Castillo Negrete, Emilio del. "México en el Siglo XIX". México, D. F. Tomo I, 1875. (Imp. de las Escalerillas, núm. 13). Tomo IV, 1878. (Santiago Sierra, tipógrafo. Escalerillas, núm. 7).
27. Hole, M. Cadwalader. "The Early Latin American Press and Development of the Press of the Argentine Republic". Washington, D. C., Government Printing Office. 1926. Pan-American Miscellany N^o 6.

NECESIDAD Y URGENCIA DE UNA INVESTIGACION SOCIOLOGICA SALVADOREÑA

Por José Napoleón González.
Alumno de la Escuela de Periodismo.

Al Ministerio de Cultura y a nuestra Universidad les corresponde patrocinar una investigación sociológica salvadoreña, que llegue a significar una segura orientación para quienes se les asigna la tarea de estudiar e intentar aportar soluciones a los problemas engendrados en las diversas zonas sociales del país.

Mientras no se cuente con una investigación sociológica que globalice la multitud de aspectos derivados de la relación que entre sí mantienen los grupos humanos diseminados sobre el territorio nacional, continuarán a ciegas, como adivinando, quienes tienen que luchar contra la criminalidad, el vicio, el analfabetismo y la miseria que azotan y afligen a millares de salvadoreños.

Sin direcciones seguras, es necesario decirlo con énfasis, los esfuerzos del Estado por lograr alguna superación integral de enormes conglomerados sociales, resultarán nulificados y anémicos, por cuanto los métodos y sistemas de trabajo empleados, continuarán caracterizándose por su total empirismo.

Los problemas nacionales de estricto carácter y contenido social, tales como la desnutrición popular, la criminalidad, el alcoholismo, el analfabetismo, el abandono de más de trescientos mil trabajadores del campo en condiciones de vida feudal, la desocupación y el crecimiento de más de setenta mil habitantes por año en el país, requieren con absoluta urgencia, de una investigación sociológica que contribuya con su riqueza de datos, de estadísticas y medidas técnico-científicas, a un enfoque más realista de las cuestiones enunciadas y que año con año aumentan de estatura en el cuerpo social de nuestra república.

La investigación sociológica salvadoreña debe ser un intento serio y ambicioso que permita sentar las bases para posteriores exploraciones en que deberán irse planteando las recomendaciones adecuadas para que el gobierno pueda con mayor certeza encontrar soluciones a problemas de gravedad nacional.

Justificación del Estudio Sociológico.

La necesidad y la urgencia de un estudio sociológico nadie puede negarlo; ahí está para el caso la acusación gravísima, reflejada en las encuestas dietéticas realizadas bajo la dirección y patrocinio del Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá, (I.N.C.A.P.) que junto con los hospitales y consultorios de los centros benéficos nacionales y particulares, nos señalan a los salvadoreños como un pueblo de los más anémicos y desnutridos del mundo. Ahí están también los informes y las recomendaciones de los técnicos de las Naciones Unidas, denunciando las condiciones de vida en que se desenvuelven más de trescientos mil compatriotas nuestros diseminados en áreas rurales, así como el escandaloso desnivel en la distribución de la renta nacional. Ahí están acusándonos los núcleos de indígenas acampados en Izalco y Panchimalco principalmente, víctimas de frecuentes vejaciones y hundidos en medio de vida rudimentaria. Están en fin, justificando la investigación que propongo, los serios problemas de nuestra juventud entregada en completa desorientación en el maremágnum de la vida; el escandaloso aumento de la criminalidad, el desempleo; el aumento considerable de la población anual y los complejos fenómenos económicos que han comenzado a ocurrir al presentarse amagos serios de sustitución al renglón del café, de parte de una industria de transformación que en los últimos años, al contar con una política proteccionista estatal, va consolidándose en el mercado nacional. Estos y otros asuntos relacionados íntimamente con el tema, significan un argumento valedero en la justificación de la presente sugerencia.

La realización del estudio propuesto, es factible con la colaboración de técnicos que pueden ser solicitados a las Naciones Unidas, con la cooperación de catedráticos de la especialidad del Alma Máter, con estudiantes universitarios y personal secundario. Las modernas técnicas proporcionan a los investigadores abundantes recursos y sistemas; además contamos en el país con una historia, con una tradición sociológica, con valiosas fuentes informativas que facilitarían enormemente la consecución de este propósito.

Entre las fuentes de que dispondrían los llamados a cristalizar esta idea, se encuentran las siguientes: Dirección General de Estadística y Censos, memorias de ministros, estudios nacionales, registros históricos, datos referentes a las condiciones sociales contemporáneas, la organización de los pocos pueblos primitivos que aún quedan en El Salvador y la división bien marcada que existe

en las zonas donde conviven personas económicamente pudientes, sectores donde residen obreros y las áreas del agro destinadas a los campesinos. Existen asimismo, datos que pueden obtenerse en los centros penales, donde pudiera llegarse a medir el porcentaje bastante aproximado de la delincuencia.

Los métodos que con mucho éxito pudieran emplearse son los siguientes: la entrevista en sus dos aspectos: espontánea que surge al momento y no responde a un programa determinado y la controlada, en la que el indagador dispone de un plan, de cuestionarios y guías temáticas que le permiten orientar técnicamente sus preguntas. La Sociometría, que es “un conjunto de procedimientos para medir, en términos cuantitativos y diagramáticos, las atracciones y repulsiones en las relaciones interpersonales”. El Muestreo, la Monografía, la Exploración. El *Survey* que consiste, según lo explican Jay Rumney y J. Maier, en recoger datos referentes a las condiciones de vida y trabajo de la población de cierta zona, a fin de contribuir a la adopción de medidas sociales prácticas. La observación directa en que el sociólogo interviene dinámicamente en el medio a investigar. Los aludidos procedimientos pueden utilizarse y los resultados provechosos quedarían garantizados.

El método más adecuado al trabajar con núcleos indígenas, sin lugar a dudas, sería la Monografía. El Dr. Alejandro Dagoberto Marroquín, catedrático de Sociología en las Facultades de Economía y Humanidades, ha utilizado este sistema en el primero y más responsable intento de investigación que hasta el momento se ha llevado a cabo en el país. La investigación sociológica del Dr. Marroquín, en colaboración con un grupo de estudiantes fue realizada en la comunidad indígena de Panchimalco y las conclusiones y recomendaciones serán editadas en un libro que ha patrocinado la Facultad de Humanidades.

También hay que mencionar la importancia, como parte integrante en la realización de la Monografía, del Cuestionario que combinado con la observación directa, resulta práctico, especialmente cuando se va a investigar una institución simple, por ejemplo, el caso típico de las aldeas y mercados indígenas en donde fluyen personas de especiales características, desde cargadores, limosneros, autoridades, curiosos, hasta personas de mal vivir. El investigador se encontrará frente a situaciones concretas. El mercado: entidad socio-económica. Base física: el predio donde está el mercado y la existencia de un ordenamiento jurídico.

En la aldea está también definido el ambiente físico, que es el territorio donde está establecido el caserío. Se encuentra asimis-

mo la agrupación social por excelencia: la familia. El conglomerado tiene su religión, lenguaje, costumbres, tradiciones, supersticiones, su demarcación administrativa, su nivel económico, etc.

En el Cuestionario, básicamente hay que consignar lo siguiente:

Monto de Salarios.

Bienes Muebles e Inmuebles.

Otros Ingresos, además de salarios.

Gasto de Consumo, a) alimentación, b) vivienda, c) vestuario, d) higiene personal, etc.

En la Observación Directa se recolectan al mismo tiempo impresiones y otros datos significativos.

El resto de procedimientos ya mencionados son valiosos para otras agrupaciones más complicadas.

Un Estudio Sociológico y Algo más.

Pero no sólo el estudio sociológico es urgente y necesario, esto tan sólo vendría a ser la base en la estructuración sociológica salvadoreña, pues contando nuestro país con un fondo histórico fácil de llegar a conocer, con una nacionalidad y con una tradición sociológica que arranca de las tribus Pokomámes y Chortíes, desalojadas posteriormente por las huestes maya-pipiles, que bajando del litoral de Méjico ocuparon regiones del Pacífico en Guatemala y casi la totalidad de nuestro territorio, se impone, digo, además de este estudio, la creación de un Instituto Sociológico, que utilizando las experiencias que se logren recolectar de la investigación a que he aludido, continúe explorando en el complejo y extenso campo social nuestro. La Escuela de Ciencias Sociales e Historia de la Facultad de Humanidades también puede y debe insistir en otras investigaciones para que sea posible así a la mayoría de salvadoreños, llegar a conocer nuestras realidades sociales y el gobierno cuente, en los enfoques y luchas contra problemas de hondura social, con direcciones fijas y seguras que le garanticen la efectividad de los procedimientos que ponga en práctica para hacer arribar a múltiples sectores del país a una superación social efectiva.

BIBLIOGRAFIA

Sociología de Antonio Caso.

Sociología. La Ciencia de la Sociedad, por Jay Rumney y J. Maier.

Revista Anales del Museo Nacional "J. David Guzmán".

SENTIDO TRAGICO DE LA LIBERTAD EXISTENCIAL

Por José Vicente Moreno,
Alumno de la Escuela de Periodismo.

¿La filosofía llevará al hombre a su máximo triunfo de educación, de paz y convivencia, o a su total destrucción?

Esta interrogante hay que someterla al juicio de los maestros de esa disciplina mental, para que sean ellos quienes digan la palabra concluyente. Sin embargo, se hace necesario aunque sea un modesto estudio sobre este tema tan interesante, para que al final siquiera quede una idea o huella de que estas cosas hondas de la educación, la cultura y la civilización nos interesan con sinceridad, al grado de preocuparnos y encaminar nuestros pasos hacia los autores que ya han conquistado galardón y renombre.

El tema planteado es digno de análisis. Pero lo haremos a través de una determinada corriente filosófica y así tal vez logremos extraer, aunque aproximadamente, algunas conclusiones que nos puedan servir de base para próximas meditaciones.

Se ha dicho en forma reiterada, que la segunda guerra mundial se debió precisamente *a un modo de pensar del hombre*, quien, por supuesto, creó aquel clima propicio para la matanza. Claro que así fue, porque la ciencia se puso al servicio de la barbarie. La ingratitud sólo fue una consecuencia, siendo el pueblo europeo (el de la mejor cultura moderna) quien sufrió de preferencia el terror y el hambre. Inglaterra vio bajar la muerte que se anunció con el estrépito de mil aviones alemanes y, a su debido tiempo, fueron estos últimos quienes aprendieron la lección de dolor, venganza y desolación que se produjo acompasado del horripilante

rugir de mil monstruos modernos. Pero el pueblo que se patetizó más, al adquirir relieves trágicos, fue el francés. Eso de comprender que su inexpugnable línea Maginot no le sirvió de nada y que sus soldados de infantería peleaban contra tanques; eso de que un pueblo valiente tenga que entregar los fusiles y por último, ver pasear por su ciudad la petulancia del conquistador, eso es como asistir a la confiscación de la Patria. Alguien trató de explicar tal situación, diciendo que este pueblo, con todo y su gloria, aceptó aquella realidad dolorosa como algo inevitable, pues los grandes viejos ya no estaban y, a cambio de esto, ocupaban el sitio las ideas de la guerra y la agitación de las masas humanas que se mueven tras las ideas. Esto hacía de Francia, dentro de aquel clima de incertidumbre y hasta de traición, un campo abonado para la conquista.

¿Pero cómo fue posible el que todo un pueblo llegara a acomodarse a una idea? Aquí se nos ocurre, porque salta a la vista (por razones que se verán con alguna claridad) una explicación puramente existencialista. Sí, claro, como que ésta es la corriente filosófica que imperaba en aquel momento. Y si es cierto aquello de que la filosofía (que puede ser un modo de concebir la vida) puede salvar o hundir al hombre, pues aquí hay algo parecido. Y podemos decir, con algunas reservas, que el Existencialismo que prevalecía en París, durante la guerra, era el de Heidegger, suplantado su espíritu estrictamente filosófico, por el existencialismo de Sartre en 1940, el cual, de acuerdo a todo lo que ha sido dicho por la crítica, este último rayó en lo literario y snobista, al grado de distorsionarse en interpretaciones tan fuera de lugar, poniendo oscuro su mismo contenido. Pero de todas maneras hay una cosa cierta y es la de que en aquella época había una corriente filosófica que ocupaba una enorme región de Europa, en donde se hacía sentir su influencia. Y esta era la Filosofía Existencialista.

Esperamos que no sea del todo mala una interpretación o una incursión, aunque parezca atrevida, sobre algunas de las cuestiones básicas de esta teoría filosófica, repitiendo, para mejor garantía, frases de autores conocidos que evidenciarán el propósito de este trabajo.

No sabemos si serán dignos de alabanza o quizá de responsabilidad, Unamuno en España y Heidegger en Alemania. Estos filósofos fueron quienes sacudieron las obras de Kierkegaard de su sueño centenario. Hay información sobre que don Miguel de

Unamuno muy bien pudo escribir sobre existencialismo sin haber tenido que leer a Kierkegaard, para lo que tuvo que aprender el idioma danés. Este es un dato curioso. Pero lo cierto y valetero es que aquellas ideas recién desempolvadas, adquirieron un sorprendente auge en los centros intelectualistas, llegando a constituirse en un verdadero movimiento filosófico, tan amplio y complejo, que dio lugar a la producción del cuento, del teatro existencialista y a la tertulia obligada sobre los temas favoritos como la soledad, la libertad, la vida, la muerte, la esencia, etc. Pero debido al mismo estilo y contenido de sus obras, llegó a producir desconfianza, por aquella excesiva capacidad de imaginación de los que se dieron a escribir literatura confusa. Sobre este particular decimos que no vamos a tratar aquí de hacer un análisis de cada uno de estos temas, por no ser este nuestro objeto inmediato. Pero a esta hora de relativa tranquilidad mundial, cuando los sucesos de Francia, frutos de su endémica anarquía, amenazan la IV República, se puede hacer de nuevo la pregunta: ¿cuál es el punto de partida del Existencialismo? Aunque se discuta en forma contraria, se ha puesto en claro, indudablemente, que el Existencialismo tiene como punto de partida al individuo. Creemos que este aspecto sí merece la atención de ser aclarado: cada persona parte; y se hace necesario que *comience por hacer el análisis de su propia existencia*, de sus propias experiencias. Por esto los existencialistas predicán: “sólo el individuo existe”. “Lo universal no existe”. Es así como entendemos con bastante claridad lo de que “el hombre en general no existe”. En realidad, mis experiencias no son las de nadie más que *las mías*; mi alegría, mi tristeza, mis esperanzas; la vigencia que doy a los valores en los asuntos de mi vida diaria, ante cada circunstancia, a cada minuto, son algo que sólo yo decido de acuerdo a mi voluntad, mi grado de comprensión y las mismas circunstancias.

Sobre el punto de partida INDIVIDUO podemos agregar ideas como éstas: “El hombre en general no se halla en ninguna parte”. “Lo que yo necesito es un sitio para mí”. De acuerdo con un razonamiento de este carácter forzosamente se ha de concluir aceptando que la justicia y la belleza no se hallan ni existen en forma pura o esencial, pues los valores se realizan en mayor o menor grado de perfección, en los actos de cada hombre. Es, pues, el individuo humano el único ser capaz de darse cuenta de que existe, pero con una existencia esencialmente individual, aunque esta individualidad esté sometida a cambios constantes. Se com-

prende, además, que el raciocinio es una actividad personal. Ya hemos visto que el criterio o punto de vista que se tenga sobre cualquier asunto de la vida, por trivial que sea, es una cuestión personal de quien reflexiona, de quien actúa. No es necesario ser un sabio para tomar una decisión, ya que cada quien tiene que sufrir las consecuencias de su propia conducta. Si alguien decide desafiar la ley, sufrirá una pena, y si se comporta en contra de la moral será reprochado por la sociedad. Así se demuestra que es sólo el individuo quien existe. Es él quien se da cuenta de que existe, en la primera instancia de su conciencia. De esto se sigue lo de que nadie puede ayudar a otro en su sufrimiento. Imposible. Esto es mentira. Lo que puede haber es condolencia. Pero el que se conduce únicamente está interpretando el dolor ajeno. En caso de llegar a sentir aquel dolor, ya sería su propio dolor, un dolor que percibe con su propio sistema nervioso. Lo mismo ocurre con la alegría. ¿Quién es capaz de reír por otro, si no es conociendo la causa que provoca aquel estado de ánimo? ¿Y el hambre? ¿Quién puede calmarse el apetito por otro? De acuerdo con este razonamiento se llega a la conclusión de que lo único que existe en forma esencial, por su calidad de percibir, de razonar, de concebir, de actuar, etc., es el individuo humano.

Pasamos a tratar otro aspecto que es inevitable y necesario ponerlo en claro. Se trata de la vida humana. ¿Qué es la vida? ¿Y qué es existir? Aquí no nos referimos a la vida que estudia el biólogo, sino a la vida en el sentido de lo que hace el hombre. No es la vida de unos órganos humanos, pues es con estos órganos con los que se hace la vida. Tampoco nos referimos al pensamiento aisladamente, porque también la vida humana se dirige con el pensamiento y con el cuerpo, en determinado ambiente. A todo cuanto rodea al hombre se llaman circunstancias, y todo esto (lo geográfico, lo histórico, lo económico, lo cultural, etc.), es lo que determina a la vida. Es entre estas circunstancias en donde se hace la vida; mejor dicho, es donde se va haciendo la vida del hombre. Aquí es preciso hacer notar que esta existencia no es la existencia de la piedra, pues la existencia humana tiene la característica diferencial de tener conciencia de sí misma. Es una existencia que decide. De aquí que el hombre vive decidiendo. ¿Y qué es lo que decide el hombre? Decide lo que va a hacer cada minuto. Pero antes está proyectando las acciones que va a ejecutar, así sean estas nobles o innobles, grandes o insignificantes, etc. Es en esta relación en donde está la vida. Pero la vida humana no tiene un destino

como puede tenerlo un tren que corre fijamente. La vida humana se va decidiendo, corrigiendo, y sólo llega a definirse con la muerte. Dice Heidegger que “el hombre vive para la muerte”; “el hombre es un ser para la muerte”; “la muerte es mi posibilidad desde que soy”. Luego entonces la vida tiene que ser una posibilidad de nuestras posibilidades. Por eso el hombre vive siempre esperanzado tratando de realizar sus posibilidades. Hay más: el hombre es libre para tratar de realizar sus posibilidades, ya que puede decidir sin poder sustraerse a lo que le ocurre por causa de sus decisiones. Esta es la existencia a que estamos sometidos y de la que no podemos escapar. De lo anterior se deduce, forzosamente, que el hombre está solo en sus decisiones, ya que nadie puede ayudarle a decidir frente a sus posibilidades, aunque no más tenga dos últimas alternativas: la vida o la muerte.

Vimos al principio que el punto de partida es el individuo. Este ser se da cuenta de que existe, y es la primera noción que tiene de sí mismo. El se da cuenta de que existe. Pero vemos, además, que este individuo existe en medio de una red de circunstancias. Estas circunstancias hacen que la existencia (aquí tomamos la existencia como un sujeto) tenga conciencia de sí misma y, además, se da cuenta de que existe en el mundo. Pero esta existencia no puede ser otra que la del hombre. ¿El individuo existe? Sí; pero *existe en el mundo*. Y ésta es la otra cuestión que tiene que ser admitida casi a un mismo tiempo que la anterior. El hombre tiene conciencia de existir pero en el universo, rodeado por todos los seres. Está ahí, recibiendo la influencia de todo y al mismo tiempo influyendo sobre esos mismos seres.

Vimos en un principio al hombre como a una individualidad solitaria, experimentando sus propias sensaciones y como abandonado a sus propias fuerzas. En esta angustiosa soledad se ve obligado el hombre, o mejor dicho, se ve forzado a trazar su propio destino.

Como resultado de esto, el individuo no puede tener una vida plena, pues a cada momento tiene que estar rectificando, eligiendo y volviendo a proyectar el bosquejo impreciso de su propio existir. Tiene libertad para eso. Hay más, es libre para conquistar la libertad, es libre para aguantar su propio dolor o para alejarse de la vida (“marcharse de la vida”, como dice Ortega y Gasset). Esta libertad de elegir es la que da al hombre su propia categoría zoológica y la conciencia de *estar en* el mundo; es lo mismo que

si dijéramos: el hombre mediante su cualidad especial de ser libre, toma conciencia de su propio existir y de ser una individualidad capaz de resolver sus propias situaciones problemáticas. Pero en todo esto hay en sí mismo una conciencia de esa escasez y limitación del hombre frente a las circunstancias que lo atajan y que muchas veces lo aniquilan. Porque cuando el individuo humano no encuentra soluciones victoriosas, se sume en la tristeza, pues tarde o temprano se entera de que está solo y desamparado. La angustia es entonces como una flor venenosa que brota del corazón solitario y sin consuelo. Aquí el hombre comprende que vive su tragedia. Pero como que siente un íntimo y secreto gozo al conducir su existencia, aunque sus decisiones le lleven al desastre. Pero vive convencido en el cruel abandono en que se halla, afectado espiritual y materialmente por múltiples peligros, de que sólo su propio esfuerzo puede ayudarle a encontrar las soluciones para calmar o extinguir aquel dolor que le martiriza.

* * *

El hombre en un segundo instante de su conciencia se da cuenta de que existe en el mundo. A este respecto Pedro Caba dice: "el individuo humano oscila polarmente entre la soledad y la solidaridad. El hombre mirando las aguas profundas de sí mismo halla a los demás; cuanto más hondo mira a los demás, mejor halla la efigie de sí mismo. En la soledad de los otros halla su propia soledad. Está rodeado de soledad. Por eso los hombres se unen y reúnen y hallan una nueva y gigantesca soledad que brota de todos ellos..."

Esto lo resume todo y nos da las notas para comprender mejor el tema propuesto. Vemos al hombre desde la soledad de su existir, que es irrepetible y que nadie puede plagiar. Pero este individuo entiende a los demás hombres y se encuentra unido para formar la inmensa soledad mundial en la que se halla la humanidad entera. Pero hay además algo. Y es que como el hombre se entiende con sus congéneres, se hace señales, tiene voz y ha inventado el Arte para comunicar su angustia. Es en esta forma cómo de la soledad llega a la solidaridad, siendo capaz de tomar las más tremendas decisiones como fue la guerra mundial recién pasada y como también puede llegar a ser la guerra nuclear que hoy se prepara, envuelta en la mentira de una diplomacia incapaz de suprimir la guerra.

Analizada de este modo la cuestión se comprende que fue

una actitud del hombre la causa de las grandes guerras mundiales. Finalmente ¿qué nos depara el futuro? Un nuevo fantasma se alza ante nuestros propios ojos. Nos quedamos sin saber qué hacer. Hay otra guerra entre dos grandes pueblos que ya han trazado el plan de sus destinos, con un consciente forcejeo por sobrevivir frente al adversario, aunque haya necesidad de destruir los valores humanos y a sabiendas de que al final nada bueno se habrá ganado.

¡Qué doloroso es todo esto! Saber que el hombre es libre. Si no lo es, debe serlo. Está llamado a ser libre, porque es libre para serlo: para escoger la libertad o la esclavitud; para destruir la actual civilización, y si es necesario desintegrar pueblos enteros, aunque como resultado de este juego estúpido, quede desolada la enorme bola de nuestro planeta. ¡Quién sabe si nuestra madre tierra, por el necio empeño del mismo hombre tenga que crujir y hasta ver roto su maravilloso equilibrio universal, por la horrible, por la tremenda libertad que tiene el hombre para gozar su angustia!

LA MEMORIA, EL APRENDIZAJE Y NUESTROS ERRORES

Por J. Guillermo Villeda,

Alumno de la Escuela de Filosofía.

Si a las dificultades que diariamente obstaculizan nuestra vida de relación por pequeñas que fueran, después de ser confrontadas en su oportunidad, les hiciéramos un análisis con el ánimo de resolverlas, tratando de hallarles la mejor solución, no la que les dimos en su límite de tiempo, a pesar de que estas soluciones fueran extemporáneas, tendríamos al cabo de cierto tiempo un bagaje de experiencias resueltas, que en todo caso, no servirían como soluciones inmediatas, pero sí a la postre vendrían a determinar una conducta definida ante futuras dificultades, ya fueran éstas análogas a las dificultades anteriores o fueran nuevas que vendrían a proporcionar mayores conocimientos a nuestra conciencia.

Ante un estímulo la respuesta puede ser de dos maneras: Instantánea o retardada, mediando una decisión que aunque esté en el pensamiento, cuando es instantánea parece estar fuera de él.

Muchas veces creemos que la función pensante no ha estado en juego y nos lamentamos de las actuaciones tomadas cuando las consecuencias no han sido halagadoras, ahora, cuando el tiempo nos es favorable y resolvemos en una forma más calmada y obtenemos a pesar de esto resultados negativos, no nos queda más remedio que culpar de nuestro fracaso a una fuerza superior, que llamamos "suerte".

Realmente no podríamos establecer reglas para resolver todos los problemas que existiesen, ya que un mismo problema se puede presentar bajo distintas condiciones y factores que tendríamos que tomar muy en cuenta; tampoco queremos darle a todos los problemas cierto tipo de resolución determinada, lo cual sería ideal, pero

sí podremos establecer normas que nos garanticen soluciones más acertadas; es aquí donde la resolución del problema reside, y lo que el aprendizaje mediante la gimnasia mental adecuada nos da.

La interrogante se presenta aquí con las formas siguientes:

¿Cómo establecer estas normas? ¿Cuál es la gimnasia adecuada y qué obtendremos de ello?

Si nosotros estudiamos todas nuestras reacciones nos daremos cuenta de que la mente es tan veloz que siempre participa en todos los actos de nuestra vida, aun cuando es en una forma muy sutil, llegando a determinar por esta participación la conciencia en nuestro mundo de relación. Debemos llegar hasta el fondo de nuestros actos para encontrar el verdadero valor de esta conciencia y así conocer cómo en resoluciones rapidísimas de fracciones de segundo, la mente ordena las reacciones propias como respuesta a los estímulos recibidos ya sean estos internos o externos.

Nos preguntamos, ¿dónde está el problema de una falsa respuesta?; ¿cómo se origina el error? Para contestar las anteriores interrogantes primero revisaremos el proceso completo de la actividad humana; esta actividad está dividida en tres fases principales que son: 1º, la percepción; 2º, la resolución; y 3º, la reacción.

La Percepción:

La percepción, es una actividad propia de nuestros sentidos, que se encarga de recoger de nuestro mundo exterior todas las relaciones que ofrece a nuestro ser consciente una oposición.

Entonces lógico es buscar como primera medida, el error en los sentidos. La resolución de este problema puede estar en: a) la apreciación de sentido natural y b) la apreciación en sentido accidental.

a) Le llamaremos apreciación en sentido natural, a aquella apreciación en la cual los factores estimulantes tienen una acción verdadera, y, entonces, son nuestros sentidos los que nos hacen caer en el error. Por ejemplo: el padecimiento de una enfermedad visual, presbicia, miopía, cataratas, etc. Es de esperar que quien las adolece tiene que tener un panorama óptico, completamente distinto al de uno normal. Una enfermedad auditiva impedirá la clara concepción de un estímulo acústico. Y así toda otra enfermedad que ataque cualquier otro centro de percepción nos

cambiará el efecto de la causa real, por lo tanto aunque el estímulo sea nítidamente producido, los sentidos serán los encargados de darles la variación mencionada.

La resolución a este problema puede ser la terapéutica indicada a seguir en los casos propios del oficio clínico-médico, dentro de la especialización adecuada. (Las enfermedades sicosomáticas que pueden dar alteraciones apreciativas están consideradas en este plan lo mismo que las siconeuróticas, siendo su procedimiento un tratamiento especial).

b) El caso de la apreciación accidental, es tomada siempre con relación a los sentidos, pero en contradicción al caso anterior las condiciones de salud son normales y es el estímulo el que varía (por diversos factores, Ejp.: aire, humedad, velocidad, perspectiva, luz, etc.), cambiando el panorama perceptivo y engañándonos de inmediato, llegando el cerebro por medio de sus centros nerviosos a ordenar una respuesta errónea con relación a la realidad positiva, aunque haya sido correcta desde el punto de vista apreciativo.

Los diversos casos que se presentan obedecen a muchos factores tales como:

a) Acondicionamiento de los sentidos al medio ambiente; b) impresión de una falsa visión perceptiva; c) Predisposición al estímulo, etc. En el 1er caso citaremos como ejemplo, el sig.: Factor del medio en el caso acústico. Juan recibe una llamada que lo hace reaccionar llevando la vista donde momentos antes ha oído su nombre, resulta que no era precisamente su nombre que habían pronunciado, sino otro, cuyas últimas sílabas era: "AN". Aquí lo que pasó fue lo siguiente: el oído de Juan no estaba acondicionado al medio porque tal vez fue mucha la distancia que mediaba entre la emisión y la recepción, o posiblemente las condiciones del medio no fueron propicias para establecer la comunicación: viento, lluvia, ruidos anexos momentáneos, etc. (aclaramos que los sentidos se pueden acostumar a ciertas condiciones del medio que luego no presentan mayores obstáculos en su función). Lo que da por resultado que no habiendo claridad y encontrándose una igualdad fonética en su nombre Juan, yerra en su perceptibilidad.

Factor Visual:

En el segundo caso se presentará la percepción errónea debido

a la falsa visión: es un ejemplo típico de ésta, la perspectiva y las ilusiones ópticas.

Como ejemplo de falsa percepción tenemos también, aunque de otra naturaleza pero siempre dentro del mismo campo visual, como elemento de falsedad la velocidad. Es el caso de un bateador novato que ve desplazarse la pelota impulsada por el lanzador a una velocidad considerable y ante la trayectoria curva descrita por la bola reacciona inmediatamente, piensa no "batearla" por venir muy fuera y de repente la ve pasar correctamente por el plato indicador. Si ha tenido muy buen sentido ha querido reaccionar pero ha sido demasiado tarde, el engaño está hecho. La práctica y la observación detenida son los mejores aliados en la seguridad de un buen bateador.

Predisposición al Estímulo:

Aquí se trata de la falsa apreciación que podemos hacer por tener los sentidos predispuestos o afines hacia un estímulo determinado. (En este caso juegan un papel muy importante los complejos y la sensibilidad nerviosa). El ejemplo es el sig.: Juan, tiene un natural horror a las orugas, sabe que éstas crecen en determinados árboles, un día tiene que caminar bajo de ellos y al pasar sobre ese camino, accidentalmente el viento bota una hoja que por coincidencia rozó su cuello, automáticamente su mano quita desesperezadamente el estímulo aquel, y aunque no ve tal gusano llega a sentir la quemada que aquél le pudo producir. Terapéutica. Un tratamiento de su caso será necesario a menos que sea ésto una condición pasajera.

Sacamos, pues, en conclusión que cuando se trate de las condiciones sensoriales, bajo la apreciación natural, tendremos los caminos de resolución ya determinados bajo la atención de una intervención clínica en cada caso particular.

En los casos de apreciación accidental recurrimos a la observación cuidadosa del estímulo, no olvidando también que cuando se trate de un caso extremo será la sicopatología la que intervendrá directamente.

El cerebro, órgano nervioso central:

Llegamos ahora al centro nervioso mayor, el cerebro; a esa

intrincada maraña de células nerviosas que responden instantáneamente al estímulo adecuado, resolviendo de manera inmediata la actividad perceptiva. Siendo éste uno de los problemas más grandes a tratar por la complejidad funcional de tan importante órgano, no constituyendo así en este estudio el centro direccional del tema. El problema intrincado sería en todo caso el estudio de la conducta perceptiva y la investigación minuciosa de las reacciones mentales de acuerdo a los estímulos que recibimos, pero en vista de que éste sería un argumento de mayor estudio para su enorme importancia, dejaré para otra ocasión dicho tratado y me limitaré a tomar conceptos que han sido generales y aceptados dentro del estudio psicológico como verdaderos.

El cerebro es el órgano coordinador de la función pensante. Es pues el pensamiento desde este punto de vista, la respuesta al estímulo llegado del mundo exterior al ser aprehendido mediante los actos involuntarios, como instintos, dolores orgánicos externos, etc., que tienen su campo activo, en nuestro interior, también tiene activa participación el pensamiento.

Entonces como fuente coordinadora de esas manifestaciones, tenemos que concederle el papel preponderante a ese centro nervioso para darle dentro de su capacidad reactiva los caminos de unas posibles respuestas.

No escapa este órgano a las leyes del aprendizaje, su posibilidad de respuesta tendrá que oscilar dentro de las experiencias de antemano adquiridas y esta es la posición que nos debe llevar a la reflexión de que, mientras más viables hagamos su respuesta, dentro del campo de la experiencia, más halagadora será la actitud de sus capacidades resolutivas.

Como prácticamente es imposible trazarle al cerebro una directriz de los problemas sobre los cuales tuviera que resolver (ya que cada problema no se repite igual uno a otro, como dijimos anteriormente, aunque tratándose de la misma dificultad), pero como nosotros conocemos una capacidad receptiva del cerebro que es el aprendizaje, la cual la obtiene mediante la memoria, entonces el problema en mentalidades normales, está únicamente resuelto al darse esa oportunidad memorativa al cerebro, haciendo un constante análisis de los problemas confrontados, para proporcionarle mediante el aprendizaje que se traduce en experiencia, el camino necesario; primero, para evitar el problema hasta donde la posibilidad llegue; y segundo, para resolver satisfactoriamente el problema según lo determine el factor tiempo.

LA MEMORIA Y EL APRENDIZAJE

Entendemos por memoria la capacidad que tiene el cerebro de recordar y por aprendizaje, la facultad de aprehender conocimientos. El aprehender no es más que la facultad memorativa de adquirir conocimientos, los cuales se traducen en experiencias que almacena el cerebro por medio de su facultad memorativa. Es impostergable entonces para aprender y adquirir conocimientos la capacidad recordativa de la memoria.

Memoria animal

En investigaciones científicas, en laboratorios dedicados al estudio psicológico se comprobó que muchos animales llegaron a reaccionar satisfactoriamente ante estímulos adrede preparados y luego de haber reaccionado muchas veces negativamente mediante pruebas de ensayo y error llegaron a tomar actuaciones halagadoras, concluyendo dichas investigaciones con la certidumbre de que aunque los animales no tuvieran facultades racionales, poseían la facultad memorativa.

En mentes humanas el problema es completamente distinto, ya que su poder racional le proporciona un camino completamente diferente. Aunque se llega a formular la regla evidente de que en toda mente normal: El aprendizaje se obtiene mediante la capacidad cognoscente del Ser, y responderá esta función a dos factores muy importantes: Primero, al grado de racionabilidad y segundo, al alcance memorativo.

El ser humano tiene la facultad de aprehender con suma facilidad por su alto grado de razón y las diferencias que en esta especie existan será por la diversidad en el coeficiente de inteligencia que existe entre tipo y tipo.

Tanto el razonamiento como la memoria son facultades que se desarrollan mediante los ejercicios mentales adecuados y su alcance va de acuerdo con la capacidad que se obtiene mediante la práctica.

Residen en nuestras mentes fuerzas tan poderosas que hay necesidad de descubrirlas y cultivarlas mediante la actividad afín; el hombre ha desatendido este problema, que cada vez se aleja de esa valiosa donación que es la actividad pensante. Si nosotros atendemos el problema memorativo y el aprendizaje con relación a la

adquisición de experiencias en bases anteriores, encontraremos dos caminos solubles: Primero, acrecentar la racionabilidad mediante la revisión de problemas afines a nuestra vida, dándose ya por descartado cualquier provecho con miras inmediatas, y segundo fundamentar más la facultad memorativa de nuestro cerebro mediante la gimnasia misma del pensamiento en cuestión. De lo que a la postre se obtiene como resultado, una mayor capacidad resolutive en el campo problemático de la vida.

Como apuntamos anteriormente es el campo resolutive donde reside frecuentemente la centralización de nuestro fallo, ya que es la fase que más despreocupación presenta, a pesar de ser la fase más sencilla de atender.

Y finalmente llegamos a la resolución, ésta es la traducción activa del pensamiento, se limita al cumplimiento efectivo de las órdenes cerebrales enviadas a través de los centros y ramales nerviosos; la terapéutica está acorde con la aplicada en la primera fase referente a la percepción.

LA FILOSOFIA COMO CIENCIA GENERAL

Por Armida Parada.

Alumna de la Escuela de Periodismo.

La palabra “FILOSOFIA” en su estructura verbal está formada por las palabras de origen griego “PHILO” y “SOPHIA” que significan “AMOR A LA SABIDURIA”; y es por este amor a la sabiduría por lo que comenzando por los griegos en el Siglo VI a. de C. se inicia una corriente que se traduce en un esfuerzo sistemático de la inteligencia humana por develar el eterno enigma del universo que ha hostigado y hostiga sin cesar la curiosidad del hombre, viniendo esta inquietud a constituir FILOSOFIA.

De acuerdo con la historia, la filosofía como ciencia, es la exposición del esfuerzo y de los resultados de la inteligencia humana para la solución de los problemas universales. Entonces tenemos que la filosofía es la exposición racional de los esfuerzos realizados por el espíritu humano en las distintas épocas para descubrir la verdad tocante a las razones últimas y universales de las cosas. Dice Santo Tomás: “La finalidad de la filosofía no es saber lo que los hombres han pensado, sino saber cuál es la verdad de las cosas”.

Podemos entonces definir la Filosofía en sí como el conocimiento de las primeras causas y de los primeros principios, o sea como la suma de verdades que, en su generalidad, comprenden y explican la universalidad de las cosas.

¿El origen de la Filosofía? Aun cuando las llamadas filosofías orientales hayan ejercido alguna influencia en Grecia, la formación del pensamiento filosófico griego es fundamentalmente autóctono, es decir, nace en Grecia porque tiene sus propias raíces que nacen de la cultura griega que entonces se está formando. Sobre la influencia de las llamadas filosofías orientales se deducen éstas, de los viajes de estudio que casi todos los filósofos presocráticos —(Tales de Mileto, Pitágoras —el que acuña la palabra filoso-

fía— Anaxímenes, Parménides, Heráclito de Efeso, Anaxágoras, etc.) realizaron por Egipto y el Oriente.

A principios del Siglo VI a. de C., la mentalidad griega experimenta un profundo cambio, las colonias griegas Eolia, Doria y Jonia gozaban de una gran prosperidad comercial y política y paralelamente se desarrolla una intensa actividad intelectual. Una legión de—sophos—sabios se dedican con ardor, no sólo a cultivar las matemáticas, la geometría, la cosmografía, y la mecánica, sino a una comprensión más racional de la última naturaleza de los fenómenos que observaban. Hasta entonces la naturaleza había sido interpretada por los griegos de una manera mítico-religiosa.

El desarrollo de las ciencias matemáticas y sus aplicaciones a la cosmografía y a la mecánica, fueron revelando a los hombres de ciencia que en fenómenos de experiencia inmediata viene a hacerse científica, y es cuando se sustituye de esta manera la inspiración mítico-religiosa. Pero detrás de esos fenómenos que podían experimentarse, como un cambio meteorológico la lluvia, el rayo, el eclipse, la vida vegetal y animal, etc., parecía quedar algo inaccesible que fue el objeto de una interrogación ulterior acerca de la naturaleza o del mundo. Y así como los fenómenos inmediatos tenían una interpretación o explicación por la sola fuerza de la razón humana, intuyeron que también el último principio de todos estos fenómenos debería tener una explicación perteneciente al mundo mismo. Así nació la Filosofía como conocimiento racional de las últimas causas o principios de la Naturaleza.

Del primero que tenemos noticia de haber propuesto claramente esta pregunta en forma estrictamente racional, es Tales de Mileto (624-547 a. de C.) uno de los siete sabios de Grecia, matemático, astrónomo e ingeniero. Culmina la filosofía griega con Aristóteles de Estagira y se inaugura la época de la especialización científica, escala la más alta cumbre de la filosofía y deviene maestro universal. Teórico insuperable de la ciencia, crea el instrumento del saber—la lógica—, se aplica al estudio de la naturaleza—física—, asciende a la consideración del ente en cuanto tal—metafísica—y desde allí desciende a la organización del saber moral—ética—. De esta manera se logra un concepto de filosofía con credenciales de autenticidad.

De esa filosofía que hoy nos aparece como la obra exclusiva de la razón natural. Al pueblo griego propiamente dicho no le fueron entregados dones sapienciales de orden sobrenatural. La filosofía helénica, como ha señalado Nimio de Anquín, “no se mueve sobre un terreno preparado, no conoce gratuitamente ver-

dades sublimes por un acto de predestinación, sino que se ofrece como un esfuerzo humano que se realiza lenta y trabajosamente por avances y retrocesos, sin otra garantía que la evidencia de sus verdades”.

La historia muestra que las principales adquisiciones científicas y filosófico-científicas fueron realizadas por hombres dedicados a la ciencia. El conocimiento científico se adquiere después de una serie de interrogaciones y respuestas dadas siguiendo un método que da razón de sus verdades. Sus características son: que es un conocimiento general, metódico, sistemático que se adquiere de propósito y da razón de sus verdades estudiando las causas segundas.

El conocimiento filosófico también reúne estas mismas características por cuanto sus verdades son de tipo general y se llega a ellas por medio de método y sistemas. Existen sin embargo, diferencias entre el conocimiento científico y el conocimiento filosófico, fundamentalmente ambos conocimientos son de tipo general, pero el filósofo es más general aún que el científico. El conocimiento filosófico se preocupa de los problemas universales, estudia las cosas en lo que tienen de general y no de particular. En cambio lo científico va por etapas, va descendiendo a lo particular, o de lo particular llega a sus conclusiones generales, buscando las causas inmediatas a su orden, sin llegar a la última o en su caso la primera causa de la cual provienen las demás.

La filosofía se ocupa concretamente de esas primeras causas y el conocimiento científico de las causas secundarias. Otra diferencia es que la filosofía se ocupa de los primeros principios, especula sobre la verdad, primaria, fundamental en la cual se apoya todo lo demás, y el conocimiento científico se preocupa de los principios derivados. Podemos entonces decir que la filosofía es la ciencia general y las otras son las ciencias particulares, tales como la física, la biología, la botánica, etc.

Hay tres diferencias que delimitan claramente estos conocimientos:

1º—En que el conocimiento filosófico es de tipo más general que el científico.

2º—Que el conocimiento filosófico se ocupa de las primeras causas, en cambio el conocimiento científico se ocupa de las causas segundas.

3º—El conocimiento filosófico se ocupa de los primeros principios y el científico de los primeros derivados.

Las ciencias naturales no tienen por qué preocuparse de si

existe o no el objeto que estudian porque la realidad de esos objetos está fuera de toda controversia. A ningún botánico se le ha ocurrido poner en tela de juicio la existencia de los vegetales, ni a ningún físico la existencia de lo material y así sucesivamente. Podrá discutirse la constitución íntima de la materia y de las plantas, pero su existencia es un presupuesto que nadie discute científicamente.

A tres modalidades también podemos reducir ahora la relación entre la filosofía y las ciencias particulares que se ponen al servicio de la conducta mediante el conocimiento experiencial de tres realidades concretas—alma, mundo y Dios—se la puede contemplar destacándose de las ciencias particulares para constituirse sobre su modelo y desplegarse con el doble sentido de servir de coronamiento o de fundamento a las mismas. En el primer caso se distingue de ellas en cuanto especula sobre sus resultados y se convierte en una analítica de nuestras ideas del mundo, del alma y de Dios. En el segundo, aunque siga especulando sobre esas tres realidades, parece absorber a todas las ciencias particulares en su seno, inclusive a la teología—racionalizándola—y a la religión—naturalizándola—. De esta manera, la filosofía queda caracterizada como la ciencia fundamental de y para todas las demás, de las cuales se distingue por su método exclusivamente racional. La tercera modalidad parecería resultar de la conjunción de esas dos. La filosofía se funda en las ciencias y al mismo tiempo las prolonga.

La filosofía abandona a las ciencias particulares el estudio de la infinita y asombrosa multiplicidad de todo lo que existe en el universo y sólo trata de conocer y explicar el último por qué de las cosas, la razón suprema y definitiva que la explica.

BIBLIOGRAFIA

- Introducción a la Filosofía, de Angel González Alvarez.
- Introducción a la Filosofía, de Eduardo Pallares.
- Lecciones Preliminares de Filosofía, de Manuel García Morente.
- Historia de la Filosofía, por J. Tredicci S. J.
- Historia de la Filosofía, por Jaime Luciano Balmes.
- Diccionario Filosófico Espasa-Calpe, S. A.
- Apuntes de Nociones Generales de Filosofía tomados de las clases que imparte el Dr. Julio Fausto Fernández al 1er. año de Periodismo, Facultad de Humanidades.

FACULTAD DE HUMANIDADES

T E A T R O

Exposición del Plan de Trabajo

El Departamento de Teatro de la Facultad de Humanidades podrá iniciar sus labores con el siguiente personal: Director, Ayudante del Director y Secretario, a fin de comenzar a preparar el material de trabajo, a la vez que se cambiarán impresiones con el grupo de los futuros alumnos, provocando en ellos interés por las actividades que pronto iniciarán.

Luego se convocará a los alumnos de las distintas facultades para inscribirlos en el Primer Curso.

El Plan de estudios es de tres años, con las siguiente materias:

PRIMER CURSO

Dicción,
Actuación,
Esgrima,
Historia del Teatro,
Técnica Teatral y Dirección.

SEGUNDO CURSO

Dicción,
Actuación,
Esgrima,
Historia del Teatro,
Técnica Teatral y Dirección.

TERCER CURSO

Actuación,
Historia del Teatro,
Técnica Teatral y Dirección,
Escenografía e iluminación.

Las clases de Dicción, Actuación, Técnica Teatral y Dirección, estarán a cargo del Director. Habrá solamente necesidad de nombrar un Profesor de Historia del Teatro y un Profesor de Esgrima, cargo que figura en la Ley de Salarios.

Durante el primer mes se observará a los alumnos, poniéndoles ejercicios de actuación mediante escenas de teatro clásico y moderno, e improvisación para comprobar sus posibilidades.

Después del primer mes se comenzará a ensayar obras cortas de tipo clásico y moderno, debiendo los alumnos desempeñar distintos papeles, por medio de un sistema de rotación, a fin de que todos participen en las obras escogidas y puedan probar sus aptitudes y someterse a la crítica de sus compañeros y a la autocrítica.

Pasado algún tiempo de ensayo se formará un elenco, integrado por los alumnos más distinguidos, con quienes podrá presentarse, a fin de año o a principios del venidero, en carácter privado, con asistencia de las Autoridades, Profesores y alumnos de la Universidad, una o varias de las obras ensayadas. Esto servirá como un estímulo para los más aventajados discípulos y como un medio eficaz de acrecentar el interés de los demás alumnos.

Se sugieren las siguientes obras para las primeras prácticas del grupo teatral:

Los Habladores (entremés, atribuido a Cervantes).

La Copa Encantada. — La Fontaine-Champmesle.

El Médico a Palos. — Molière.

El Hombre que se Casó con Mujer Muda. — Anatole France.

Petición de Mano. — Chejov.

La Voz Humana (monólogo). — Cocteau.

Amor de Don Perlimplim con Belisa en su jardín.
— F. García Lorca.

Se ha escogido el entremés “Los Habladores”, atribuido a Cervantes, y “El Hombre que se Casó con Mujer Muda”, de Anatole France,—dos piezas de tema semejante—con la atención de mostrar a los alumnos el tratamiento de un asunto por dos dramaturgos de épocas y de técnicas distintas.

En el plan de trabajo se incluye la materia Dirección Teatral con el objeto de formar Directores que puedan, en seguida, desempeñar su cargo con idoneidad en los diversos centros de enseñanza del país.

La Universidad cumpliría, en esa forma, su misión orientadora al capacitar debidamente al personal que habrá de colaborar con las autoridades de educación del país, en el desarrollo de las actividades teatrales, indispensables para la formación cultural de los alumnos.

El Teatro de la Facultad de Humanidades coordinará sus labores con las de los Profesores de Literatura de la misma, a fin de presentar preferentemente aquellas obras que puedan servir para el mejor conocimiento de los autores estudiados en los cursos de Literatura. Es importante para los alumnos universitarios ver representadas obras de los autores dramáticos que han sido estudiados teóricamente en los cursos de Historia de la Literatura, ya que la enseñanza, en tal forma, se complementa.

Existe la posibilidad de poder ofrecer, en el futuro, obras de autores salvadoreños, representadas por el Teatro Universitario.

Las clases del primer curso serán de conformidad con el siguiente horario:

HORARIO DE TRABAJO

PRIMER CURSO

HORA	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
9 a 12 a.m. 6 a 9 p.m.	Dicción	Técnica Teatral	Dicción	Técnica Teatral	Dicción	Ensayo
	Actuación	Historia del Teatro	Actuación	Historia del Teatro	Actuación	
	Actuación	Esgrima	Actuación	Esgrima	Actuación	

LOS VALORES Y EL DERECHO

DE JULIO FAUSTO FERNANDEZ

Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador, C. A., 1957.

“LOS VALORES Y EL DERECHO”, cuyo autor es Julio Fausto Fernández, ha merecido el Primer Premio de Derecho en el Segundo Certamen Nacional de Cultura de El Salvador en 1956. En concepto del Jurado calificador nombrado para dicho certamen: “Los Valores y el Derecho” es “obra de interés jurídico que reúne cualidades muy apreciable de originalidad, consistentes en la sistemática y amplia exposición que hace el autor de las numerosas teorías filosóficas formuladas en torno al problema de los valores; en los puntos de vista personales que expresa, en algunos capítulos de su obra, revelando una sólida preparación y una singular sensibilidad para el estudio de asuntos de tan delicada estructura; y finalmente en la significación ejemplar que la obra tiene, en el medio centroamericano, como trabajo de investigación y de ciencia pura”.

Después de una lectura atenta y cuidadosa de la obra que comentamos hemos comprobado personalmente su mérito indiscutible y la justeza del concepto del jurado calificador, compuesto por destacados intelectuales y profesionales del derecho de la república de El Salvador. Tanto el autor de “Los valores y el derecho” como su país son dignos de nuestro sincero elogio, el uno por su talento y esfuerzo en la preparación de una obra filosófico-jurídica de altas calidades y el otro por la creación de oportunidades propicias para que se revelen las vocaciones auténticas en las distintas actividades de la cultura.

“Los valores y el derecho” comprende una introducción, un primer capítulo sobre la historia de la teoría de los valores, un segundo capítulo sobre la teoría de los valores a la luz de la metafísica y un capítulo final sobre el derecho y los valores.

En la introducción destaca dos corrientes filosóficas contemporáneas: la teoría de los valores y el existencialismo. Luego señala

la importancia de la teoría general de los valores en el panorama de la filosofía y la importancia de la teoría de los valores para el estudio del derecho.

En el primer capítulo dedicado a la historia de la teoría de los valores aclara la etimología y los sentidos usuales de la palabra valor, examina la referencia a los valores en la filosofía griega y los fundamentos axiológicos en la escolástica, pasa revista a los orígenes de la teoría de los valores en los alemanes Herbart, Béneke y Lotze, y finalmente en síntesis cuidadosas expone el problema de los valores en Brentano, Max Scheler y Nicolás Hartmann principalmente, pero sin pasar por alto la significación de Husserl para la ontología formal y la teoría de los valores.

La posición neo-tomista de Julio Fausto Fernández que claramente se adivina en la lectura de "Los valores y el derecho", le compele a un examen de los valores a la luz de la metafísica. Tal es el tema del segundo capítulo, donde expone y critica las teorías subjetivistas, neo-kantianas y fenomenológicas objetivistas, por un lado, y esboza los lineamientos de una metafísica de los valores de acuerdo con los autores neo-escolásticos en su mayoría como Maritain, Zaragüeta, Dirisi, Robles, etc., por otro.

En el capítulo tercero y final se ocupa concretamente del derecho y los valores. En el desarrollo del tema propuesto se refiere a las concepciones de la filosofía del derecho y a la naturaleza de la misma, a la jerarquía de los valores jurídicos, a los fines del derecho—bien común, justicia, etc.—al derecho natural, a la teoría de las normas y a la distinción entre norma y ley y entre normas y reglas técnicas. Después de las consideraciones precedentes, saca la conclusión siguiente: "es imposible concebir el derecho, en cualquiera de sus múltiples significaciones, sin una clara referencia a las ideas valorales que presiden toda la esfera de lo jurídico".

La bibliografía empleada en la elaboración de "Los Valores y el derecho" es copiosa y bien seleccionada. En el texto, sin embargo, falta la referencia a las citas que se hacen. En general, es una contribución más a la bibliografía de filosofía jurídica, tan necesitada, como otras materias especializadas, en nuestra lengua.

(Tomado de la Revista "Universidad de Antioquia", número 133, correspondiente a abril, mayo y junio de 1958. Medellín, Colombia).

